

SERIE:
PROGRAMA DE FORMACIÓN
MINISTERIAL POR EXTENSIÓN

LA ORACIÓN EN EL **MINISTERIO**

Dr. Pablo A. Deiros



PUBLICACIONES PROFORME
Buenos Aires 2012

© 2012 Pablo Alberto Deiros

Deiros38@sion.com

ISBN: 978-987-24129-4-4

Queda hecho el depósito que marca la ley 11.723

No se permite la reproducción parcial o total, el almacenamiento, el alquiler, la transmisión o la transformación de este libro, en cualquier forma o por cualquier medio, sea electrónico o mecánico, mediante fotocopias, digitalización u otros métodos, sin el permiso previo y escrito

del editor. Su infracción está penada por las leyes 11.723 y 25.446.

Las citas bíblicas corresponden a la Nueva Versión Internacional (NVI), 1999.

Publicaciones PROFORME es el programa de publicaciones del Programa de Formación Ministerial por Extensión del Seminario Internacional Teológico Bautista. Este programa produce los materiales educativos necesarios para el desarrollo de los cursos de PROFORME, que están orientados a la formación de liderazgo cristiano en las iglesias evangélicas de América Latina. Informaciones en: Ramón L. Falcón 4080, (c1407aan), Ciudad Autónoma de Buenos Aires, Argentina.

Contactos:

Programa de Formación Ministerial por Extensión: (54 11) 4636-1737

extensión@sitb.edu.ar; sitb@sitb.edu.ar; programasministeriales@gmail.com

CONTENIDO

Abreviaturas

Uso de este libro

Presentación

INTRODUCCIÓN GENERAL

1. LA ORACIÓN: SU SIGNIFICADO

Alabanza

Adoración

Confesión

Petición

Intercesión

Acción de gracias

Meditación

2. PARA QUÉ ORAR

- ¿Para qué oran las personas?
- ¿Para qué oran los cristianos?
- ¿Para qué orar si el universo está gobernado por leyes?
- ¿Para qué orar si Dios ya ha sentenciado al mundo?
- ¿Para qué orar si Dios ya conoce las necesidades?
- ¿Para qué orar si hay tantas otras cosas que hacer?
- En definitiva, ¿para qué orar?

3. CÓMO ORAR

- En el nombre de Jesús
- Con obediencia
- Con fe
- En el Espíritu
- Según la Palabra
- Con especificidad
- Con paciencia y perseverancia
- Con eficacia y poder
- En comunidad

4. POR QUÉ ORAR

- Por cualquier cosa dentro de la voluntad de Dios
- Por las necesidades propias
- Por nuestros seres queridos
- Por la iglesia
- Por el gobierno y la nación
- Por todas las personas
- Por el reino de Dios

5. CUÁNDO Y DÓNDE ORAR

- El tiempo más adecuado
- El lugar más adecuado

6. ORACIÓN Y TRABAJO

- Dios, el trabajador por excelencia
- Cristo y el Espíritu en acción
- El ser humano trabajando con Dios

- Dios trabajando en el ser humano
- Dios trabajando a través del ser humano
- El ser humano esperando en Dios mientras Dios trabaja por él
- El ser humano trabajando en oración

7. ORACIÓN Y GUERRA ESPIRITUAL

- Oración y conflicto
- Oración y paz
- Oración y carne
- Oración y mundo
- Oración y Satanás
- Oración y victoria

8. LA PRÁCTICA DE LA ORACIÓN

- La voluntad
- El tiempo
- El lugar
- La preparación
- La actitud
- Los motivos
- Los resultados

TAREAS PARA EL HOGAR

BIBLIOGRAFÍA

Introducción general

“La fe vive de la oración y podría decirse que, en el fondo, creer es lo mismo que orar.”

Emil Brunner

De todas las prácticas o gestos rituales religiosos, el más universal es la oración . La asistencia a un culto de adoración, la participación en la eucaristía o Cena del Señor, el bautismo cristiano, e incluso la lectura de la Biblia, no se experimentan con la frecuencia y universalidad con que se practica la oración. Si uno tuviera que indicar cuál es la práctica religiosa que va encontrar en todo el mundo, entre todos los pueblos, de casi todas las religiones imaginables, y ejecutada por personas de todos los niveles sociales, culturales, políticos, raciales y étnicos, seguramente que la respuesta sería, la oración. Por ejemplo, el noventa por ciento de los norteamericanos dice que ora. Cuando se les pregunta cómo oran, el 87 por ciento indica que ora silenciosamente o solos, mientras que el 11 por ciento ora en voz alta o con otros.²

Más del 95 por ciento de las personas de 50 o más años en los Estados Unidos, dice que ora. De los que oran, el 97 por ciento cree que sus oraciones son oídas y el 95 por ciento cree que sus oraciones han sido respondidas. ¿Por qué cosas oran todas estas personas? El 98 por ciento ora por el bienestar de su familia, el 94 por ciento ofrece oraciones de gratitud, y el 92 por ciento ora por fortaleza o guía para confrontar un desafío. ¡Sólo unos pocos (5 por ciento) ora para que algo malo le ocurra a alguien! ¿Qué tipos de oraciones están orando todas estas personas? El 56 por ciento ora de una manera personal o conversacional , el 15 por ciento ora de una manera meditativa o reflexiva , el 13 por ciento ora formalmente (por ejemplo, la Oración del Señor o el Padrenuestro) , y el 14 por ciento hace una combinación de las tres maneras . De aquellos que oran, sólo un uno por ciento dice que la oración es menos importante para ellos ahora, que lo que fue hace cinco años atrás.³

La oración, pues, es una práctica religiosa universal y frecuente . Puede que en otras culturas y lugares, las personas no entiendan muy bien los contenidos y las prácticas de nuestra fe cristiana. Pero en casi todo el orbe, las personas sabrán muy bien a qué nos referimos cuando hablamos de la oración. Y esto es así porque la oración es una tendencia natural, propia del ser humano. En este sentido, es una práctica como la respiración o la alimentación, en la que los seres humanos se involucran precisamente por ser humanos. Como señalara Tomás Carlyle, el historiador y pensador inglés del siglo XIX, en una carta a un amigo: “La oración es y continúa siendo el impulso nativo y más profundo del alma del ser

² Princeton Religion Research Center, *Emerging Trends* (Princeton, NJ: Gallup Poll, 1994), 1.

³ Princeton Religion Research Center, *Religion in America: Will the Vitality of the Church Be the Surprise of the 21st Century?* (Princeton, NJ: Gallup Poll, 1996).

humano.”

En otro lugar he definido la oración en términos generales, como: “Ofrecimiento de adoración, súplica, confesión y otro tipo de comunicaciones a Dios (o dioses), de manera pública o privada, con o sin palabras”. Generalmente se la considera una obligación religiosa. Es el corazón de la vida cristiana, pues ésta no es otra cosa que una relación con Dios, y la oración es la expresión más característica de esa relación.”⁴

En términos más específicamente cristianos, la oración es un diálogo singular entre nosotros y Dios. Equivocadamente, tendemos a pensar que en este intercambio la iniciativa está de nuestro lado. Sin embargo, la oración empieza y termina con Dios, como bien lo ilustra la oración modelo que nos enseñó Jesús, el Padrenuestro (Mt. 6:9–13). Si oramos es porque él nos oye, y porque él quiere oírnos es que nos estimula por su Espíritu a que le oremos. Es precisamente el hecho de que nuestro interlocutor es el Dios cuyo nombre es santificado con nuestra oración, que la misma adquiere sentido y relevancia. Cuando la oración que elevamos es expresión de la relación personal que mantenemos con Aquél a quien llamamos “Padre nuestro que estás en el cielo,” ésta se transforma en oración verdadera y eficaz.

John White: “Pensamos que orar es hablar, y sin duda implica hablar. Pero la calidad de una conversación bien puede estar determinada por la persona que la inicia. De hecho, nuestra reacción global a una conversación a menudo depende de quién la inició. Cuando estamos entre extraños, es muy reconfortante que alguien nos salude y se muestre amigable. Por otro lado, quizás a nosotros nos resulta difícil empezar una charla y se nos hace doblemente difícil si chocamos con una expresión de desinterés en el otro.”⁵

En este libro nos proponemos considerar algunas cuestiones básicas en cuanto a la oración. El propósito no es devocional o de edificación, sino más bien procuraremos entender la oración como el gran recurso que Dios nos permite utilizar para llevar a cabo con mayor eficacia la misión que él nos ha confiado en el mundo. Es decir, nuestra aproximación al tema de la oración será misiológica. Por cierto, no pretendo que nuestra discusión agote el tema ni sea exhaustiva. Pero sí intentaremos dar una respuesta a las preguntas más generales y abordaremos algunas de las cuestiones más relevantes en cuanto a la práctica de la oración en el día de hoy.

Nuestro estudio sobre la oración de poder, como herramienta de trabajo para el desarrollo de nuestra misión cristiana en el mundo, tiene que comenzar ubicando a la oración en el marco de referencia general de la teología cristiana. La reflexión teológica sobre la oración tradicionalmente ha sido parte de los estudios sobre la teología espiritual cristiana.

⁴ Pablo A. Deiros, *Diccionario hispanoamericano de la misión* (Miami: UNILIT, 1997), 316.

⁵ John White, *Oración: un diálogo que cambia vidas* (Buenos Aires: Ediciones Certeza, 1994), 14.

Estos estudios han tenido un gran desarrollo en las últimas décadas y han recibido una atención muy particular por parte de los especialistas. La teología espiritual cristiana es una disciplina que combina la historia y la teología de la experiencia cristiana.⁶

¿Cuál es el tema de estudio y el acercamiento propio de la teología espiritual? El tema de estudio es la fe cristiana según ésta es experimentada en términos de creencia y práctica, y según es apropiada existencialmente por aquel que hace esta reflexión. El énfasis en la teología espiritual descansa sobre el propio compromiso de quien reflexiona en el tema de este estudio. Bradley C. Hanson ha señalado que “... la espiritualidad es ese estudio cuyo tema es la fe y que involucra una actitud por parte del sujeto hacia el tema, que combina una reflexión profunda con un fuerte interés existencial por crecer en la fe.... Lo que la distingue es su acercamiento reflexivo y existencial, que procura alentar la fe del estudioso o de aquellos a quienes el estudioso se dirige.”⁷

Debemos reconocer que los cristianos evangélicos no nos hemos caracterizado precisamente por prestar una debida atención a la teología espiritual cristiana, y mucho menos a las cuestiones de dinámica espiritual, especialmente la consideración de la oración como poderosa herramienta de testimonio y ministerio. Sobre el particular, Richard F. Lovelace ha observado que “los cristianos católicos han reconocido hace tiempo la existencia e importancia central de este estudio, y es tiempo que los protestantes se den cuenta de que ellos también comparten con los católicos un profundo interés y una rica herencia de espiritualidad cristiana.”⁸

La mayor parte de los problemas en la iglesia, incluyendo una mala teología, resultan de una teología espiritual cristiana defectuosa, lo cual es una manifestación de una espiritualidad defectuosa y del descuido de la dinámica espiritual en el ministerio, especialmente la oración de poder. Erróneamente se ha pensado que la utilización de la oración como herramienta válida para el ministerio cristiano es una cuestión de tradición denominacional, experiencia religiosa, nivel de espiritualidad, u oportunidad, cuando no se la ha interpretado como expresión de fanatismo religioso. No obstante, es tiempo de entender que la oración de poder no tiene rótulo ni es un instrumento de uso exclusivo para algunos cristianos mientras que para otros está vedado.

Richard E. Lovelace: “Necesitamos de una ‘teoría del campo teológico unificada’ que conserve y consolide todos los valores en los diferentes grupos y partidos mientras que

⁶ Sobre la espiritualidad como teología espiritual, ver Bradley C. Hanson, “[Spirituality as Spiritual Theology](#),” en *Modern Christian Spirituality: Methodological and Historical Essays*, ed. por Bradley C. Hanson, American Academy of Religion, Studies in Religion 62 (Atlanta: Scholars Press, 1990), 45–51; y, Diogenes Allen, *Spiritual Theology* (Cambridge, Mass.: Cowley, 1997).

⁷ Bradley C. Hanson, “[Spirituality as Spiritual Theology](#),” en *Modern Christian Spirituality*, 50.

⁸ Richard F. Lovelace, *Dynamics of Spiritual Life: An Evangelical Theology of Renewal* (Downers Grove, IL: InterVarsity Press, 1979), 11.

evite sus errores y desbalances, y que ayude a los pentecostales y a los no pentecostales a afirmarse unos a otros como cristianos llenos del Espíritu, con dones espirituales válidos pero diferentes, y que una a cristianos comprometidos socialmente con aquellos cargados por los destinos de los individuos sobre una base común en la obra redentora de Cristo.”⁹

Hoy, el término “espiritualidad” es mucho más aceptado que “religión” y se ha transformado en una expresión bien popular en la cultura contemporánea. En un sentido, el vocablo es reciente en cuanto a su significado. Sin embargo, la palabra ha llegado a tener un alcance semántico tan amplio que ha perdido claridad y especificidad. Algunos especialistas como Cheslyn Jones, Geoffrey Wainwright, y Edward Yarnold señalan que “ ‘espiritualidad’, debemos confesar, es una palabra vaga, generalmente utilizada sin un significado claro, o con un alcance amplio y vago.”¹⁰

Desde principios de la década de 1980, la palabra “espiritualidad” ha sido usada en la sociología de la religión para describir ese conjunto de prácticas religiosas que expresa las creencias y valores de un grupo religioso particular. En este sentido, la palabra es científicamente neutral. Quizás sea más conveniente hablar de “espiritualidades”, dado que la espiritualidad está presente en todas las religiones. Aparte de las variedades tradicionales de las espiritualidades cristianas, uno podría hablar de una espiritualidad mormona, islámica, judía o budista. Es desde esta perspectiva ecuménica que el término ha estado en uso frecuente desde mediados de la década de 1970.

Ewert H. Cousins: “[La espiritualidad está relacionada con] ... esa dimensión interior de la persona llamada en ciertas tradiciones ‘el espíritu’. Este corazón espiritual es el centro más profundo de la persona. Es aquí que la persona está abierta a la dimensión trascendente; es aquí que la persona experimenta la realidad última ... [La espiritualidad] explora el descubrimiento de este corazón, la dinámica de su desarrollo, y su viaje a la meta final. Trata con la oración, la dirección espiritual, los varios mapas del viaje espiritual, y los métodos de crecimiento en el ascenso espiritual.”¹¹

Se han dado múltiples definiciones de espiritualidad. Según Nelson Thayer, “espiritualidad es la capacidad específicamente humana de experimentar, ser consciente de, y relacionarse a una dimensión de poder y significado trascendente al mundo de la realidad sensible, expresada en las particularidades de un contexto histórico y social dado, y que lleva

⁹ *Ibid.*, 58.

¹⁰ Cheslyn Jones, Geoffrey Wainwright, y Edward Yarnold, *The Study of Spirituality* (Nueva York: Oxford University Press, 1986), xxii. Ver la “Nota” interesante sobre el significado de “espiritualidad” en pp. xxiv–xxvi.

¹¹ Ewert H. Cousins, “[Preface to the Series](#),” en *Christian Spirituality I: Origins to the Twelfth Century*, ed. por Bernard McGinn y John Meyendorff, vol. 16 de *World Spirituality: An Encyclopedic History of the Religious Quest* (Nueva York: Crossroad Publishing Co., 1985), xiii.

a una acción congruente con su significado.”¹² Urban T. Holmes ve cinco elementos fundamentales en toda expresión de espiritualidad: “(1) una capacidad humana para relacionarse (2) con aquello que trasciende los fenómenos de los sentidos; esta relación (3) es percibida por el sujeto como una conciencia expandida o aumentada independiente de los esfuerzos del sujeto, (4) que da sustancia en el marco histórico, y que (5) se exhibe en acciones creativas en el mundo.”¹³

Sandra M. Schneiders: “Si bien el interés en la espiritualidad a veces produce manifestaciones superficiales, insanas, bizarras e incluso malas, éste representa, en su totalidad, un deseo profundo y auténtico de la humanidad del siglo XX por integración en medio de la fragmentación, por comunidad frente al aislamiento y la soledad, por una trascendencia liberadora, por significado en la vida, por valores que perduren. Los seres humanos son espíritu en el mundo, y la espiritualidad es el esfuerzo por comprender y tomar conciencia del potencial de esa condición extraordinaria y paradójica.”¹⁴

En la tradición cristiana, la espiritualidad involucra una relación personal con Cristo. Este es el punto fundamental de una verdadera y auténtica espiritualidad cristiana. John R. Tyson señala que “el tremendo alcance de los conceptos y experiencias involucrados en el proceso de renovación y restauración [espiritual] hace difícil la precisión.” Y agrega: “Así, pues, el concepto de espiritualidad se encuentra a menudo con varias descripciones, tales como ‘espiritualidad agustina’, ‘espiritualidad franciscana’, ‘espiritualidad luterana’, o ‘espiritualidad wesleyana’, lo cual apunta a varios patrones históricos que marcan el camino de la semejanza a Cristo y la relación con Dios.”¹⁵

Si bien la espiritualidad incluye las creencias y prácticas históricas cristianas, en su uso presente es una palabra más abarcadora, dado que se extiende más allá de la espiritualidad propiamente cristiana para incluir las formas de la Nueva Era, la parapsicología (telepatía, percepción extra-sensorial, clarividencia, y otros fenómenos psíquicos), y la astrología entre otros. Casi todas las experiencias humanas conocidas y especialmente aquellas de un carácter místico han sido generalmente incluidas bajo este término. Consecuentemente, los investigadores no han llegado a un acuerdo en cuanto a una definición universal. Esto hace que la espiritualidad, fuera de la fe y práctica cristianas históricas sea muy difícil de estudiar.

No obstante, nosotros nos proponemos considerar la oración de poder a partir del marco de referencia de la espiritualidad cristiana, para verla después como expresión de una misiología espiritual cristiana. Es por ello que conviene tener bien en claro cuál es nuestro punto de arranque: la espiritualidad cristiana. Ahora, el concepto de “espiritualidad cristiana”

¹² Nelson S.T. Thayer, *Spirituality and Pastoral Care* (Filadelfia: Fortress Press, 1985), 55.

¹³ Urban T. Holmes, *Spirituality for Ministry* (San Francisco: Harper & Row, 1982), 12.

¹⁴ Sandra M. Schneiders, “Spirituality in the Academy,” en *Modern Christian Spirituality*, 36.

¹⁵ John R. Tyson, ed., *Invitation to Christian Spirituality: An Ecumenical Anthology* (Nueva York: Oxford University Press, 1999), 3.

ha sido objeto de múltiples abusos, al punto que se ha transformado en un cliché casi sin sentido.

Richard L. Lovelace: “La espiritualidad es en muchas maneras tratada como si fuese la hijastra olvidada del movimiento cristiano. Muy frecuentemente es reducida a una cobertura espiritual sobre la superficie de otras partes del cristianismo, que son consideradas más sustanciales e importantes, tales como el mantenimiento de una sana doctrina, o una política correcta de compromiso social e institucional. Pero pocas veces es reconocida como el fundamento indispensable sin el cual todos estos elementos carecen de poder y caen en decadencia. En ciertas partes de la iglesia, una espiritualidad bien superficial es el pan y manteca de la experiencia diaria, pero es casi invisible como una cuestión de preocupación seria entre los líderes eclesiásticos, porque se da por sentada o bien inconscientemente se la desprecia. Otras partes de la iglesia han desarrollado una maquinaria intrincada de perfección espiritual, que intimida a los laicos y a la mayoría de los líderes. Otros sectores han descuidado un programa de desarrollo espiritual en razón de que han llegado a la conclusión de que esto es muy duro o no vale la pena hacerlo. En muchos de estos círculos la teología espiritual, si es que de algún modo se reconoce su existencia, probablemente es puesta a un lado como ‘mero pietismo’.”¹⁶

Debemos ser muy críticos de la comprensión tradicional de la espiritualidad cristiana, y especialmente de la manera en que la oración ha sido conceptuada. La espiritualidad cristiana tradicional ha estado orientada, durante mucho tiempo, a las élites y ha sido la posesión particular de grupos selectos y, en buena medida, cerrados, tales como las órdenes y congregaciones religiosas en el catolicismo romano y los grupos de renovación espiritual en el protestantismo. Todas estas manifestaciones se han caracterizado por una actitud que bien merece el calificativo de *fuga mundi* (“fuga del mundo”). La espiritualidad cristiana tradicional ha tenido también una inclinación fuertemente individualista. El peregrinaje espiritual ha sido presentado a menudo como el cultivo de valores individuales, como una manera de obtener la perfección personal. Una suerte de espiritualidad extremadamente individualizada y centrada en el individuo. En esta comprensión de la espiritualidad, la relación con Dios parece obscurecer la presencia de otras personas y alentar a los cristianos individuales a ser absorbidos en su propia interioridad, en orden a comprenderse y desarrollarse mejor. Es por esta razón que, en conformidad con esta comprensión individualista y egoísta de la espiritualidad, la vida espiritual ha sido llamada “vida interior”, lo cual muchos han interpretado como una vida que se vive exclusivamente dentro del individuo. Por cierto, quien tiene esta comprensión de la espiritualidad cristiana jamás podrá entender cómo la oración de poder puede ser un recurso fundamental para el servicio al prójimo y el cumplimiento de la misión cristiana en el mundo.

¹⁶ Lovelace, *Dynamics of Spiritual Life*, 12, 13.

Gustavo Gutiérrez: “Me parece que una fuente importante de la ‘espiritualidad de evasión’, como la llama Puebla (no. 826), es ... el individualismo.... El individualismo opera, de hecho, como un filtro que hace posible ‘espiritualizar’ e incluso volatilizar lo que en la Biblia son declaraciones matizadas de naturaleza social e histórica.... El ‘pasaje’ a través del individuo interioriza y roba su filo histórico a las categorías reflexivas de las realidades objetivas en las que los individuos y pueblos viven y mueren, luchan y afirman su fe.... El individualismo y el espiritualismo se combinan de este modo para empobrecer e incluso distorsionar el seguimiento de Jesús. Una espiritualidad individualista es incapaz de ofrecer dirección en este seguimiento a aquellos que se han embarcado en una empresa colectiva de liberación. Tampoco hace justicia a las dimensiones diferentes de la persona humana, incluyendo los así llamados aspectos materiales...”¹⁷

Necesitamos deshacernos de estos falsos conceptos de espiritualidad que resultan en la alienación del creyente respecto al mundo que es material, y desarrollar una espiritualidad cristiana que reconozca a Dios dentro de este mundo real. Una espiritualidad así resultará en una oración de poder que estará dirigida a Dios, pero desde un diálogo fecundo con la realidad inmediata en la que se lo está sirviendo.

Para lograr esta comprensión dinámica de la espiritualidad y, en consecuencia, un entendimiento dinámico de la oración como recurso poderoso para el servicio a Dios y al prójimo, es importante que tengamos en claro el concepto de espiritualidad cristiana. Y para ello, es oportuno considerar algunas definiciones. Es difícil dar una definición precisa de la espiritualidad cristiana. John R. Tyson indica que “si bien hay una unanimidad profunda y fundacional entre los cristianos en cuanto a la meta de la espiritualidad cristiana, hay una diversidad notable dentro de la tradición cristiana cuando se llega a la pregunta de ‘cómo’ este peregrinaje debe ser seguido de la manera más significativa.”¹⁸ En la misma dirección, Ewert H. Cousins señala: “Es realmente una tarea desafiante definir o dar una descripción operativa de la espiritualidad cristiana. Uno puede estudiar el término en su historia, extraer su significado de un género literario, verlo en relación a las disciplinas de la filosofía y la teología, o hacer un análisis fenomenológico de la experiencia involucrada en la espiritualidad.”¹⁹

No obstante, algunas de las definiciones que los especialistas han dado pueden ser de utilidad para nuestra consideración. Bernard McGinn dice que “la espiritualidad cristiana es la experiencia viva de la fe cristiana.” Y agrega: “Es posible distinguir espiritualidad de doctrina

¹⁷ Gustavo Gutiérrez, *We Drink from Our Own Wells: The Spiritual Journey of a People*, trad. por Matthew J. O’Connell (Maryknoll, NY: Orbis Books; Melbourne, Australia: Dove Communications, 1984), 15, 16.

¹⁸ Tyson, *Invitation to Christian Spirituality*, 3.

¹⁹ Ewert H. Cousins, “What Is Christian Spirituality?” en *Modern Christian Spirituality*, 39.

en que [la primera] se concentra no en la fe misma, sino en la reacción que esa fe provoca en la conciencia y la práctica religiosa. Del mismo modo se la puede distinguir de la ética cristiana en que trata no con todas las acciones humanas en su relación con Dios, sino con aquellos actos en los que la relación con Dios es inmediata y explícita.”²⁰

Richard McBrien: “La espiritualidad cristiana tiene que ver con *nuestra manera de ser cristianos*, en respuesta al llamado de Dios, producida a través de Jesucristo en el poder del Espíritu Santo. Es la *vida en el Espíritu Santo quien incorpora al cristiano al Cuerpo de Jesucristo, a través de quien el creyente tiene acceso a Dios el Creador en una vida de fe, esperanza, amor y servicio*. La espiritualidad cristiana, por lo tanto, es *trinitaria, eclesiológica, neumatológica y escatológica*. Está arraigada en la vida del Dios trino, centrada en Jesucristo, situada en la Iglesia, siempre dispuesta a responder al Espíritu Santo, y orientada siempre a la venida del reino de Dios en toda su plenitud al final de la historia humana. La espiritualidad cristiana es también visionaria, sacramental, relacional y transformacional.”²¹

Por espiritualidad cristiana entendemos, entonces, esa experiencia de relación, unión y conformidad con Dios, que el creyente experimenta a través de su recepción de la gracia de Dios en Cristo, y la correspondiente disposición de volverse del pecado y (para utilizar la frase paulina), “caminar según el Espíritu” en sus relaciones con Dios, consigo mismo/a, sus prójimos y el mundo en el que él/ella vive. Como dice Richard L. Lovelace: “La verdadera espiritualidad no es una religiosidad super-humana; es simplemente la verdadera humanidad liberada de la esclavitud del pecado y renovada por el Espíritu Santo.” ²²

Esta comprensión dinámica de la espiritualidad cristiana tiene ciertos significados e implicaciones. La expresión tiene significado y es importante a lo largo y a lo ancho de la tradición cristiana en buena medida porque focaliza nuestra atención claramente sobre el papel del Espíritu Santo en crear *espíritu*-alidad o santificación. La relación entre el Espíritu Santo y la espiritualidad cristiana, tal como se presenta en la Biblia y en la tradición cristiana, es muy profunda y significativa. Otros términos o expresiones, como “piedad” o “santificación”, por ejemplo, no son tan claros en cuanto a la fuente de la renovación espiritual a la que se refieren. Por eso Josef Sudbrack está en lo cierto, cuando apunta que “la banalidad ... de la palabra [espiritualidad] cuando uno habla de espiritualidad cristiana o de espiritualidades cristianas, es sólo el producto de nuestro propio tiempo, como lo es también, desafortunadamente, la realidad anémica que casi siempre está conectada con la palabra ‘espiritualidad’.”²³

²⁰ Bernard McGinn, “Introduction,” en *Christian Spirituality I*, xv, xvi.

²¹ Richard P. McBrien, *Catholicism*, nueva ed., completamente revisada y actualizada (San Francisco, Calif.: Harper San Francisco, 1994), 1020.

²² Lovelace, *Dynamics of Spiritual Life*, 19.

²³ Josef Sudbrack, “*Spirituality*,” en *Sacramentum Mundi: An Encyclopedia of Theology*, ed. por Karl

Espiritualidad se refiere básicamente al creyente que está lleno del Espíritu Santo. La vida del creyente está llena del Espíritu Santo o no lo está. Según el apóstol Pablo, los dos únicos estados posibles del cristiano son el espiritual o el carnal ✎. Espiritualidad y carnalidad son condiciones opuestas. El creyente que es espiritual es una persona llena del Espíritu Santo. La persona que es carnal no está llena del Espíritu, sino que opera en la energía (poder) de la vieja naturaleza pecaminosa. Es por esto que, dentro de la espiritualidad, hay grados de capacidad o efectividad. Un creyente con madurez espiritual tiene más capacidad para la vida y el amor que un creyente que recién comienza su peregrinaje cristiano. Pero ambos son ciento por ciento espirituales cuando confiesan sus pecados y son llenos del Espíritu Santo. Esta particular relación con Dios a través del Espíritu Santo es posible en razón de la vida, muerte y resurrección de Cristo. Como indica George A. Lane: “La espiritualidad cristiana está siempre arraigada en la experiencia de Jesús.”²⁴

Karl Rahner: “Esta experiencia en la que Jesús llega a ser, para una persona particular, el evento del acercamiento a Dios, único y cualitativamente insuperable e irreversible, es siempre afectada por la totalidad de sus elementos como una entidad única incluso si cada uno de los elementos no está necesaria e inmediatamente presente de manera explícita y clara a nivel consciente.”²⁵

Todo el Nuevo Testamento da testimonio de esta comprensión de la espiritualidad cristiana. Los Evangelios Sinópticos ejemplifican el discipulado como el seguimiento de Jesús (Mt. 4:18). Los escritos de Juan lo describen como unión con Cristo a través del amor (1 Jn. 4:13). Esta es la “vida nueva” de la que Pablo habla, y que es nuestra a través de la identificación con la muerte y resurrección de Cristo (Ro. 6). Hebreos y 1 Pedro describen la vida cristiana como un peregrinaje: “Fijemos la mirada en Jesús, el iniciador y perfeccionador de nuestra fe” (He. 12:2), quien nos ha dejado un “ejemplo para que sigamos sus pasos” (1 P. 2:21).

De esta manera, la experiencia de Jesucristo es una experiencia de aceptación, sanidad y purificación, que se manifiesta a los creyentes a través del poder del Espíritu Santo (Juan 14–17). Estar unido con Cristo es estar unido con el Espíritu de Cristo (1 Co. 6:17), y esto resulta en ser conformado a la imagen de Cristo (Ro. 8:29). En este sentido, la expresión “vida en el Espíritu” es sinónimo de “vida en Cristo”. Esta unión tiene su meta (gr. *telos*) en una renovación y cambio permanente de la persona, que producen una vida nueva y actitudes renovadas. Según Jesús, ésta es una “vida eterna” (Jn. 14:14), una “vida abundante” (Jn. 10:10), o según Pablo “una nueva creación” (2 Co. 5:17). Estar “en Cristo” crea el deseo de conformar nuestra vida, actitudes y aspiraciones cristianas a las de Jesús (Fil. 2:3–11).

²⁴ George A. Lane, *Christian Spirituality: An Historical Sketch* (Chicago: Loyola University Press, 1984), v.

²⁵ Karl Rahner, *The Practice of Faith: A Handbook of Contemporary Spirituality* (Nueva York: Crossroad, 1984), 8.

Ahora, ¿cuál es la meta de una espiritualidad cristiana auténtica? La meta de la espiritualidad cristiana es la semejanza a Cristo y la restauración de la imagen de Dios (2 P. 1:4), con la que los seres humanos fuimos creados originalmente (Gé. 1:26). La espiritualidad cristiana implica un crecimiento en la gracia y la santidad. Básicamente tiene que ver con la doctrina y práctica de la santificación.²⁶ Como señalara Ewert H. Cousins: “Yo creo que la espiritualidad cristiana se da a través de una experiencia de Cristo, la Trinidad y la gracia, dentro de la vida de la comunidad de la Iglesia.”²⁷ El desarrollo espiritual individual significa crecimiento hacia una unión más plena con Dios a través de la oración y de una conformidad creciente a la voluntad de Dios en la vida. Este crecimiento en unidad con Dios tenderá a producir un crecimiento en la integración personal y en la buena voluntad hacia el prójimo y la naturaleza creada.

Christopher Bryant: “Este desarrollo es posible solamente a través de la acción de la gracia de Dios, pero demanda la cooperación deliberada del individuo. De esta manera, se parece tanto al crecimiento de un árbol como al viaje de un peregrino. Al igual que un árbol, la vida espiritual crece hacia abajo y hacia arriba. Sus raíces toman nutrientes de la tierra de la naturaleza creada por Dios; y sus ramas, a través de la oración, se extienden al oxígeno de la comunión con Dios. Pero también es como un viaje en procura de Eldorado. En verdad, ocurre un avance espiritual decisivo cuando uno se propone seriamente buscar un caminar más estrecho con Dios, y poner a Dios y su Reino al frente de los propósitos propios. La naturaleza del desarrollo espiritual de las personas será profundamente influida tanto por su temperamento nativo y experiencia infantil como también por la sociedad en la que han crecido.”²⁸

Esta espiritualidad se manifiesta también en la relación que debido a nuestra fe en el Cristo viviente nosotros mantenemos con otras personas en el mundo y con la naturaleza creada. Una espiritualidad cristiana auténtica es un diálogo verdaderamente creativo y redentor entre el creyente y su Creador, en el que el yo personal también participa activamente, al igual que nuestros prójimos y el resto del mundo creado. El crecimiento y la madurez en esta espiritualidad se alcanzan, cuando un diálogo compartido se torna más fluido y adquiere un alcance mayor. John R. Tyson ha afirmado con justeza que “hay pocos atajos en el viaje de ser una persona dominada por el pecado a transformarse en una persona empoderada espiritualmente y semejante a Cristo; éste no es un viaje que se hace rápido o fácilmente.” Tyson agrega que este viaje es “generalmente un peregrinaje que se da persistente y crecientemente a medida que el creyente se entrega a sí mismo/misma más y más a la voluntad de Dios y consecuentemente es recreado más y más en el carácter y la

²⁶ Sobre este particular, ver, Donald Alexander, *Christian Spirituality: Five Views of Sanctification* (Downers Grove, IL: InterVarsity Press, 1988).

²⁷ Cousins, “What is Christian Spirituality?” en *Modern Christian Spirituality*, 43.

²⁸ Christopher Bryant, “The Nature of Spiritual Development,” en *The Study of Spirituality*, 565, 566.

semejanza de Dios.”²⁹ La verdadera espiritualidad cristiana, lejos de alienarnos de un mundo en necesidad, nos envía de vuelta al mismo en un compromiso total con la misión que nos ha sido confiada.

John R. Tyson: “La espiritualidad cristiana no señala a una huida de la vida física, o a un retiro de los desafíos de la vida en el mundo; más bien ella describe el proceso por el cual los creyentes procuran vivir vidas santas, mientras están en la carne y mientras confrontan los desafíos de este mundo. Es un llamado a hacer presente el mandato de Jesús de estar ‘en’ pero no ser ‘de’ el mundo (Jn. 17:15–18), y a vivir conforme a la amonestación paulina: “No se amolden al mundo actual, sino sean transformados mediante la renovación de su mente. Así podrán comprobar cuál es la voluntad de Dios, buena, agradable y perfecta” (Ro. 12:2).”³⁰

Es en el marco de esta comprensión integral y misiológica de la espiritualidad cristiana, que nos proponemos considerar a la oración de poder como uno de sus elementos fundamentales. En las lecciones que siguen, procuraremos responder a las preguntas básicas que mejor nos ayuden a comprender la naturaleza, carácter, función y aplicabilidad de la oración de poder, como instrumento clave para la manifestación plena del reino de Dios en este mundo.

CAPÍTULO 1

La oración: su significado

En Jeremías 33:3, encontramos un versículo con una promesa impactante. Dice el Señor: “Clama a mí y te responderé, y te daré a conocer cosas grandes y ocultas que tú no sabes.” Estas palabras han servido de poderoso incentivo a la oración para muchos creyentes a lo largo del tiempo. La promesa que contienen nos asegura que el diálogo con Dios es de veras diálogo, y que la relación que ese diálogo crea con él es un camino de doble mano. Orar es hablar con Dios. Orar es comunicarnos con él a través de un diálogo dinámico y enriquecedor

Dios habla al ser humano a través de su Palabra. El ser humano habla a Dios por medio de la oración. Así como la respiración es vital para el cuerpo humano, así lo es la oración a la vida espiritual del creyente. Sin la práctica de la oración, el cristiano muere en su vida

²⁹ Tyson, *Invitation to Christian Spirituality*, 3.

³⁰ *Ibid.*, 4.

espiritual y en su comunión con Dios.

La Biblia no ofrece una definición de oración. Cuando recorremos sus páginas, nos damos cuenta de la realidad paradójica de que no encontramos una sola frase que, de manera explícita, defina la oración. No obstante, no hay en las Escrituras otra práctica religiosa que esté ilustrada con tanta abundancia como la oración. De hecho, una referencia a los textos bíblicos que están relacionados con la oración podría ocupar el resto de este libro.

Al no tener en la Biblia una definición explícita de la oración, nos queda a nosotros tratar de elaborar una. De todos modos, como bien enseña E. M. Bounds, uno de los grandes maestros de oración: “La oración, como el amor, es demasiado etérea y celestial para ser sostenida por los fríos andamiajes de las definiciones. Pertenece al cielo, al corazón y no sólo a las palabras y a las ideas.”³¹ No obstante, es importante que intentemos por lo menos elaborar un concepto de la oración. Para ello, los ejemplos bíblicos y especialmente nuestra propia experiencia pueden ayudarnos a desarrollar nuestra propia definición. ¿Cómo podríamos definir la oración?

EJERCICIO 1

Qué es la oración.

A continuación, anota tu propia definición de la oración:

Quizás la definición cristiana más antigua de la oración es la que dio Evagrius Ponticus, un monje del desierto de Ibera en el Ponto (346–399). Según él: “La oración es el ascenso de la mente a Dios.” El trasfondo neoplatónico de esta declaración es claro, y restringe y falsifica el significado de la oración. Para Agustín de Hipona (354–430), la oración “es hablar a Dios” (*locutio ad Deum*), con lo cual el énfasis cae sobre el lado humano de la oración. Para Martín Lutero (1483–1546) la oración no era tanto una acción como una reacción, basada sobre la Palabra de Dios precedente, que la hace posible. La lista de definiciones o conceptos sobre la oración a lo largo de la historia del testimonio cristiano es imposible siquiera de resumir en este lugar.

Se han dado las más diversas definiciones cristianas de la oración. Todas ellas encierran un valor especial y destacan aspectos importantes de la misma. John White, conocido orador y escritor cristiano, que se desempeñó como Secretario General de la Comunidad Internacional de Estudiantes Evangélicos en América Latina, define la oración como una ventana. “Las oraciones en la Biblia son algo así,” dice él. “Lo que importa realmente es lo

³¹ E. M. Bounds, *Un tesoro de oración* (Miami: Editorial Betania, 1988), 22.

que se ve a través de ellas. Son algo así como ventanas a la eternidad, por las que podemos percibir profundas cuestiones relativas a la vida y a la muerte. No pasará mucho tiempo que usted olvidará que está tratando con la oración, por estar totalmente impactado por lo que ve a través de ella.”³²

E. Stanley Jones, destacado misionero metodista a la India y gran escritor norteamericano, en uno de sus libros devocionales más conocidos—*El camino*—define a la oración en estos términos: “La oración es cooperación con Dios. En la oración uno coordina sus deseos, voluntad y vida con Dios. Dios y el hombre se ponen de acuerdo sobre los deseos, propósitos y planes de la vida y los realizan juntos. Eso es la oración. La oración no es, pues, la tentativa de hacer que Dios cumpla nuestra voluntad. Es poner nuestra voluntad en armonía con la de Dios. Pero la voluntad no es una parte separada del resto de nuestra vida—la voluntad es el yo en acción. De manera que la oración pone en armonía al yo entero con el entero Yo de Dios. La oración es, pues, afinación.”³³

Uno de los autores más conocidos en cuanto a la oración—E. M. Bounds—la define así: “La oración nos da ojos para ver a Dios. Orar es ver a Dios. La oración es conocimiento de lo externo y de lo interno; es total vigilancia hacia fuera y total vigilancia hacia adentro. No puede haber oración inteligente sin conocimiento de uno mismo, por lo tanto debemos sentir y conocer nuestra condición interior y nuestras necesidades personales.”³⁴

José Young, profesor durante muchos años en la Escuela Bíblica de Villa María (Córdoba, Argentina), define la oración como un diálogo con Dios. Dice él: “La oración es, básicamente, una conversación con Dios. No es una fórmula de palabras mágicas ofrecidas a cambio de algún beneficio. Se trata de algo muy personal, de una conversación íntima con alguien a quien amamos y quien nos ama. Alguien que vive, que nos escucha y que permanece a nuestro lado. Si tenemos esto en mente quizás cuidemos mucho más cómo oramos y qué oramos.”³⁵ Helmut Thielicke, un destacado teólogo evangélico alemán contemporáneo define también la oración como una conversación con Dios. “Conversación con Dios, que como oír y responder constituye la esencia de la oración, es posible sólo en la confianza de que él se dirige a mí.”³⁶

E. M. Bounds: “La oración es el contacto de un alma viviente con Dios. Mediante la oración Dios se inclina para besar al hombre, para bendecirlo, para ayudar al hombre en todo lo que Él puede proporcionar o el hombre puede necesitar. La oración llena el vacío

³² White, *Oración*, 7, 8.

³³ E. Stanley Jones, *El camino* (Buenos Aires: Editorial La Aurora, 1953), 211.

³⁴ Bounds, *Un tesoro de oración*, 23.

³⁵ José Young, *Iniciación en la fe* (Buenos Aires: Ediciones Certeza, 1977), 57.

³⁶ Helmut Thielicke, *The Evangelical Faith*, vol. 3: *The Holy Spirit, the Church, Eschatology* (Grand Rapids: Eerdmans, 1982), 84.

del hombre con la plenitud de Dios, llenando la pobreza del hombre con las riquezas de Dios. La oración aleja toda la debilidad del hombre al acercar la fortaleza de Dios. La oración ahuyenta la insignificancia del hombre con la grandeza de Dios. La oración es el plan de Dios para suplir la continua e inmensa necesidad que tiene el hombre, con la continua y enorme abundancia de Dios. La oración eleva al hombre sobre lo terrenal y lo vincula con lo celestial. Los hombres no pueden estar nunca más cerca del cielo, más cerca de Dios, ni ser más semejantes a Dios, en comunión más profunda y real con Jesucristo, que cuando están orando.”³⁷

Si bien no encontramos en la Biblia una definición explícita de la oración, si tenemos en sus páginas maravillosas descripciones de la misma. Estas descripciones nos permiten refinar nuestra comprensión del carácter y significado de la oración, cuando prestamos atención a la riqueza que contienen.

EJERCICIO 2

La Biblia describe la oración como...

Colocar la letra que corresponda:

- | | |
|-----------------------|--------------------------------|
| A. Salmo 130:1 | Clamar a Dios. |
| B. Salmo 25:1 | Elevar el alma a Dios. |
| C. Salmo 95:6 | Buscar el rostro de Dios. |
| D. Salmo 62:8 | Derramar el corazón a Dios. |
| E. Salmo 116:4 | Arrodillarse delante de Dios. |
| F. Salmo 27:8 | Acercarse a Dios. |
| G. Efesios 3:14 | Presentarse delante de Dios. |
| H. 2 Crónicas 32:20 | Invocar el nombre de Dios. |
| I. Hebreos 10:22 | Doblar las rodillas ante Dios. |
| J. Salmo 5:3 | Levantar corazones y manos. |
| K. Lamentaciones 3:41 | Clamar al cielo. |

³⁷ Bounds, *Un tesoro de oración*, 22.

Además, si bien la oración no está definida en la Biblia, el poder de la oración está demostrado en las vidas de los hijos de Dios en las páginas del texto sagrado. Estos ejemplos y lo que en cada caso ocurrió están registrados para que los imitemos. Como bien indica el apóstol Pablo: “Todo eso les sucedió para servir de ejemplo, y quedó escrito para advertencia nuestra, pues a nosotros nos ha llegado el fin de los tiempos” (1 Co. 10:11). Es en este sentido, que los textos bíblicos nos pueden servir de ayuda al tratar de entender el significado de la oración, ya que “toda la Escritura es inspirada por Dios y útil para enseñar, para reprender, para corregir y para instruir en la justicia, a fin de que el siervo de Dios esté enteramente capacitado para toda buena obra” (2 Ti. 3:16–17).

Cuando vamos al texto bíblico buscando estos ejemplos que nos ayuden y animen a orar, encontramos algunos casos sumamente inspiradores. Tal fue la experiencia de Moisés, Aarón, e incluso Samuel, según se ve reflejada en Salmos 99:6, donde se nos refiere que “Moisés y Aarón se contaban entre sus sacerdotes [de Israel], y Samuel, entre los que invocaron su nombre. Invocaron al Señor, y él les respondió.” En Santiago 5:17–18 se nos recuerda que “Elías era un hombre con debilidades como las nuestras.” Y, sin embargo, “con fervor oró que no lloviera, y no llovió sobre la tierra durante tres años y medio. Volvió a orar, y el cielo dio su lluvia y la tierra produjo sus frutos.”

EJERCICIO 3

Cómo opera la oración.

Después de leer en grupo el pasaje asignado, presentar un informe al plenario sobre *cómo la oración* en la vida del personaje bíblico en cuestión:

1. Génesis 15:1–6:
2. Génesis 24:10–15:
3. Génesis 32:9–12; 33:4:
4. Daniel 2:17–23:
5. Nehemías 1:4–11:

6. Hechos 9:40; 28:8:

7. Hechos 12:5, 12-16:

Los eruditos más grandes no han podido desentrañar todos los misterios de la oración. Tampoco los santos más piadosos han podido agotar sus posibilidades. Sin embargo, el creyente más sencillo puede practicar la oración eficaz, que puede mucho, y enriquecer así su vida y potenciar su ministerio.

La Palabra de Dios es el libro de texto para la oración. Los problemas y experiencias de la vida cotidiana son el laboratorio en el que ponemos a prueba la oración. Debemos dedicar tiempo para estudiar la Biblia y ser fieles en obedecer las enseñanzas del Maestro, si es que vamos a aprender a ser poderosos para con Dios y los hombres. En Romanos 10:17, Pablo nos recuerda que “la fe viene como resultado de oír el mensaje, y el mensaje que se oye es la palabra de Cristo.” “Precisamente por eso,” nos amonesta Pedro, “esfuércense por añadir a su fe, virtud; a su virtud, entendimiento” (2 P. 1:5). Y todo esto es para que como éste apóstol agrega más adelante, podamos “crecer en la gracia y en el conocimiento de nuestro Señor y Salvador Jesucristo” (2 P. 3:18).

Dietrich Bonhoeffer: “El estudio de la Escritura conduce a la oración. Ya hemos dicho que el camino más promisorio hacia la oración es el dejarse guiar por la Palabra de la Escritura, y orar tomando por base la Palabra de la Escritura. De este modo no caemos en nuestro propio vacío espiritual. Orar no significa otra cosa que estar dispuesto a adueñarse de la Palabra, dentro de mi propia situación, en mis tareas especiales, decisiones, pecados y tentaciones.”³⁸

Es bueno querer saber más sobre la oración (Fil. 1:9). Pero quien debe enseñarnos sobre la oración es Jesús mismo (Lc. 11:1). Nuestro Señor, a través de la obra de su Espíritu Santo, es quien nos enseña no sólo a orar como conviene, sino también a hacer de la oración una herramienta de trabajo poderosa y efectiva en el cumplimiento de la misión que tenemos por delante.

Además, debemos tener presente que la oración está compuesta por siete elementos fundamentales. Toda verdadera oración, que se precie de ser completa, debe incluir estos siete elementos básicos. Cada uno de ellos es de gran valor y expresa la riqueza única de la oración. Estos elementos componentes de la oración son: alabanza, adoración, confesión, petición, intercesión, acción de gracias y meditación. En lo que sigue de este capítulo,

³⁸ Dietrich Bonhoeffer, *Vida en comunidad* (Buenos Aires: Editorial La Aurora, 1970), 82.

vamos a procurar analizar cada uno de estos elementos con el mayor detalle posible y trataremos de ver de qué manera se relacionan con el mejor cumplimiento de la misión cristiana. Este análisis nos ayudará, a su vez, a obtener una mejor comprensión del significado de la oración.

ALABANZA

Es frecuente la confusión de alabanza y adoración. En realidad, se trata de dos fases de un mismo ejercicio espiritual, que está orientado a establecer el contacto adecuado con el Señor. Cuando los discípulos le pidieron a Jesús que les enseñara a orar, Jesús respondió diciendo: “Cuando oren, digan: ‘Padre, santificado sea tu nombre.’” Es decir, la oración comienza con una actitud de elevación del espíritu humano para sintonizarse con el Espíritu divino, mediante la comunicación a partir de una relación personal. Este acto sinfónico tiene dos movimientos, que están estrechamente ligados el uno al otro: la alabanza y la adoración. 

En este apartado nos interesa entender el primero de ellos: la alabanza. Como indica Jack Taylor: “La alabanza es un factor vital e indispensable en la vida de oración tanto pública como privada. Tenemos tendencia a pensar que la alabanza está limitada al ejercicio público.”

 39

La alabanza es la glorificación de Dios, especialmente mediante la exaltación de sus perfecciones. Esto tiene que ver con lo que él es, pero especialmente con lo que él hace. Generalmente, la alabanza se expresa a través de la música y el canto, pero la oración de alabanza es un componente muy importante en este proceso. Alabamos al Señor con lo que decimos en oración. Le dirigimos a él palabras que suponemos son de su agrado. Le ofrecemos el sacrificio de palabras buenas y hermosas para regocijo suyo. 

En este sentido, la alabanza es una parte importante de todo el acto de adoración del creyente y la iglesia . En la liturgia evangélica más reciente, el culto comienza con cánticos y oraciones  de alabanza, que expresan la alegría del pueblo de Dios al acercarse al templo o lugar de culto, y reunirse en su nombre. En el presente movimiento de alabanza, que se está desarrollando en América Latina, las canciones y las oraciones van juntas en el tributo de gloria a Dios. Muchas veces, las oraciones se ofrecen a través del canto espontáneo, las canciones espirituales o el cántico celestial o angelical bajo la inspiración del Espíritu. En otros casos, frases espontáneas de alabanza son exclamadas o gritadas por los participantes.

En la oración modelo (el Padrenuestro), Jesús nos recuerda que antes de mirar hacia adentro es necesario mirar hacia arriba. Antes de mirar hacia el yo, es necesario mirar hacia Dios. Esta es la esencia de la alabanza, como primer gesto del creyente hacia Dios, al entrar en contacto con él por medio de la oración. Cuando miramos hacia arriba, hacia Dios, lo

³⁹ Jack Taylor, “La oración ... ¡lo prioritario!”, en Ralph W. Neighbour, comp., *La iglesia del futuro* (El Paso: Casa Bautista de Publicaciones, 1983), 89.

primero que debemos hacer es alabarle. Y cuando lo alabamos, lo hacemos por lo que él hace en nuestras vidas. 🗨️

John White: “ ‘No ceso de dar gracias por vosotros’ (Efesios 1:16). Pablo no está usando una fórmula diplomática, sino que está simplemente diciendo la verdad. Él constantemente alaba a Dios por los efesios.

¿Era importante que lo hiciera? Agradecer por un hermano de la fe es importante al menos por dos razones. En primer lugar, Dios merece ser alabado por su creación, porque ha mostrado interés por alguien que nunca lo hubiera merecido. 🗨️ ... Aunque un solo hombre hubiera recibido esas atenciones y esfuerzos de parte de Dios, todos nosotros estaríamos en el deber de alabarlo y agradecerle por tan maravillosa muestra de amor. Pero hay una segunda razón por la cual dar gracias. No podemos agradecer a Dios y seguir siendo los mismos. Nuestra perspectiva cambia cuando abrimos nuestras mentes hacia Dios en oración. Nace la esperanza.”⁴⁰ 🗨️

EJERCICIO 4

¿Qué es lo que Dios hace?

Hacer en clase una lista de todas las cosas que Dios hace y que son manifestación De su poder y grandeza. Se puede anotar la lista en una pizarra.

EJERCICIO 5

Oraciones de alabanza.

Dedicar algunos minutos en clase a alabar a Dios en oración por lo que él hace en nuestras vidas. Se sugiere utilizar en estas oraciones la lista confeccionada en el Ejercicio 4 y textos bíblicos.

ADORACIÓN

El segundo movimiento en la sinfonía del acercamiento a Dios en oración es la adoración. 🗨️ Este movimiento es sumamente importante y está ligado muy estrechamente a la oración en sí. De hecho, el vocablo castellano “adoración” viene del latín *adorare*, que a su

⁴⁰ White, *Oración*, 154.

vez es una palabra compuesta por el prefijo *ad*, que significa a, hacia, y *orare*, que es hablar, orar. *Adorare*, pues, significa “a la oración,” “dirigirse a la oración.”

La adoración es la reverencia y honor ofrecidos a un ser considerado divino o a un poder espiritual sobrenatural. Es el acto mediante el cual se expresa esa reverencia o devoción, que sólo se tributa a un ser estimado como superior. La adoración involucra oración, sacrificios, rituales, alabanza, danza, y otras manifestaciones individuales y/o colectivas. Según el filósofo y antropólogo jesuita Teilhard de Chardin, la adoración significa “la entrega a algo que es más grande que uno mismo.”

Jack Taylor: “Estoy convencido de que hasta que la adoración pública no venga a ser una significativa extensión de nuestra adoración *privada*, aquélla quedará inhibida, formal e inexpressiva. Si alguna vez logramos una congregación de cristianos que individualmente han estado en la presencia de Dios en *privado* ... y han aprendido cómo responder a Dios en *privado* ... tendremos entonces auténticos actos de adoración pública.”⁴¹

¿Quién es el Dios a quien oramos?

Desde una perspectiva cristiana, la adoración es el reconocimiento de Dios en su santidad y majestad. Este ejercicio de adoración incluye el ofrecimiento de alabanza, acción de gracias y reconocimiento a Dios como parte central del servicio que los creyentes le rinden. La adoración cristiana puede ser individual, pero su foco es colectivo, y se da cuando la comunidad de fe se reúne para el culto. En esta reunión, música, oración, predicación, la lectura de la Biblia y la participación en la comunión (la eucaristía) son aspectos claves de la adoración cristiana.

Cuando adoramos estamos poniendo primero lo que debe ir primero, y estamos asumiendo una actitud que eleva a un plano prioritario las cosas del cielo antes que las de la tierra. Como nos amonesta Pablo: “Concentren su atención en las cosas de arriba, no en las de la tierra” (Col. 3:2). En el tránsito de esta actitud de adoración, comenzamos considerando quién es él. Y al hacerlo, descubrimos al menos tres cosas fundamentales.

Por un lado, descubrimos que él es supremo en majestad, poder y sabiduría. ¿Podemos confiar en un Dios así? ¿Puede un Dios como éste responder a nuestras oraciones y resolver nuestros problemas? Saber que él es Señor soberano nos alienta a la oración, ya que nos garantiza que nuestras palabras y gestos no caerán al vacío ni se perderán sin respuesta. Al orar lo estamos haciendo a Alguien que no sólo tiene la capacidad de entender lo que le estamos diciendo, sino también de responder a ello. Es decir, por ser él quien es, podemos entrar en un diálogo dinámico con él.

⁴¹ Taylor, “La oración,” 89, 90.

Por otro lado, descubrimos que él es perfectamente santo. El no puede tolerar el pecado en su presencia. La Palabra nos advierte: “Si a sus ojos no tiene brillo la luna, ni son puras las estrellas, mucho menos el hombre, simple gusano; ¡mucho menos el hombre, miserable lombriz!” (Job 25:5–6). Si nos parece que estas palabras son un juicio duro en cuanto a la condición espiritual y moral del ser humano, en realidad ellas apuntan a exaltar la perfección de Dios. Esto lo comprendió bien el profeta Habacuc, cuando oró diciendo: “Son tan puros tus ojos que no puedes ver el mal” (Hab. 1:13).

Harry Emerson Fosdick: “Considera el significado del hecho de que oración y adoración son universales; que todos los pueblos buscan ‘a Dios, si en alguna manera, palpando, puedan hallarle.’ Se dice que una mujer africana ignorante, después de oír su primer sermón cristiano, le comentó a su vecina. ‘¡Esto es! Siempre te dije que debía haber un Dios como ése.’ En alguna parte en cada ser humano está la capacidad para la adoración y la oración, para la aprehensión de Dios y de su amor. ¿No es ésta la cualidad distintiva del ser humano y la facultad más noble que él/ella posee?”⁴²

Ahora, ¿quién puede tener comunión con un Dios tan santo y perfecto? ¿Cómo podemos acercarnos a un Dios así? La única manera es siendo nosotros mismos santos en toda nuestra manera de vivir. Por eso, el apóstol Pedro nos anima, diciendo: “Más bien, sean ustedes santos en todo lo que hagan, como también es santo quien los llamó; pues está escrito: ‘Sean santos, porque yo soy santo’” (1 P. 1:15–16). Para ello, es necesario que seamos quebrantados y humildes de espíritu. El profeta Isaías lo entendió bien. “Porque lo dice el excelso y sublime, el que vive para siempre, cuyo nombre es santo: ‘Yo habito en un lugar santo y sublime, pero también con el contrito y humilde de espíritu, para reanimar el espíritu de los humildes y alentar el corazón de los quebrantados’” (Is. 57:15).

Además, descubrimos que él es justo y misericordioso. La Biblia nos enseña que Dios es amor y que se deleita en la misericordia. “El Señor es clemente y compasivo,” declara el poeta bíblico, “lento para la ira y grande en amor” (Sal. 103:8). Él es paciente en su amor. “El Señor no tarda en cumplir su promesa, según entienden algunos la tardanza. Más bien, él tiene paciencia con ustedes, porque no quiere que nadie perezca sino que todos se arrepientan” (2 P. 3:9). Por eso, él puede perdonar, limpiar y recibir en su comunión a quien arrepentido confía en Cristo. Es posible entrar en contacto con él, a pesar de su majestuosa grandeza, porque él es un Dios de amor y perdón. Como lo enseña Juan: “Así manifestó Dios su amor entre nosotros: en que envió a su Hijo unigénito al mundo para que vivamos por medio de él. En esto consiste el amor: no en que nosotros hayamos amado a Dios, sino en que él nos amó y envió a su Hijo para que fuera ofrecido como sacrificio por el perdón de nuestros pecados” (1 Jn. 4:9–10).

⁴² Harry Emerson Fosdick, *The Meaning of Prayer* (Londres: Collings/Fontana Books, 1966), 11.

¿Cómo debemos acercarnos a un Dios santo?

Al considerar quién es él, debemos acercarnos a él con reverencia. La Palabra nos ofrece el protocolo a seguir en nuestro acercamiento en comunión con Dios, cuando dice: “Así que nosotros, que estamos recibiendo un reino in-conmovible, seamos agradecidos. Inspirados por esta gratitud, adoremos a Dios como a él le agrada, con temor reverente, porque nuestro ‘Dios es fuego consumidor’” (He. 12:28–29).

Tan grande es el poder, la majestad, la santidad, la justicia, el amor y la misericordia de Dios, que la mente natural no puede entenderlo hasta que es iluminada por el Espíritu Santo. Por eso, en relación con los creyentes efesios, el apóstol Pablo pedía en oración “que les sean iluminados los ojos del corazón para que sepan a qué esperanza él los ha llamado, cuál es la riqueza de su gloriosa herencia entre los santos, y cuán incomparable es la grandeza de su poder a favor de los que creemos” (Ef. 1:18–19). De igual modo, el apóstol les recordaba a los cristianos de Corinto: “Ahora bien, Dios nos ha revelado esto por medio de su Espíritu, pues el Espíritu lo examina todo, hasta las profundidades de Dios. En efecto, ¿quién conoce los pensamientos del ser humano sino su propio espíritu que está en él? Así mismo, nadie conoce los pensamientos de Dios sino el Espíritu de Dios” (1 Co. 2:10–11). Pues, bien, es ésta iluminación o revelación del Espíritu la que necesitamos para acercarnos a un Dios santo, como es el Dios y Padre de nuestro Señor Jesucristo, a quien oramos.

Es a la luz de esta revelación de la naturaleza de Dios, que nos damos cuenta de nuestras propias carencias espirituales y de la necesidad de perdón y limpieza. Esta fue la experiencia de Isaías, cuando se vio confrontado con la santidad de Dios cara a cara, según él nos comparte su experiencia en Isaías 6:1–5. Pero ésta fue también la experiencia de David. En un momento crucial de su vida, este extraordinario poeta de Israel llegó a preguntarse: “¿Quién está consciente de sus propios errores? ¡Perdóname aquellos de los que no estoy consciente! Libra, además, a tu siervo de pecar a sabiendas; no permitas que tales pecados me dominen. Así estaré libre de culpa y de multiplicar mis pecados.” Noten que es recién cuando David asume plena conciencia de su pecado y necesidad de perdón, y cuando resuelve esta situación, que su oración puede encontrar vía libre delante del Dios santo: “Sean, pues, aceptables ante ti mis palabras y mis pensamientos, oh Señor, roca mía y redentor mío” (Sal. 19:12–14). Por eso, David había aprendido a comenzar sus oraciones, diciendo: “Examíname, oh Dios, y sondea mi corazón; ponme a prueba y sondea mis pensamientos. Fíjate si voy por mal camino, y guíame por el camino eterno” (Sal. 139:23–24).

Cuando miramos hacia arriba, hacia Dios, no sólo lo alabamos sino que también lo adoramos. Y al descubrir quién es él y cómo podemos acercarnos a un Dios tan majestuoso, lo adoramos por lo que él es.

EJERCICIO 6

¿Qué es lo que Dios es?

Hacer en clase una lista de todo lo que Dios es, mencionando especialmente sus atributos. Se puede anotar la lista en una pizarra.

EJERCICIO 7

Oraciones de adoración

Dedicar algunos minutos en la clase a adorar a Dios en oración por lo que él es para nosotros. Se sugiere utilizar en estas oraciones la lista confeccionada en el Ejercicio 6 y textos bíblicos.

CONFESIÓN

En [Santiago 5:13–18](#), el autor presenta a la iglesia como una comunidad de oración. La consideración del perdón de pecados (v. 15) lleva al autor a otra cuestión: la necesidad de la confesión mutua de los pecados y la oración unos por otros para la restauración de la salud (v. 16). El escritor es bien claro y específico: la confesión de pecados es mutua, se aplica a todos los miembros de la comunidad, y no debe ser hecha sólo a los ancianos. Las oraciones son también mutuas. El propósito de las confesiones y las oraciones aquí es la sanidad, si bien es evidente que la exhortación de confesar los pecados propios y de orar unos por otros implica algo más que la salud física en la consideración de esta cuestión.

La confesión de los pecados “unos a otros” presupone la confesión previa a Dios. Pero la confesión pública de ciertos pecados, en el contexto del culto comunitario, puede ser de gran valor, tanto para el penitente como para la comunidad. Nótese que la confesión pública debe ir acompañada de la oración intercesora. De este modo, la salud espiritual y física es resultado de la confesión de pecados y la oración intercesora. En razón de esto, antes de ponernos en oración como comunidad de fe, es necesario que confesemos a Dios nuestros pecados y unos a otros nuestras ofensas.

Elsa Tamez: “Esta práctica envuelve un proceso de autocrítica y de purificación personal y comunitaria; requiere de la humildad suficiente en el acto de bajar la cabeza para permitir que el otro ore por uno; implica el valor de ser honesto y de confesar pecados propios y colectivos, sin miedo, con la libertad del amor; en fin, conlleva el abrirse al hermano del mismo modo como uno se abre a Dios en la oración silenciosa. La comunidad que haga suyo este desafío entrará en el proceso hondo de la integridad a la cual se invita.”⁴³

La Biblia toma muy en serio la realidad del pecado en la experiencia humana y la necesidad de resolverlo, a fin de que la comunicación con el Dios santo no sufra inconvenientes. ✎ Esta es la razón por la que el apóstol Juan nos amonesta, diciendo: “Si vivimos en la luz, así como él está en la luz, tenemos comunión unos con otros, y la sangre de su Hijo Jesucristo nos limpia de todo pecado. Si afirmamos que no tenemos pecado, nos engañamos a nosotros mismos y no tenemos la verdad. Si confesamos nuestros pecados, Dios, que es fiel y justo, nos los perdonará y nos limpiará de toda maldad ✎” (1 Jn. 1:7–9).

El pecado nos separa de Dios

La realidad es que el pecado nos separa de Dios, y esto hace imposible la comunicación con él. Si bien el creyente, después de aceptar a Cristo, está salvo de toda condenación de la ley, su comunión con Dios se ve interrumpida cuando hay pecados no confesados y no perdonados en su vida. ✎ La Biblia es bien clara sobre esta cuestión, cuando la palabra de Dios le dice a personas dentro del pacto: “La mano del Señor no es corta para salvar, ni es sordo su oído para oír. Son las iniquidades de ustedes las que los separan de su Dios. Son estos pecados los que lo llevan a ocultar su rostro para no escuchar” (Is. 59:1–2).

La presencia del pecado en la vida no deja de tener profundos efectos espirituales y consecuencias graves para una vida de oración fecunda. Esto es así por varias razones, según las Escrituras. ✎

Primero, el pecado contrista al Espíritu Santo en nosotros. ✎ Pablo es contundente al advertirnos: “No agraven al Espíritu Santo de Dios, con el cual fueron sellados para el día de la redención. Abandonen toda amargura, ira y enojo, gritos y calumnias, y toda forma de malicia. Más bien, sean bondadosos y compasivos unos con otros, y perdónense mutuamente, así como Dios los perdonó a ustedes en Cristo” (Ef. 4:30–32). ✎

Segundo, el pecado impide la obra del Espíritu Santo en nosotros. ✎ El Espíritu se propone formar nuestro carácter cristiano a semejanza de Cristo mismo. El Espíritu no puede fluir en una vida que está contaminada por dentro por la escoria del pecado ✎. Una flauta tapada no puede emitir sonido por más que se sople fuerte. En este sentido, el mejor consejo que podemos seguir es el que se encuentra en [Proverbios 28:13](#): “Quien encubre su pecado jamás prospera; quien lo confiesa y lo deja, halla perdón.” ✎

Tercero, el pecado estorba la respuesta divina a nuestras oraciones. ✎ Desde lo más profundo de su experiencia personal, el salmista nos testifica: “Si en mi corazón hubiera yo abrigado maldad, el Señor no me habría escuchado” (Sal. 66:18). No es que el Señor no responda, sino que nosotros tenemos los oídos del espíritu tapados para recibir su mensaje ✎. Esta congestión e insensibilidad es fruto de la presencia del pecado no confesado en la vida

⁴³ Elsa Tamez, *Santiago: lectura latinoamericana de la epístola* (San José, Costa Rica: Departamento Ecu­ménico de Investigaciones, 1985), 92.

del creyente.

Cuarto, el pecado nos descalifica para un servicio eficiente y aceptable en el reino.

La pregunta que el profeta Samuel levantó delante de Saúl, es la misma pregunta que cada uno de nosotros debe plantearse como prueba para saber si está en condiciones de elevar sus oraciones al Dios santo. “¿Qué le agrada más al Señor: que se le ofrezcan holocaustos y sacrificios, o que se obedezca lo que él dice?” No había dudas en la respuesta que el profeta pronunció. “El obedecer vale más que el sacrificio, y el prestar atención, más que la grasa de carneros” (1 S. 15:22).

Quinto, el pecado destruye nuestro testimonio y quita fuerza a nuestra vida cristiana. Por eso, si persistimos en pecar y desobedecer, nuestro Padre celestial nos disciplina, no para castigo, sino para corrección, a fin de que no nos endurezcamos y rebelemos en nuestros pecados (He. 12:3–12). Este es el sentido de la disciplina divina. Él nos corrige a fin de que podamos entrar en comunicación fluida con él, sin ningún tipo de impedimentos o estorbos. “Si nos examináramos a nosotros mismos, no se nos juzgaría, pero si nos juzga el Señor, nos disciplina para que no seamos condenados con el mundo” (1 Co. 11:30–31).

Dietrich Bonhoeffer: “El pecado anhela estar a solas con el hombre. Lo sustrae de la comunidad. Cuanto más solo está el hombre, tanto más devastador se hace el poder que el pecado ejerce sobre él; tanto más honda su opresión, tanto más desesperada la soledad. El pecado quiere mantenerse en el anonimato. Rehuye la luz. En la oscuridad de lo que no se pronuncia envenena todo el ser del hombre.”⁴⁴

Mientras estemos en la carne sufriremos la tendencia y la posibilidad de pecar. Pero junto con la tentación Dios da la salida. Como señala Pablo: “Ustedes no han sufrido ninguna tentación que no sea común al género humano. Pero Dios es fiel, y no permitirá que ustedes sean tentados más allá de lo que puedan aguantar. Más bien, cuando llegue la tentación, él les dará también una salida a fin de que puedan resistir” (1 Co. 10:13). El apóstol Pedro ve en esto una manifestación del amor del Señor. “Todo esto demuestra que el Señor sabe librar de la prueba a los que viven como Dios quiere, y reservar a los impíos para castigarlos en el día del juicio” (2 P. 2:9). Por eso, si caemos no debemos desalentarnos. Con arrepentimiento y confesión sincera, en humildad, podemos volvernos a Dios y renovar nuestra obediencia y confianza.

El perdón de pecados nos acerca a Dios

Dios puede y quiere perdonar nuestros pecados, a fin de que podamos tener una comunión estrecha con él. Y para ello, él ya ha hecho todo lo necesario a través de Cristo,

⁴⁴ Bonhoeffer, *Vida en comunidad*, 113.

quien nos reconcilia con él. Pero, es oportuno que nos planteemos dos preguntas.

Por un lado, es necesario que nos preguntemos qué debemos hacer nosotros. Al tratar de responder a este interrogante, hay tres cosas que es necesario apuntar.

Primero, debemos pedirle al Espíritu Santo que examine nuestros corazones. De esta manera, el Espíritu nos revela nuestros pecados, para que podamos confesarlos al Padre celestial. Una y otra vez, la Biblia nos señala este camino del examen de nuestras vidas y la confesión de nuestros pecados. En **Romanos 8:27**, Pablo dice: “Dios, que examina nuestros corazones, sabe cuál es la intención del Espíritu, porque el Espíritu intercede por los creyentes conforme a la voluntad de Dios.” Es, precisamente, el Espíritu quien “lo examina todo, hasta las profundidades de Dios” (**1 Co. 1:10**). Necesitamos comenzar con esta radiografía espiritual, que sólo el Espíritu de Dios puede llevar a cabo en nuestras vidas, a fin de exponer nuestros pecados, de modo que sean confesados y perdonados (**Sal. 139:23–24**).

Segundo, debemos pedirle al Hijo que limpie nuestras vidas de todo pecado y de toda maldad (**1 Jn. 1:7–9**). Y cuando decimos de *todo* pecado y de *toda* maldad, debemos darle a la expresión su sentido más literal. Esto incluye los pecados de comisión, es decir, aquellos que tienen que ver con el mal que hacemos. Los pecados de omisión son los que están ligados al bien que dejamos de hacer. Los pecados inherentes son más difíciles de detectar, pues están relacionados con lo que somos y lo que hacemos. Los pecados de pensamiento, palabra y acción son aquellos que se manifiestan a través de estos medios y calan profundamente en nuestra vida y conducta.

Tercero, debemos pedirle al Padre que perdone nuestros pecados. Confiando en su amor inagotable, debemos pedirle que se olvide de ellos. Su promesa, en este sentido, es maravillosa: “Yo les perdonaré sus iniquidades, y nunca más me acordaré de sus pecados” (**He. 8:11**). Debemos también pedirle que los expurgue en Cristo. Como nos alienta el apóstol Juan: “Si alguno peca, tenemos ante el Padre a un intercesor, a Jesucristo, el Justo. Él es el sacrificio por el perdón de nuestros pecados, y no sólo por los nuestros sino por los de todo el mundo” (**1 Jn. 2:1–2**). Y, además, debemos pedirle que los aleje de nosotros. Esta fue la experiencia del salmista, según su testimonio, que nos recuerda que el Padre “no nos trata conforme a nuestros pecados ni nos paga según nuestras maldades.” Y agrega: “Tan grande es su amor por los que le temen como alto es el cielo sobre la tierra. Tan lejos de nosotros echó nuestras transgresiones como lejos del oriente está el occidente” (**Sal. 103:10–12**).

Por otro lado, es necesario que nos preguntemos qué es lo que Dios hace. A este interrogante podemos responder con tres cosas, a la luz de la Palabra de Dios.

Lo primero que él hace es que él perdona. Toda la historia del pueblo de Israel es testimonio elocuente de esta gran verdad. “Nuestros delitos nos abruma,” declara el escritor bíblico, “pero tú los perdonaste” (**Sal. 65:3**). Este es el mensaje esperanzador que proclama el evangelio de Jesucristo. Es el mismo mensaje que Pablo les predicó a los de Antioquía de Pisidia, cuando les dijo: “Por tanto, hermanos, sepan que por medio de Jesús se les anuncia a

ustedes el perdón de los pecados” (Hch. 13:38).

Lo segundo que él hace es que Dios borra y olvida . Esto es realmente maravilloso. Dios mismo declara: “Yo soy el que por amor a mí mismo borra tus transgresiones y no se acuerda más de tus pecados” (Is. 43:25). La Biblia también nos dice que Dios perdona y olvida. No es de extrañar que ante esta realidad el profeta se pregunte anonadado: “¿Qué Dios hay como tú, que perdone la maldad y pase por alto el delito del remanente de su pueblo? No siempre estarás airado, porque tu mayor placer es amar” (Mi. 7:18).

Lo tercero que él hace es que remite los pecados . Esto significa que él los cubre con su amor y los perdona definitivamente. Jesús expresó esta verdad de forma bien dramática al presentar la copa de vino que representa su vida entregada para la expiación de nuestros pecados: “Beban de ella todos ustedes. Esto es mi sangre del pacto, que es derramada por muchos para el perdón de pecados” (Mt. 26:28). Sí, podemos acercarnos confiadamente a él en oración para confesar nuestros pecados, sabiendo que si lo hacemos con fe y humildad, él va a perdonarnos y abrir el camino a la comunión más profunda con él.

Hope MacDonald: “Sucedan tres cosas maravillosas cuando confesamos nuestros pecados. En primer lugar, Jesús perdona nuestros pecados. ... En segundo lugar, cuando confesamos nuestros pecados, Jesús nos consuela y nos da seguridad de su gran amor. ... En tercer lugar, cuando confesamos nuestros pecados, Jesús nos alienta con sus palabras. ... Él es el único que puede transformar el perdón en un hermoso recuerdo.”⁴⁵

EJERCICIO 8

La confesión y el perdón.

“Vengan, pongamos las cosas en claro—dice el Señor—. ¿Son sus pecados como escarlata? ¡Quedarán blancos como la nieve! ¿Son rojos como la púrpura? ¡Quedarán como la lana!” (Isaías 1:18).

1. Leer el pasaje en oración silenciosa, pidiendo al Espíritu Santo que examine y muestre los pecados personales.
2. Escribir en una hoja de papel los pecados personales.
3. Confesar en oración cada pecado, repudiándolo y tachando en la hoja cada uno de ellos a medida que se los vaya confesando.

⁴⁵ Hope MacDonald, *Descubramos cómo orar* (El Paso: Casa Bautista de Publicaciones, 1980), 72–74.

4. Tomar la hoja de papel y hacer un bollo con ella. Arrojar el bollo al piso y prenderle fuego.

5. Alabar al Señor en oración con gratitud por su perdón.

La confesión como confesión de vida

Dado que, como señalara [Karl Barth](#), “confesión quiere decir: confesión de vida,” es necesario hacer dos aclaraciones sobre la misma. Por un lado, es necesario aclarar que la confesión no se hace a un religioso. La práctica de la confesión auricular está tan internalizada en la concepción y práctica religiosa hispanoamericana, que esta aclaración es válida. La Iglesia Católica Romana ha fundamentado en [Santiago 5:16](#) la práctica de la confesión auricular, por la cual los creyentes deben confesar sus pecados a un sacerdote para recibir la absolución después de hacer penitencia. El uso del texto de esta manera es inadecuado, ya que se refiere a la confesión entre creyentes en general. Juan Calvino decía que “lo que se demanda aquí es la confesión recíproca.”

En América Latina no son pocos los que creen que la confesión auricular es la esponja dominical que limpia todos los pecados de la semana. Muchos creyentes evangélicos de origen católico romano tienen todavía el vicio de pensar que la asistencia al culto dominical, la participación en la Cena del Señor, la cantidad de dinero que ofrendan, o una conversación con el pastor son gestos suficientes para purgar sus pecados. Lo que necesitamos para tener abierto el canal de comunicación con el Señor no es más religión sino más confesión.

Por otro lado, es necesario aclarar que la confesión debe hacerse primero al Señor. Al fin y al cabo, es a él a quien ofendemos con nuestro pecado. La confesión es el reconocimiento, delante del Dios santo, de que le hemos ofendido con nuestras rebeliones. El que confiesa sus pecados al Señor reconoce un estado de cosas sin tratar de encubrirlo o siquiera de discutirlo. Dios manifiesta su fidelidad y justicia para con aquel que reconoce y confiesa su culpa, perdonándole sus pecados. La confesión de pecados es señal de arrepentimiento y signo de la nueva vida en la fe. De manera que la confesión pública de los pecados no es otra cosa que un testimonio de que uno ha sido liberado de ellos ([Mr. 1:5](#)) y de que ha abandonado aquellas prácticas con las que ha ofendido al Señor ([Hch. 19:18](#)).

[Dietrich Bonhoeffer](#): “En la confesión, ..., la luz del Evangelio irrumpe en las tinieblas y en el hermetismo del corazón. El pecado debe ser sacado a la luz. Lo no pronunciado

se pronunciará y confesará abiertamente. Todo lo secreto, lo oculto se descubre ahora. Es una lucha dura hasta que el pecado pase por sus labios. Pero Dios quebranta puertas de bronce y cerrojos de hierro ([Salmos 107:16](#)). ... El pecador se entrega; abandona todo lo que hay en él de malo; da su corazón a Dios, y encuentra el perdón de todo su pecado. ... El pecado pronunciado, declarado, ha perdido todo su poder. Se ha manifestado como pecado y como tal ha sido juzgado. ... Él ya no está solo con lo malo que hay en él, porque se ha ‘despojado’ del mismo en la confesión; lo ha entregado a Dios. ... Ahora puede ser pecador y sin embargo gozar de la gracia divina.”⁴⁶

PETICIÓN

Hay ciertas palabras de Jesús que suenan a nuestros oídos como promesas increíbles. En [Mateo 7:11](#), con una lógica irrefutable, Jesús afirma: “Pues si ustedes, aun siendo malos, saben dar cosas buenas a sus hijos, ¡cuánto más su Padre que está en el cielo dará cosas buenas a los que le pidan!” Si vamos a tomar en serio las palabras de Jesús, entonces debemos pedir. Pero para pedir de esta manera es necesario primero confiar. El poder y la majestad de Dios, su sabiduría y santidad, no sólo deben inspirar reverencia y humildad en el corazón del creyente, sino también confianza. Y ésta es la confianza que nos habilita para la petición en la oración.

Como si las palabras de Jesús no fuesen suficiente garantía para entrar a la presencia del Señor con nuestras peticiones, el apóstol Pablo nos anima con estas palabras: “No se inquieten por nada; más bien, en toda ocasión, con oración y ruego, presenten sus peticiones a Dios y denle gracias” ([Fil. 4:6](#)).

Kenneth Copeland: “No entre usted a la oración de petición y súplica sin saber lo que usted quiere decir y como usted quiere decirlo. Entre al salón del trono con su petición delineada de acuerdo a la Palabra de Dios. Hágase usted las siguientes preguntas: ¿Qué ocurrió en el Calvario? ¿Cómo altera el sacrificio sustitutivo de Jesús este problema por el cual estoy pasando? Y luego, averigüe usted lo que Dios ya ha hecho respecto a su situación. Si necesita sanidad, busque esas Escrituras que se refieren a la sanidad. Presente su petición. No importa cuál es su situación. Dios ha provisto una respuesta para eso en Su Palabra. La cruz pagó el precio por su liberación.”⁴⁷

El creyente ya no es más un extranjero y extraño, sino un conciudadano de los santos y pertenece a la familia de Dios. Por haber nacido de nuevo a la familia de Dios, es un hijo o hija de Dios, y, en consecuencia, un heredero suyo. La Palabra afirma que “a cuantos lo recibieron, a los que creen en su nombre, les dio el derecho de ser hijos de Dios. Éstos no

⁴⁶ Bonhoeffer, *Vida en comunidad*, 114.

⁴⁷ Kenneth Copeland, *Oración: su fundamento para el éxito* (Fort Worth, Texas: KCP Publicaciones, 1984), 45, 46.

nacen de la sangre, ni por deseos naturales, ni por voluntad humana, sino que nacen de Dios” (Jn. 1:12–13). ¡Somos nada menos que hijos de Dios! (1 Jn. 3:2). Él nos predestinó a ello por medio de Jesucristo, aún antes de la creación del mundo (Ef. 1:4–5). Y el Espíritu de su Hijo es el que ahora hace que podamos llamarlo Padre en nuestros corazones (Gá. 4:6–7).

Como hijo o hija de Dios, el creyente tiene acceso a través de Cristo a la esfera de la gracia soberana de Dios, para encontrar allí ayuda en tiempos de necesidad. “Así que acerquémonos confiadamente al trono de la gracia para recibir misericordia y hallar la gracia que nos ayude en el momento que más la necesitemos” (He. 4:16). Es este tipo de relación particular entre el creyente y su Padre celestial la base sobre la que descansa la oración, y especialmente la petición.

No importa cuán grande pueda ser un soberano, si en su pecho palpita un corazón de padre, se preocupará por todo lo que tiene que ver con el bienestar y felicidad del más pequeño de sus hijos. Así es el Soberano celestial, nuestro Padre. El salmista declara: “Tan compasivo es el Señor con los que le temen como lo es un padre con sus hijos” (Sal. 103:13). No hay nada tan pequeño o insignificante que no podamos llevarlo a él en oración. Él atiende cada detalle, por pequeño que sea. De manera muy clara, Jesús nos enseña: “Así que no se preocupen diciendo: ‘¿Qué comeremos?’ o ‘¿Qué beberemos?’ o ‘¿Con qué nos vestiremos?’ Porque los paganos andan tras todas estas cosas, y el Padre celestial sabe que ustedes las necesitan” (Mt. 6:31–32). Él lleva cuenta de lo más mínimo en nosotros. Como lo indicara Jesús: “Él les tiene contados a ustedes aun los cabellos de la cabeza” (Mt. 10:30). No hay nada tan grande o significativo que su poder no pueda controlar o que escape a su soberanía. Con él, todo es posible, aun aquellas cosas que a los seres humanos le parecen imposibles (Mt. 19:26).

El Señor mismo nos anima a acercarnos a él con nuestra petición, con toda confianza. La Palabra nos estimula, diciendo: “Acerquémonos, pues, a Dios con corazón sincero y con la plena seguridad que da la fe, interiormente purificados de una conciencia culpable y exteriormente lavados con agua pura” (He. 10:22). Él nos dice “Vengan a mí todos ustedes que están cansados y agobiados” (Mt. 11:28). Y él también nos da confianza al prometernos: “Todos lo que el Padre me da vendrán a mí; y al que a mí viene, no lo rechazo” (Jn. 6:37). Él promete actuar, hacer algo por nosotros, si se lo pedimos. “Cualquier cosa que ustedes pidan en mi nombre, yo la haré; así será glorificado el Padre en el Hijo. Lo que pidan en mi nombre, yo lo haré” (Jn. 14:13–14). Y nosotros podemos confiar en que él está de nuestro lado y va a hacer exactamente aquello que le pedimos que haga. En definitiva, cuando pedimos algo en oración no lo estamos haciendo a un dios impotente, a las fuerzas de la naturaleza, o a un dios desconocido. Estamos orando “al Dios Altísimo, al Dios que me brinda su apoyo” (Sal. 57:2).

R. A. Torrey: “ ‘De Dios es la fortaleza,’ pero todo lo que pertenece a Dios puede ser nuestro por la petición. Dios extiende sus manos llenas abundantemente y nos dice: ‘Pedid, y os será dado ...’ La pobreza y falta de poder de muchos cristianos halla su explicación en las palabras de Santiago: ‘No tenéis lo que deseáis porque no

pedís' (4:2). Muchos cristianos se preguntan: '¿Por qué prospero tan poco en la vida cristiana?' Y Dios responde: 'Porque negliges (*sic.*) la oración. No tienes porque no pides' ... Dios ha provisto a fin de que la vida y la obra de cada uno de sus hijos sean obra y vida de poder. Él ha puesto su poder infinito a nuestra disposición y ha proclamado una y otra vez, en gran variedad de maneras en su Palabra: 'Pedid y recibiréis'."⁴⁸

Nos acercamos a Dios como los hijos se acercan a un padre bueno y amoroso (Lc. 11:13). Respondemos al Padre celestial conforme a su invitación e iniciativa. En realidad, nuestra oración de petición es respuesta a su pedido urgente y a su mandato expreso: "Pidan, y se les dará; busquen, y encontrarán; llamen, y se les abrirá. Porque todo el que pide, recibe; el que busca, encuentra; y al que llama, se le abre. ¿Quién de ustedes, si su hijo le pide pan, le da una piedra? ¿O si le pide un pescado, le da una serpiente?" (Mt. 7:7-10). Nos acercamos apelando a la sangre de Cristo y su justicia. Nos acercamos con sincero arrepentimiento y confesión total de nuestros pecados. Nos acercamos con voluntades rendidas, corazones confiados y vidas obedientes.

¿Por qué es posible tener esta certeza de que lo que pedimos será lo que recibiremos? Porque respondemos a un Padre que, si confiamos en él, no deja de respondernos. Pero es necesario que la respuesta de Dios no choque con nuestra incredulidad, sino que encuentre acceso inmediato a través del canal de nuestra fe. Jesús recriminó a sus discípulos, diciéndoles: "Ustedes tienen tan poca fe." Y los animó con estas palabras: "Les aseguro que si tienen fe tan pequeña como un grano de mostaza, podrán decirle a esta montaña: 'Trasládate de aquí para allá', y se trasladará. Para ustedes nada será imposible" (Mt. 17:20-21).

Además, Dios responde según sus riquezas en gloria. Según Pablo, él puede proveer de todo lo que necesitamos "conforme a las gloriosas riquezas que tiene en Cristo Jesús" (Fil. 4:19). Y esto lo hace también según sus grandes y preciosas promesas, que por cierto son muchas. La verificación de esto en nuestra experiencia personal hace posible que exclamemos como Salomón en ocasión de la dedicación del templo: "¡Bendito sea el Señor, que conforme a sus promesas ha dado descanso a su pueblo Israel! No ha dejado de cumplir ni una sola de las gratas promesas que hizo por medio de su siervo Moisés" (1 R. 8:56). O podamos compartir con el apóstol Pablo su certidumbre que "todas las promesas que ha hecho Dios son 'sí' en Cristo" (2 Co. 1:20).

Las montañas de las dificultades son removidas cuando cumplimos las condiciones de confianza y obediencia, y traemos nuestras peticiones a él en oración. Él no deja de responder a nuestras peticiones cuando las elevamos con fe. Como le dijo Jesús a la mujer cananea que pedía por su hija endemoniada: " 'Mujer, qué grande es tu fe! ... Que se cumpla lo que quieres" (Mt. 15:28).

⁴⁸ R. A. Torrey, *Cómo obtener la plenitud del poder en la vida cristiana y en el servicio* (El Paso: Casa Bautista de Publicaciones, 1979), 81, 82.

EJERCICIO 9

Dios oye nuestra oración.

Con la ayuda de una concordancia bíblica, encontrar versículos bíblicos que afirmen que Dios oye nuestra oración y toma en cuenta:

Nuestras lágrimas:

Nuestros gemidos:

Nuestro clamor:

Nuestra queja:

Nuestra causa:

Nuestra necesidad:

INTERCESIÓN

La Palabra de Dios nos califica con rangos asombrosos. En [1 Pedro 2:9](#), leemos: “Ustedes son linaje escogido, real sacerdocio, nación santa, pueblo que pertenece a Dios, para que proclamen las obras maravillosas de aquel que los llamó de las tinieblas a su luz admirable.” La fuerza mediadora de nuestra posición es notable. La posibilidad de ser verdaderos pontífices (constructores de puentes) entre Dios y las personas nos maravilla. Sin embargo, esto es lo que el Señor espera que hagamos en su nombre: que seamos canales adecuados de su gracia y amor.

No es suficiente que tengamos la fe necesaria para asegurarnos bendiciones para nosotros mismos a través de la oración. Esto debe ser tan sólo el medio para equiparnos mejor para orar por otros. Con el privilegio de acercarnos a Dios con nuestras propias peticiones está ligado inseparablemente el deber de orar por otros. La oración de Job por sí mismo no fue respondida hasta que él oró también por sus amigos. Fue “después de haber orado Job por sus amigos, [que] el Señor lo hizo prosperar de nuevo y le dio dos veces más de lo que antes tenía” ([Job 42:10](#)).

Creyentes-sacerdotes

Esta es la manera en que podemos trabajar junto con Cristo, nuestro gran Sumo Sacerdote. Como tal, él es el mediador e intercesor por excelencia. El “vive siempre para interceder” por nosotros (He. 7:25). De allí que, al haber sido salvos por medio de él, nosotros compartimos con él su ministerio de intercesión. Todo hijo o hija de Dios, nacido de nuevo, pertenece a este sacerdocio menor, el sacerdocio universal de todos los creyentes. La intercesión es parte de la herencia y el derecho real de todo creyente, incluso si es ignorante de este privilegio o se muestra indolente o indiferente hacia sus responsabilidades. La única opción del creyente está en ser fiel o no a este llamamiento supremo de Dios de ser sacerdote de él para con los demás.

Pablo A. Deiros: “[La intercesión] es ese aspecto de la oración de petición en el que los creyentes hacen súplicas específicas a Dios a favor de ellos mismos, y especialmente otras personas o grupos”. Generalmente, el vocablo se refiere a la oración ofrecida en beneficio de otros por parte de un creyente. En el Antiguo Testamento hay varios ejemplos (Éx. 32:11–13). En el Nuevo Testamento se registra con frecuencia la oración de intercesión de Jesús (Mt. 19:13; Jn. 17:9–26; Lc. 22:31), que también la prescribió (Mt. 5:44; 6:7–13). La práctica era familiar en la iglesia primitiva (Hch. 12:5) y es prominente en los escritos de Pablo (Ro. 15:30; 1 Ti. 1:1–2), que la fundamenta en la doctrina del cuerpo de Cristo. La palabra se aplica también a la obra de Cristo, después de su ascensión, por la que él intercede delante de Dios a favor de la humanidad como su representante (Ro. 8:34; He. 7:25). Lo mismo se afirma del Espíritu Santo (Ro. 8:26). En años recientes se ha desarrollado un creciente movimiento de intercesión en América Latina.”⁴⁹

Es necesario que el creyente-sacerdote se consagre totalmente a esta tarea sacerdotal., así como Cristo se ofreció a sí mismo totalmente por nosotros (Ro. 6:13). Para ello, es necesario acercarse con confesión de pecados. Como indica el salmista: “Si en mi corazón hubiera yo abrigado maldad, el Señor no me habría escuchado; pero Dios sí me ha escuchado, ha atendido a la voz de mi plegaria. ¡Bendito sea Dios, que no rechazó mi plegaria ni me negó su amor!” (Sal. 66:18–20). Para ello también es necesario recibir limpieza renovada en la carne y el espíritu, por la sangre de Jesús. Pablo nos anima, diciendo: “Como tenemos estas promesas, queridos hermanos, purifiquémonos de todo lo que contamina el cuerpo y el espíritu, para completar en el temor de Dios la obra de nuestra santificación” (2 Co. 7:1). No hay otra manera en que nuestro servicio de intercesión pueda ser efectivo. “Si alguien se mantiene limpio, llegará a ser un vaso noble, santificado, útil para el Señor y preparado para toda obra buena” (2 Ti. 2:21). Pero, además, para ello es necesario traer ofrenda de alabanza y

⁴⁹ Pablo A. Deiros, *Comentario bíblico hispanoamericano: Santiago y Judas* (Miami: Editorial Caribe, 1992), 245.

acción de gracias al altar. Como recomienda Pablo: “ante todo, que se hagan plegarias, oraciones, súplicas y acciones de gracias por todos, [porque] ... esto es bueno y agradable a Dios nuestro Salvador” (1 Ti. 2:1, 3).

Sacerdotes santificados

Habiéndonos rendido para ser limpiados y acondicionados para el servicio, el Espíritu Santo es habilitado para interceder por nosotros y a través de nosotros, según la voluntad de Dios. Entonces, y sólo entonces, podremos acercarnos al trono de la misericordia de Dios confesando los pecados de la persona por la que estamos orando. Podremos hacerlo porque ya hemos confesado nuestros propios pecados. Entonces, y sólo entonces, podremos acercarnos al trono del poder de Dios pidiendo por las necesidades de la persona por la que estamos orando. Podremos hacerlo porque ya estamos llenos del poder de Dios por el Espíritu Santo. No podemos pedir para otros y por otros lo que todavía no es realidad en nosotros mismos.

Una vida de oración intercesora por otros significa haber alcanzado el más alto desarrollo espiritual, es decir, madurez en la vida del creyente. La intercesión es la experiencia espiritual más rica para el creyente. Su comunión más dulce con el Maestro resulta de su disposición de orar por otros. Y su contribución más grande a la humanidad es ministrar a los demás en oración. Dios no está renuente a oír los ruegos del intercesor. Por el contrario, él está atento al clamor de sus hijos, cuando éstos interceden por otros. La Biblia afirma que “el Señor recorre con su mirada toda la tierra, y está listo para ayudar a quienes le son fieles” (2 Cr. 16:9). Jesús se compromete, diciendo: “Lo que pidan en mi nombre, yo lo haré” (Jn. 14:14).

Entonces, no seamos rebeldes en cumplir con este ministerio, que es parte de nuestro compromiso sacerdotal para con el Señor y para con nuestros prójimos. Si no cumplimos nuestro deber sacerdotal como intercesores, estaremos pecando, porque la intercesión es una obra buena. Santiago 4:17 dice que “comete pecado todo el que sabe hacer el bien y no lo hace.” Nuestro sentir como sacerdotes santificados debe ser el de Samuel para con su pueblo, quien a pesar de los pecados de ellos, los animaba diciendo: “Por amor a su gran nombre, el Señor no rechazará a su pueblo; de hecho él se ha dignado hacerlos a ustedes su propio pueblo.” Y agregaba: “En cuanto a mí, que el Señor me libre de pecar contra él dejando de orar por ustedes” (1 S. 12:22–23).

Si no cumplimos nuestro deber sacerdotal como intercesores, estaremos desobedeciendo, porque la intercesión es un imperativo tanto humano como divino. Es un imperativo humano, porque expresa nuestro compromiso filial. Como les decía Pablo a los creyentes de Tesalónica: “Hermanos, oren también por nosotros” (1 Ts. 5:25). Pero la intercesión es básicamente un imperativo divino, tal como lo enseña Santiago: “Por eso, confiésense unos a otros sus pecados, y oren unos por otros, para que sean sanados. La oración el justo es poderosa y eficaz” (Stg. 5:16).

Pablo A. Deiros: “Frente a la adversidad, la opresión o los desafíos de cualquier tipo, la iglesia cuenta con el poder inagotable que le da la oración. Bajo el reinado tiránico de Herodes Agripa I, nieto de Herodes el Grande, los cristianos se vieron sometidos a fuertes presiones. La primera víctima de Herodes fue Jacobo (o Santiago), el hijo de Zebedeo, a quien mandó ejecutar. La segunda víctima prominente de esta persecución fue Pedro; sin embargo, Dios tenía otros planes para el apóstol. Mientras éste tranquilamente aguardaba su sentencia, ‘la iglesia hacía sin cesar oración a Dios por él’ (Hch. 12:5). Aquellos cristianos no sabía qué estaba ocurriendo con Pedro, pero sí creían que, como más tarde diría uno de ellos, ‘la oración del justo puede mucho.’ Por otro lado, mientras ellos oraban durante lo que, en la intención de Herodes, iba a ser la última noche de Pedro, sin que ellos lo supieran, sus oraciones estaban recibiendo respuesta.”⁵⁰

EJERCICIO 10

El ministerio sacerdotal de intercesión.

Sopa de pasajes bíblicos:

1. Dividir a los alumnos en grupos pequeños (no más de seis).
2. Distribuir tarjetitas con unos doce pasajes bíblicos de los citados en esta sección u otros relacionados con el ministerio sacerdotal de intercesión.
3. Cada grupo deberá escoger seis pasajes que ilustren el deseo de Dios de contar con los creyentes como sus sacerdotes intercesores en el mundo.
4. El grupo que termine primero, gana.

ACCIÓN DE GRACIAS

En [1 Tesalonicenses 5:18](#), Pablo nos amonesta, diciendo: “Den gracias a Dios en toda

⁵⁰ Deiros, *Diccionario hispanoamericano de la misión*, 269, 270.

situación, porque esta es su voluntad para ustedes en Cristo Jesús.” Muchas veces nos preguntamos acerca de cuál es la voluntad de Dios. Pues, bien, en estas palabras el apóstol nos declara con certidumbre cuál es la voluntad divina: el Señor quiere que seamos agradecidos, que demos gracias bajo toda circunstancia y por todo.

John C. Maxwell: “Muchos cristianos mezclan la alabanza con la acción de gracias sin darse cuenta de que hay una diferencia entre ambas. La alabanza reconoce a Dios por lo que es. La acción de gracias le reconoce por lo que ha hecho. Tanto la alabanza como la acción de gracias son ingredientes necesarios de nuestras relaciones con Dios. Por regla general es mejor comenzar con la alabanza, porque aun en tiempos difíciles, cuando realmente no sentimos el deseo de dar gracias a Dios, siempre podemos alabarle por lo que es. ... Una vez que hayamos comenzado, no pasará mucho tiempo antes de que nuestra alabanza se torne en acción de gracias por lo que ha hecho.”⁵¹

Un deber cristiano

La acción de gracias a Dios es un deber cristiano. Por esta razón, no debemos esperar a que ocurra algo especial para agradecer a Dios por sus bendiciones. Cada día y en todo momento, debemos tener presente la amorosa provisión de Dios para nosotros a lo largo de toda nuestra vida. Debemos ser agradecidos a Dios por todo lo material, espiritual, relacional, emocional e intelectual en la vida, es decir, por todas las situaciones y experiencias que vivimos en todas las esferas de nuestras vidas. No debemos dar por sentadas estas cosas, sino que, por el contrario, debemos acostumbrarnos a ver en ellas la generosa mano de Dios.

No esperemos a perder las cosas maravillosas que Dios nos ha dado, para entonces darnos cuenta de su valor y ser agradecidos al Señor. Haremos bien en prestar atención a ese refrán popular, que dice: “Las bendiciones se reciben por la oración y se conservan con la acción de gracias.” El ejemplo de Jesús y los apóstoles debe inspirarnos a ser agradecidos. Jesús mismo era capaz de dar gracias por las cosas más vulgares, cotidianas y esenciales, como la comida (Jn. 6:11), o por aquellas otras que son trascendentes, eternas y de valor incalculable. Lleno de alegría en ocasión del regreso del ministerio de los setenta y dos, Jesús exclamó: “Te alabo, Padre, Señor del cielo y de la tierra, porque habiendo escondido estas cosas de los sabios e instruidos, se las has revelado a los que son como niños. Sí, Padre, porque esa fue tu buena voluntad” (Lc. 10:1). Los apóstoles aprendieron de él a ser agradecidos. Aun un apóstol tardío, como Pablo, podía decir con integridad: “Siempre que oremos por ustedes, damos gracias a Dios, el Padre de nuestro Señor Jesucristo” (Col. 1:3).

Por eso, junto con nuestros ruegos a Dios, traigamos también nuestro reconocimiento agradecido por los beneficios ya recibidos, y por aquellos que por fe esperamos recibir.

John White: “Comience su oración con acción de gracias. Agradezca a Dios que haya

⁵¹ John C. Maxwell, *Compañeros de oración* (Miami: Editorial Betania, 1998), 57.

descendido del cielo para salvar a aquella persona por la cual está orando. Agradézcale por cualquier evidencia, presente o pasada, de su obra. Agradézcale por los inmutables propósitos que tiene para con la persona por la que ora. Sólo cuando lo haya hecho, comenzará a ver las circunstancias desde la perspectiva adecuada.”⁵²

El motivo por excelencia

Sobre todo, demos gracias a Dios por su don inefable: Cristo. Pablo nos amonesta a no dejar de agradecer a Dios por su maravilloso regalo de gracia en Cristo, ese regalo que no hay palabras suficientes para describirlo. “¡Gracias a Dios por su don inefable!” (2 Co. 9:15). Es gracias a él que podemos mantenernos optimistas, a pesar de las circunstancias. Y es así porque en él gozamos de una nueva posición. Por eso, le damos gracias con alegría al Padre: “Él nos ha facultado para participar de la herencia de los santos en el reino de la luz. Él nos libró del dominio de la oscuridad y nos trasladó al reino de su amado Hijo, en quien tenemos redención, el perdón de pecados” (Col. 1:12–14). Pero, además, en él todas las cosas operan para nuestro bien. Como dice Pablo: “Dios dispone las cosas para el bien de quienes lo aman, los que han sido llamados de acuerdo con su propósito” (Ro. 8:28). Y, finalmente, nos mantenemos optimistas porque en él está asegurado nuestro triunfo presente y la victoria final. “Gracias a Dios que en Cristo siempre nos lleva triunfantes y, por medio de nosotros, esparce por todas partes la fragancia de su conocimiento” (2 Co. 2:14). Y no sólo esto, sino que podemos exclamar junto al apóstol: “¡Gracias a Dios, que nos da la victoria por medio de nuestro Señor Jesucristo!” (1 Co. 15:57).

Es gracias a Cristo que podemos tener seguridad y paz, aun en medio de las pruebas. Por eso, Pablo puede tranquilizarnos, diciendo: “No se inquieten por nada; más bien, en toda ocasión, con oración y ruego, presenten sus peticiones a Dios y denle gracias. Y la paz de Dios, que sobrepasa todo entendimiento, cuidará sus corazones y sus pensamientos en Cristo Jesús” (Fil. 4:6–7). Cuando tomamos este consejo seriamente, descubrimos que el consuelo de Cristo es abundante (Sal. 71:21; Is. 66:1). Descubrimos también que su consuelo es fuerte (He. 6:18). Descubrimos que su consuelo es eterno (2 Ts. 2:16), y es motivo de alabanza (Is. 12:1; 49:13). Y, finalmente, descubrimos que su consuelo es prometido (Is. 51:3, 12; 66:13).

La acción de gracias a Dios no es patrimonio exclusivo de los cristianos con una experiencia personal con Jesucristo. Muchas personas han llegado a entender que la gratitud a Dios es importante, porque Dios hace llover sobre justos e injustos (Mt 5:45). José María Salaverría expresaba esto así: “Levantarse con el alba y agradecer con todas las fuerzas de la mente, la gracia de poder vivir un nuevo día ...” Juan de la Bruyère, por su lado, admitía: “No hay en el mundo exceso más bello que el de la gratitud.”

Si mi dedo puede captar melodías
con sólo que pulse una ruedecita

⁵² White, *Oración*, 155.

en la radio humilde de la mesa mía ...

Si las blandas notas de los violines
por sobre las ondas van a los confines
de las tierras todas en cantos sublimes ...

Si los dulces cantos de unos labios pueden
volar en lo alto y jamás se pierden
¿pensaré, que, si oro mi oración no llegue
al trono de oro de un Dios que me quiere?

EJERCICIO 11

Según la Palabra de Dios, el cristiano debe dar gracias...

Colocar la letra que corresponda:

- | | | |
|-----|---------------------------------------|-----------------------|
| 1. | Por la comida. | A. Colosenses 1:12. |
| 2. | Por la herencia de que participamos. | B. Mateo 26:27. |
| 3. | Por la cercanía de Dios. | C. Salmos 136:1-3. |
| 4. | Por la bebida. | D. Romanos 1:8. |
| 5. | Por recordar a otros creyentes. | E. Daniel 2:23. |
| 6. | Por la recepción de la Palabra. | F. 1 Corintios 1:4. |
| 7. | Por el don de Cristo. | G. 1 Timoteo 1:12. |
| 8. | Por la victoria contra la muerte. | H. Apocalipsis 11:17. |
| 9. | Por la sabiduría y el poder. | I. 2 Corintios 9:15. |
| 10. | Por el crecimiento de otros en la fe. | J. Romanos 7:23-25. |
| 11. | Por la bondad y misericordia de Dios. | K. 1 Timoteo 2:1. |
| 12. | Por el poder y reinado de Cristo. | L. 1 Corintios 15:57. |
| 13. | Por la libertad del pecado en Cristo. | M. Salmos 75:1. |
| 14. | Por el triunfo de Cristo Jesús. | N. 2 Corintios 2:14. |
| 15. | Por la obediencia de otros a la fe. | O. Filipenses 1:3. |

16.	Por el testimonio de fe de otros.	P. Efesios 5:20.
17.	Por la gracia otorgada a los demás.	Q. Romanos 6:17.
18.	Por el llamado al ministerio.	R. 1 Tesalonicenses 2:13.
19.	Por todas las personas.	S. 1 Tesalonicenses 1:3.
20.	Por todas las cosas.	T. Juan 6:11.

MEDITACIÓN

He dejado para el final este elemento de la oración de poder, no porque sea el menos importante, pero sí porque en medios evangélicos no es suficientemente tenido en cuenta. En realidad, la mayor parte de los libros de autores evangélicos que tratan de la oración no consideran a la meditación o la contemplación como parte integral de la oración. Quizás sea así porque carecemos de una tradición mística o porque formamos parte de una cultura que no puede callarse la boca y ha hecho de la palabra un fin en sí mismo. Sea como fuere, nos cuesta mucho guardar silencio delante del Señor y nos parece que hacerlo es otra cosa que orar. Sin embargo, el silencio puede ser la más elocuente de las oraciones, además de darnos la oportunidad de escuchar a Dios en lo que él quiere decirnos. Y si la oración es un diálogo con el Señor, entonces no debemos ocupar todo el tiempo con nuestro discurso, haciendo de la oración un monólogo sin sentido.

Dietrich Bonhoeffer: “La recta palabra nace del silencio, y el recto silencio nace de la palabra. Guardar silencio no significa estar mudo, como tampoco la palabra significa palabrerío. ... La palabra que echa nuevos fundamentos a la comunidad y la une, es acompañada por el silencio. ... Del mismo modo en que existen ciertas horas para la palabra en el día del cristiano, sobre todo durante el tiempo destinado al culto y a la oración comunes, así también el día necesita del silencio que está bajo la Palabra y nazca de la Palabra. La Palabra no llega al que alborota sino al que calla. La quietud del templo es la señal de la santa presencia de Dios en su Palabra.”⁵³

La meditación está fundada en la convicción de que Dios es real y que él está presente en el lugar donde estamos orando. Jesús describió claramente el ambiente que hace posible la oración contemplativa o meditativa: “Pero tú, cuando te pongas a orar, entra en tu cuarto, cierra la puerta y ora a tu Padre, que está en lo secreto. Así tu Padre, que ve lo que se hace en secreto, te recompensará” (Mt. 6:6).

Ahora, alguien puede preguntar “¿Por qué tengo que preocuparme de la meditación? ¿Por qué no puedo orar en privado en la forma acostumbrada y como lo hace la mayoría de

⁵³ Bonhoeffer, *Vida en comunidad*, 75, 76.

los cristianos?” Mi respuesta es que no tenemos ninguna obligación de cambiar nuestros métodos y que debemos orar en la forma que nos resulte más natural y adecuada. La meditación o la contemplación no van a hacer más espiritual al creyente ni lo ascenderán a un rango superior de santidad. Pero la oración meditativa nos introduce a una comunión más profunda con el Señor y a un conocimiento más profundo de su carácter y voluntad.

Pablo A. Deiros: “En un sentido cristiano, la meditación es la contemplación reverente, intensa y sostenida de Dios o de algún tema o ideal religioso. Es un ejercicio espiritual extremo que requiere compostura de mente, quietud interior, abstracción de los sentidos y una concentración persistente de la atención. Su propósito es el fortalecimiento y elevación de la vida moral a través de la comunión con Dios. Es una forma importante de devoción y es especialmente enfatizada y practicada por los místicos.”⁵⁴

Lamentablemente, este aspecto místico de la oración ha sufrido de una gran desvalorización y desprecio. En manos de los escritores seculares, la misma palabra “mística” ha sido maltratada y distorsionada. El diccionario mismo no ayuda, ya que por místico entiende algo “que incluye misterio o razón oculta.” Para muchos, lo místico tiene que ver con lo oscuro, misterioso, simbólico, o espiritualmente inalcanzable. Hay quienes creen que un místico es alguien que afirma alcanzar o cree en la posibilidad de alcanzar un entendimiento particular de los misterios que trascienden el conocimiento ordinario humano, como por una intuición inmediata en un estado de éxtasis espiritual. No son pocos que identifican la contemplación o meditación mística con algún desorden mental o una personalidad algo desequilibrada o emocionalmente perturbada.

Sin embargo, la Biblia presenta numerosos ejemplos de experiencias místicas de contemplación y meditación. Una y otra vez, la Palabra nos anima a ejercitarnos en la práctica de la meditación. Dios le dice a Josué: “Recita siempre el libro de la ley y medita en él de día y de noche; cumple con cuidado todo lo que en él está escrito. Así prosperarás y tendrás éxito” (Jos. 1:8). En [Salmos 4:4](#) encontramos un consejo práctico: “Si se enojan, no pequen; en la quietud del descanso nocturno examínense el corazón” (ver [RVR](#)). El poeta bíblico había descubierto el valor de la meditación, cuando le dice al Señor: “En mi lecho me acuerdo de ti; pienso en ti toda la noche” (Sal. 63:6). La meditación es recomendada en la Biblia. El salmista ruega al Señor: “Sean, pues, aceptables ante ti mis palabras y mis pensamientos, oh Señor, roca mía y redentor mío” (Sal. 19:14). En [Salmos 107:43](#) se nos desafía: “Quien sea sabio, que considere estas cosas y entienda bien el gran amor del Señor.” El salmista sabe que su meditación agrada al Señor, y esto lo alegra: “Quiera él agradarse de mi meditación; yo, por mi parte, me alegro en el Señor” (Sal. 104:34).

La meditación en la oración puede orientarse en diversas direcciones. (1) Podemos meditar en las maravillas que Dios ha hecho y hace. El poeta se propone: “Meditaré en todas tus proezas; evocaré tus obras poderosas” (Sal. 77:12); “Traigo a la memoria los tiempos de

⁵⁴ Deiros, *Diccionario hispanoamericano de la misión*, 275.

antaño: medito en todas tus proezas, considero las obras de tus manos” (Sal. 143:5; ver 77:5–6 y 119:27). (2) Podemos meditar en la Palabra del Señor. En Salmos 119:97, el escritor exclama: “¡Cuánto amo yo tu ley! Todo el día medito en ella.” La misma idea se repite en Salmos 119:15, 23, 48, 78, 99. (3) Podemos meditar en nuestra vida, su brevedad y fragilidad: “Al meditar en esto, el fuego se inflamó y tuve que decir: ‘Hazme saber, Señor, el límite de mis días, y el tiempo que me queda por vivir; hazme saber lo efímero que soy’ ” (Sal. 39:3–4). (4) Podemos meditar en las promesas del Señor. Como dice el salmista: “En toda la noche no pego los ojos, para meditar en tu promesa” (Sal. 119:148). (5) Podemos meditar sobre nuestra condición moral y espiritual delante de Dios (Sof. 2:1). Esto es lo que en la Palabra se denomina como “meditar en los propios caminos” (Hag. 1:5–7). (6) Podemos meditar como una revisión de vida haciendo una evaluación profunda de nuestro ser interior (Hag. 2:15, 18).

Dietrich Bonhoeffer: “La hora de la meditación está consagrada al estudio bíblico personal, a la oración personal y a la plegaria personal, y a ningún otro fin. Los experimentos espirituales no tienen cabida aquí. Pero para esas tres cosas debe hallarse el tiempo, puesto que Dios mismo nos lo exige. Aunque durante largo tiempo la meditación no signifique otra cosa que el rendir a Dios un servicio que le debemos, ya sería bastante.”⁵⁵

EJERCICIO 12

Personas que meditaron.

Colocar el nombre del personaje bíblico que corresponda según los pasajes indicados:

Génesis 37:11:

Lucas 2:19:

Génesis 24:63 (RVR):

Nehemías 5:7 (RVR):

Salmos 19:14 (RVR):

⁵⁵ Bonhoeffer, *Vida en comunidad*, 78, 79.

Personajes: María; Nehemías; Jacob; Isaac; David.

Dietrich Bonhoeffer: “No es necesario que en la meditación nos empeñemos en pensar y orar con palabras. El pensamiento callado, la oración que brota sólo del escuchar, pueden resultar a menudo más fructíferos. No es necesario que en la meditación nos empeñemos en la meditación. Con frecuencia éstos no hacen otra cosa que distraernos y satisfacer nuestra vanidad. Basta con que la palabra, a medida de que la leamos y comprendamos, penetre en nosotros y encuentre en nosotros su morada.”⁵⁶

La Biblia también nos enseña que la mejor manera para comprender la Palabra y ponerla en práctica es la meditación. En [Salmos 1:1–3](#) se nos describe al creyente maduro como alguien dichoso, y entre otras virtudes se destaca que “en la ley del Señor se deleita, y día y noche medita en ella.” En consecuencia, “es como árbol plantado a la orilla de un río que, cuando llega su tiempo, da fruto y sus hojas jamás se marchitan. ¡Todo cuanto hace prospera!” Así, pues, meditar en la Palabra de Dios es simplemente pensar en ella con el deseo de descubrir su verdad y aplicarla a la vida.

John C. Maxwell: “La meditación es muy beneficiosa: Ayuda a examinar sus relaciones con Dios, a verse como es debido y a descubrir en qué punto del camino se encuentra en su jornada espiritual. Y, por supuesto, le ayuda a comprender mejor cómo obedecer. El proceso puede ser penoso o emocionante, pero siempre le acercará a Dios.”⁵⁷

CAPÍTULO 2

Para qué orar

La efectividad y el sentido de cualquier acción humana dependen en buena medida del propósito que la anima. Discernir el propósito de un emprendimiento ayuda a que el mismo se desenvuelva con mayores garantías de buenos resultados. Esto que es cierto en relación con cualquier acción humana lo es también, y muy especialmente, en relación con la oración. Si deseamos ser protagonistas de la oración de poder, es imprescindible que entendamos cuál es el propósito de la misma. En otras palabras, debemos saber muy bien para qué orar.

⁵⁶ *Ibid.*, 80, 81.

⁵⁷ Maxwell, *Compañeros de oración*, 51.

¿Cuál es el propósito de la oración de poder? Da la impresión que en la práctica de muchos, tal propósito no es otra cosa que tratar de ganarle a Dios la partida “por cansancio.” Al menos, tal parece ser el propósito ya que el creyente piensa que, cuanto más tiempo dedique a orar por una determinada cuestión, o más insista en el asunto, tanto más se asegura la respuesta buscada. Otros estiman que si un motivo de oración es lo suficientemente urgente o importante, entonces merece de mayor entusiasmo, esfuerzo y dedicación en la oración, que otra cuestión de menor calibre o que se estima como no muy relevante.

En este capítulo vamos a considerar el propósito de la oración, y especialmente procuraremos responder a algunos de los interrogantes más frecuentes en relación con el mismo.

José Miguez Bonino: “La oración no tiene por objeto convencer a Dios de que nos escuche (como creían los paganos), sino presentarnos ante el Dios que nos escucha, porque es nuestro Padre por Jesucristo, tal como somos, con nuestras necesidades.”⁵⁸

¿PARA QUÉ ORAN LAS PERSONAS?

Según lo que declara el salmista, la oración es universal, porque Dios escucha la oración de todos. “A ti acude todo mortal a causa de sus perversidades” (Sal. 65:2–3). El ser humano fue creado con el impulso de adorar a Dios y el deseo por entrar en comunión con él. En definitiva, “Dios creó al ser humano a su imagen; lo creó a imagen de Dios. Hombre y mujer los creó, y los bendijo” (Gn. 1:27–28). Es por esto que la oración es tan natural al ser humano como la respiración.

Sin embargo, con la entrada del pecado, el ser humano se alejó de Dios, su juicio quedó distorsionado, su conciencia corrompida, y su voluntad ha sido esclavizada por Satanás. Todo esto afectó su deseo de comunión con Dios. De esta manera, el pecado se ha transformado en un obstáculo para la oración. Por eso, el poeta bíblico declara: “Si en mi corazón hubiera yo abrigado maldad, el Señor no me habría escuchado” (Sal. 66:18). Y el profeta reitera: “Son las iniquidades de ustedes las que los separan de su Dios. Son estos pecados los que lo llevan a ocultar su rostro para no escuchar” (Is. 59:2). Dios mismo le dice al pueblo de Judá, pueblo desobediente, rebelde, desafiante, sordo para oír sus instrucciones: “Como no me escucharon cuando los llamé, tampoco yo los escucharé cuando ellos me llamen” (Zac. 7:11–14).

John C. Maxwell: “El pecado inconfeso bloquea las respuestas a las oraciones. Pero un buen período de espera sincero nos guía con naturalidad hacia la confesión ante Dios. Si deja que le busque, Él le indicará lo que necesita confesar. Y al hacerlo, una vez más restaurará su relación con Él. ... He aquí cinco aspectos a tener en mente en cuanto a la

⁵⁸ José Míguez Bonino, *El mundo nuevo de Dios* (Buenos Aires: Federación Mundial Cristiana de Estudiantes, 1955), 47.

confesión: (1) Confiese el pecado inmediatamente (2) Nunca permita que su posición le impida confesar su pecado (3) Dios nunca se sorprende por lo que hacemos así que sea sincero (4) Dios siempre nos dirá si hacemos algo mal (5) Cuando el pecado se tolera, aumenta La confesión tiene maravillosos beneficios. Despeja el ambiente con Dios y le permite comunicarse con Él sin obstáculo alguno.”⁵⁹

El crítico de arte Jorge Vasari (1511–1574) dice que el pintor renacentista Rafael solía llevar una vela adherida a un casco sobre su cabeza, de modo que, mientras estaba pintando, su sombra no cayera sobre su obra. Las oraciones de muchas personas se ven arruinadas por su propia sombra. Hay cosas en la vida de todo ser humano pecador que deben ser dejadas de lado, si es que de veras se quiere orar con poder. Debemos llevar sobre la frente la vela del renunciamiento al pecado para que la obra de la oración sea perfecta. Por eso, considera tus actitudes malas, tus pecados sin confesar, tu temperamento desagradable, y todo aquello que en tu vida sea un estorbo para la oración. No puede haber un circuito abierto hacia Dios si el interruptor del pecado está activado .

Además, con la presencia del pecado en la vida, el instinto natural de adorar a Dios se prostituye y se pervierte en la adoración de ídolos falsos, en la fe puesta en un destino ciego, en el sometimiento a un fatalismo absurdo y en todo tipo de supersticiones. La oración es natural y propia del ser humano. Si no oramos al Padre celestial a través de un sentido de confianza amorosa, lo vamos a hacer a un dios falso a través de un sentido de temor. Así, pues, no se trata de si vamos a orar o no, sino más bien, a quién vamos a orar.

El ser humano no sólo perdió su deseo de comunión con el Dios verdadero, sino que ni siquiera se preocupó por retenerlo en su memoria. Esto explica por qué la masa de la humanidad se ha hundido en el paganismo y algunos incluso en el salvajismo, tal como argumenta el apóstol Pablo en [Romanos 1:22–25](#). Sin embargo, en toda religión falsa, si bien de manera totalmente inadecuada a las necesidades humanas, y contaminada con serios errores, se pueden encontrar vestigios de verdad. Estos escombros del plan original del Creador dan testimonio del conocimiento original de la verdad y del origen común de la raza humana. Siempre se encuentra alguna forma de oración, que se practica en procura de la ayuda sobrenatural. Incluso los seres humanos más duros y rebeldes claman por ayuda en las grandes crisis de la vida, a un poder más alto y más grande que ellos ([Sal. 61:2](#)). Tal fue el caso del rey pagano Acab, quien a pesar de su perversidad y maldad, frente a la palabra de juicio divino, “se rasgó las vestiduras, se vistió de luto y ayunó” ([1 R. 21:27–29](#)).

Henry Emerson Fosdick. “La comunión real involucra la conciencia vívida de que alguien está presente, con quien estamos disfrutando de compañerismo. Ahora, una persona puede creer que Dios está, puede desear fervientemente hablar con él, y puede

⁵⁹ Maxwell, *Compañeros de oración*, 47, 48.

no dudar en teoría de la posibilidad de tal comunión; pero en la práctica él o ella puede fracasar totalmente en sentir la presencia de Dios. A pesar de sus mejores esfuerzos, le puede parecer que está hablando a un espacio vacío. El sentido de futilidad—tal como el que viene a alguien que encuentra que ha estado hablando en la oscuridad a nadie, cuando suponía que un amigo estaba en el cuarto—puede confundirlo tanto que, en teoría o no, la oración se torna prácticamente en algo sin valor. La persona clama con Job, no en un espíritu de escepticismo, sino en gran perplejidad y en un deseo genuino por el compañerismo divino: ‘Si me dirijo hacia el este, no está allí; si me encamino al oeste, no lo encuentro’ (Job 23:8). La práctica de la presencia de Dios no tan simple como las palabras a veces la hacen parecer.”⁶⁰

No obstante, Dios ha estado buscado a sus hijos pecadores desde los días en el Jardín del Edén, a fin de llevarlos al arrepentimiento y sacarlos de su desobediencia, para restaurar su comunión con ellos. Y él ha continuado fielmente a lo largo de los milenios buscando al ser humano pecador, preguntando una y otra vez a cada uno: “¿Dónde estás?”

Dios no se ha quedado sin testimonio, en el mundo natural y en la historia humana, de su deseo de restablecer la comunión rota como consecuencia del pecado. La Biblia nos enseña que una poderosa indicación de su voluntad de comunicarse con nosotros se encuentra en el testimonio de la naturaleza. Pablo dice: “Porque desde la creación del mundo las cualidades invisibles de Dios, es decir, su eterno poder y su naturaleza, divina, se perciben claramente a través de lo que él creó, de modo que nadie tiene excusa” (Ro. 1:20). De igual modo, tenemos el testimonio de la historia. En otras palabras, Dios “no ha dejado de dar testimonio de sí mismo haciendo el bien, dándoles lluvias del cielo y estaciones fructíferas, proporcionándoles comida y alegría de corazón” (Hch. 14:17).

Dios no ha dejado de comunicarse con cada ser humano dispuesto a oírlo, para darle a conocer su voluntad y llamarlo a la obediencia. Para ello, él ha enviado sus mensajes de advertencia a través de sus mensajeros. Él ha hecho sus ofertas de perdón, apelando al ser humano a arrepentirse y deponer su actitud rebelde. Él ha manifestado de múltiples maneras sus expresiones de amor. Él ha presentado una y otra vez su invitación a la comunión y comunicación entre el Creador y la criatura.

No obstante, cuando el no cristiano ora a Dios, generalmente ora para conseguir algo. Su aproximación a la oración es comercial o transaccional, y termina en una suerte de regateo por el favor divino. Este concepto pagano de la oración coloca a quien ora como el único que habla, y a Dios meramente como quien oye o no, pero siempre como alguien pasivo en la transacción. Aun filósofos de trasfondo cristiano como Karl Jaspers se muestran críticos hacia lo que comúnmente llamamos oración. Él afirma que la oración es un vínculo del alma con Dios, pero que es una práctica casi siempre impura, puesto que supone concebir a Dios como persona que escucha y nada más. Según él, que no creía en la oración bíblica, la persona que

⁶⁰ Fosdick, *The Meaning of Prayer*, 96.

usa de la oración para persuadir a Dios a conceder favores terrenales, desvirtúa su sentido, y la asimila en cierto modo a la magia. Y agrega: “La magia es simulación de una técnica de hechicería que no emplea procedimientos empíricos, sino sólo el poder de quienes se creen versados en superar espacio y tiempo, para obtener en el espacio y el tiempo lo que desean.”⁶¹

Karl Jaspers: “La oración es una irrupción inoportuna en lo arcano, a la que se atreve el hombre movido por su extrema soledad y su dolor. Como práctica cotidiana y tradición, es una fijación cuestionable, a la que renuncia la filosofía. La seguridad permanente en Dios restaría profundidad a los vínculos que podemos tener con Él, eliminaría el mundo suprasensible, y nos daría una paz y una tranquilidad demasiado superficiales para las exigencias de la existencia.”⁶²

EJERCICIO 13

Dios ha hablado a todo tipo de persona dispuesta a oírlo.

Colocar la letra que corresponda:

- | | | |
|----|----------------------------|------------------------|
| 1. | Un niño. | A. Génesis 1:28. |
| 2. | Los primeros seres humanos | B. Job 42:4-6. |
| 3. | Un hombre enfermo. | C. 1 Samuel 3:1-3, 10. |
| 4. | El libertador de Israel. | D. Oseas 12:10. |
| 5. | Los profetas. | E. Éxodo 6:2; 33:11. |

Juan Calvino: “En cada una de sus obras, Dios se nos manifiesta tan marcadamente en su poder y en su amor, que nadie, exceptuando un necio o un loco puede tener excusa para no creer en él, alegando ignorancia.”

¿PARA QUÉ ORAN LOS CRISTIANOS?

El cristiano ora a Dios, pero movido por motivaciones y propósitos diferentes de los que animan a una persona que no es creyente. Su condición de hijo o hija de Dios marca una diferencia radical en cuanto al propósito de su oración. Como dice Pablo: “Ustedes ya son hijos. Dios ha enviado a nuestros corazones el Espíritu de su Hijo, que clama: ‘¡Abba! ¡Padre!’” (Gá. 4:6). Esta posición y condición de hijos de Dios es la que nos permite acercarnos “confiadamente al trono de la gracia para recibir misericordia y hallar la gracia

⁶¹ Karl Jaspers, *Philosophie*, 2 vols. (Berlín: Editorial Springer, 1956), 2:316.

⁶² *Ibid.*, 1:127.

que nos ayude en el momento que más la necesitemos” (He. 4:16). Por eso, cuando nos preguntamos por el fundamento o las razones por las que los discípulos de Jesucristo oran, encontramos al menos cuatro respuestas.

Los creyentes oran porque son creyentes

Son personas que han nacido de nuevo y, en consecuencia, han sido hechos hijos de Dios. La oración de los no creyentes es expresión de un instinto natural, movido—la más de las veces—por el temor y la superstición. En cambio, la oración de los creyentes es la apelación de un hijo de Dios, nacido de nuevo, a su Padre bueno y amoroso. La oración del creyente es el resultado de su nueva naturaleza como hijo o hija de Dios (Gá. 4:6). La oración del creyente está inspirada por un amor y confianza que nace en él o ella por la obra del Espíritu Santo (He. 4:16). Nuestra condición de hijos de Dios nos distancia de la actitud especulativa de los incrédulos que oran. No oramos para ganar algo, sino porque en Cristo ya lo tenemos todo, y por la oración queremos apropiarnos de ello con fe.

Pablo A. Deiros: “Lo que vale de nuestras oraciones no es su aritmética, cuántas sean; ni su retórica, cuán elocuentes resulten; ni su geometría, cuán largas parezcan; ni su lógica, que calidad de argumentos encierren; ni su método, cuán ordenadas se presenten. Lo que vale es qué tipo de carácter y conducta las sustenta.”⁶³

Los creyentes oran porque saben que Dios es todopoderoso

Todo cristiano sabe que Dios puede hacer realidad aquello que pide, conforme con su voluntad. Este fue el caso de Abraham y Sara. Frente al anuncio sorprendente de los visitantes celestiales de que Sara tendría un hijo y la risa de ésta ante tamaño disparate, el Señor le dijo a Abraham: “¿Por qué se ríe Sara? ¿No cree que podrá tener un hijo en su vejez? ¿Acaso hay algo imposible para el Señor? El año que viene volveré a visitarte en esta fecha, y para entonces Sara habrá tenido un hijo” (Gé. 18:13–14). Pablo hace la interpretación teológica de este episodio y de las palabras del Señor en Romanos 4:20–21: “Ante la promesa de Dios, [Abraham] no vaciló como un incrédulo, sino que se reafirmó en su fe y dio gloria a Dios, plenamente convencido de que Dios tenía poder para cumplir lo que había prometido.”

El creyente es tal porque tiene ciertas convicciones. Y estas certidumbres se fundamentan en sólidas afirmaciones bíblicas. El hijo de Dios sabe que Dios “puede hacer muchísimo más que todo lo que podamos imaginarnos o pedir, por el poder que obra eficazmente en nosotros” (Ef. 3:20). Y cree firmemente en lo que Jesús declaró, que “lo que es imposible para los hombres es posible para Dios” (Lc. 18:27).

Los creyentes oran porque el Señor ha prometido oír sus oraciones y responder a ellas

⁶³ Deiros, *Santiago y Judas*, 272, 273.

Esto es lo que enseña Jesús en [Mateo 7:7–11](#). El creyente es alentado a orar, porque la oración tiene una recompensa. Pero también es animado a orar, porque la oración alegra el corazón de Dios 🗨️. De alguna manera difícil de entender para nosotros, la realidad es que el Señor “se complace en la oración de los justos” ([Pr. 15:8](#)). Además, el creyente es exhortado a orar, porque la oración es una expresión de obediencia.

Kenneth Copeland: “La oración es una actitud. Involucra más que solamente el hacer peticiones. La oración es comunicación con Dios. Usted puede vivir en una actitud de oración constantemente, estando en comunión y compañerismo con su Padre celestial cada hora del día. Para poder obtener resultados en oración, usted debe estar convencido de un hecho fundamental: Dios quiere responder sus oraciones. El caso es, que Él está dispuesto y listo para responderle a usted, tal como Él estaba para responderle a Jesús durante Su ministerio terrenal. Esto puede ser difícil de comprender para usted, pero es verdad.”⁶⁴

EJERCICIO 14

Dios responde.

Dios responde siempre a nuestras oraciones por lo que él es: un Dios de amor, lleno de gracia y de verdad. La naturaleza de Dios es nuestra mejor garantía de que él va a responder.

Colocar el pasaje que corresponda:

1. La naturaleza de Dios como se mostró en el pasado: .
2. La naturaleza de Dios como se expresa en sus promesas: .
3. La naturaleza de Dios como lo conocemos en nuestras experiencias: .

Pasajes: [Mateo 21:22](#); [Romanos 8:32](#); [2 Corintios 12:9](#).

Los creyentes oran porque saben que la oración resulta en bendición

Al principio, la vida de oración puede resultar mayormente de un sentido de deber. Pero al continuar día tras día, mirando a Jesús como Maestro, al Espíritu Santo como ayudador, y a la Palabra de Dios como libro de texto, toda idea de deber queda neutralizada. La actitud legalista se diluye y se desarrolla un sentido de enorme privilegio por tener la oportunidad de gozar de la comunión con el Padre. Poco a poco, al aprender de la Palabra, y por la fe que

⁶⁴ Copeland, *Oración: su fundamento para el éxito*, 7.

recibimos del Espíritu Santo, la oración se va transformando en una experiencia vital y personal. De una obligación religiosa, pasa a ser una maravillosa experiencia de comunión, respuesta, gozo, poder, autoridad y seguridad.

EJERCICIO 15

El cristiano ora porque es un hijo o hija de Dios.

Trabajo en grupos. Después de leer todos los pasajes indicados, marcar aquellos que ilustran esta verdad siguiente:

Lucas 11:11-13

Romanos 8:14-15

Isaías 59:2

Gálatas 5:22-23

Jeremías 14:10-12

Mateo 6:9

Romanos 8:32

Romanos 8:26-27

1 Juan

5:14-15

¿PARA QUÉ ORAR SI EL UNIVERSO ESTÁ GOBERNADO POR LEYES?

En [1 Corintios 14:33](#), el apóstol Pablo afirma que “Dios no es un Dios de desorden sino de paz.” Él no es el Dios que predicaban los deístas del siglo XVIII, quienes enseñaban que Dios había creado al mundo, establecido ciertas leyes de cumplimiento inexorable, pero luego se había desentendido de él. Según esta comprensión de la realidad, ahora el mundo y los seres humanos se mueven en conformidad con esas leyes. De modo que cuando el ser humano las obedece, todo resulta bien, pero cuando las desobedece aparece el caos y el desorden. Pero tal cosa como la voluntad de Dios no existe y mucho menos la posibilidad de una relación personal con él.

La fe cristiana bíblica no sostiene esta teoría pagana. Por el contrario, afirma que cuando el universo fue creado, Dios lo contempló y dijo que era “bueno” ([Gn. 1:31](#)). En este sentido, toda la creación salda perfecta de la mano creadora de Dios, fue puesta bajo la ley natural. El ser humano recibió autoridad sobre todo este conjunto de cosas creadas, sujeto a la ley natural ([Gn. 1:28](#)). El ser humano mismo fue sujetado a la ley espiritual, que regulaba sus relaciones con el Creador; y a la ley moral, que regulaba sus relaciones con su prójimo ([Sal. 19:7-8](#)). De modo que, según el relato bíblico, mientras el ser humano fue obediente a Dios y mantuvo una estrecha relación personal con él, reinó una armonía perfecta (*shalom*, paz). El ser humano se mostró en perfecta armonía y comunión con Dios, con la naturaleza, con el prójimo y consigo mismo.

Cuando el ser humano pecó, es decir, se rebeló contra la voluntad de Dios y le desobedeció, se distorsionó lo que Dios había creado como “bueno.” Cuando entró el pecado a la experiencia humana, todo se corrompió. La Biblia nos indica en un vívido lenguaje poético como aparece en la experiencia humana la muerte espiritual, la degeneración moral, la

enfermedad, el dolor y finalmente la muerte física. La naturaleza misma sufre ahora las consecuencias del pecado humano (Gn. 3:17–19). Pensando en esto, Pablo dice que “sabemos que toda la creación todavía gime a una, como si tuviera dolores de parto” (Ro. 8:22). La obra de confusión, debida a las maniobras perversas de Satanás, continúa básicamente a través de la agencia humana. Y el fin de este proceso no es otro que la creación de caos y la destrucción de la creación, especialmente el ser humano.

Cuando Dios se manifestó en Cristo, comenzó a restaurar su propósito original para su creación y para el ser humano. En Cristo, Dios el Creador termina con el pecado. Como dice Juan: “Jesucristo se manifestó para quitar nuestros pecados” (1 Jn. 3:5). Pero también en Cristo, Dios el Creador termina con Satanás. Juan agrega: “El que practica el pecado es del diablo, porque el diablo ha estado pecando desde el principio. El Hijo de Dios fue enviado precisamente para destruir las obras del diablo” (1 Jn. 3:8). Además, en Cristo, Dios el Creador restaura el orden y la armonía, que se habían perdido como consecuencia de la rebeldía humana. Esto es lo que en la Biblia se llama “reconciliación,” y abarca a todos los órdenes de la creación.

Ahora, Dios no descarta o anula la ley de causa y efecto para responder a las oraciones de sus hijos. Él no viola el orden que él mismo ha creado y establecido en el universo para atender a nuestras súplicas. La respuesta a nuestra oración no va de contramano con las leyes físicas, morales y espirituales que Dios el Creador ha establecido en su creación. Para aquellos que están viviendo orando conforme con su voluntad, él orienta todas las cosas para que obren para el bien de ellos. Esta es la gran verdad que Pablo descubrió: “Sabemos que Dios dispone todas las cosas para el bien de quienes lo aman, los que han sido llamados de acuerdo con su propósito” (Ro. 8:28).

En otras palabras, no hay improvisación ni sorpresas ni emergencias en Dios. El conoce el principio desde el final, y puede utilizar medios ordinarios para producir resultados extraordinarios, sin violar ninguna de sus leyes conocidas. Pero cuando es adecuado a su voluntad soberana, él obra en una dimensión sobrenatural. Dios el Creador no tiene que pedir permiso a su creación para actuar en la manera que él estima conveniente a sus designios eternos y que mejor exprese su amor inmenso. Este es el significado de una frase tan impresionante como: “Para Dios no hay nada imposible” (Lc. 1:37).

Harry Emerson Fosdick: “Las leyes científicas son declaraciones humanas y en grado creciente verdaderas declaraciones de los procesos invariables de la naturaleza, pero los procesos son siempre flexibles en las manos de la inteligencia y voluntad humana. ¿Acaso queremos decir que Dios es menos libre que lo que somos nosotros? ¿Somos nosotros, las criaturas, amos en una medida tan grande de las fuerzas sujetas a la ley y es Él, el Creador, un esclavo de ellas? ¿Son los poderes universales plásticos y usables en nuestras manos, y en Sus manos tensos y rígidos? La analogía total de la experiencia humana sugiere que el mundo no está gobernado por la ley; sino que está gobernado por Dios conforme a la ley. Él providencialmente utiliza, manipula, y combina Sus propias e

invariables maneras de actuar para servir a Sus propios propósitos eternos.”⁶⁵

Por otro lado, no podemos limitar a Dios a nuestro conocimiento limitado de las leyes que él ha establecido en el universo. Es interesante sobre este particular prestar atención al diálogo de Job con el Señor. A lo largo de todo el libro, el patriarca Job se la pasa protestando por su situación desgraciada. Finalmente, desde una tempestad, la voz del Señor trueno y dice: “¿Quién es éste, que oscurece mi consejo con palabras carentes de sentido? Prepárate a hacerme frente; yo te cuestionaré, y tú me responderás” (Job 38:1–3). Dios da vuelta el debate, y de interpelado e interrogado pasa a ser el juez que hace los planteos, y le dice a Job: “¿Corregirá al Todopoderoso quien contra él contiende? ¿Qué le responda a Dios quien se atreve a acusarlo!” Al pobre Job no le queda más remedio que admitir: “¿Qué puedo responderte, si soy tan indigno? ¡Me tapo la boca con la mano!” (Job 40:1–4).

Por eso, el creyente ora por todo aquello que sabe está de acuerdo con la voluntad de Dios, y deja la respuesta a Dios, quien siempre obra más allá de lo que pedimos o entendemos. El creyente no ora para conocer la voluntad de Dios. Esto es lo que hacen los paganos que no conocen al Señor ni han experimentado su gracia. Por el contrario, es porque conoce cuál es la voluntad de Dios, que el creyente ora a fin de recibir más gracia del Señor para cumplirla.

Un hermano, al salir del culto de oración, le decía a su compañero de camino, expresando su desencanto: “Pues yo, francamente, te diré, que Dios no contesta siempre todas mis oraciones.” “Es raro,” contestó el otro, “porque a mí siempre me ha contestado.” “¡Siempre! ... ¿De veras?” “Sí, de veras. Solamente que a veces me contesta ‘Sí,’ y otras veces me contesta ‘No.’ Pero yo me quedo tranquilo y contento, porque sé que él ha contestado, según su plan, lo mejor para mí.”

EJERCICIO 16

¿Cuáles son las condiciones para tener éxito en la oración?

Indicar los pasajes que correspondan:

1. Contrición:
2. Sinceridad:
3. Fe:
4. Justicia:
5. Obediencia:

Pasajes: 2 Crónicas 7:14; 1 Juan 3:22; Isaías 58:9; Santiago 5:16; Jeremías 29:13;

⁶⁵ Fosdick, *The Meaning of Prayer*, 127, 128.

¿PARA QUÉ ORAR SI DIOS YA HA SENTENCIADO AL MUNDO?

La Palabra nos presenta a Dios como Juez. Este hecho no siempre es tenido en cuenta con seriedad. En nuestro testimonio cristiano enfatizamos tanto el amor de Dios, que nos olvidamos de su justicia y de la realidad de que su juicio es inexorable. El último versículo del libro de Eclesiastés afirma: “Dios juzgará toda obra, buena o mala, aun la realizada en secreto” (Ec. 12:14). Cuando advertimos este hecho en toda su dimensión, nos damos cuenta que el mismo resulta en varios corolarios. Aquí vamos a subrayar dos, que me parece son importantes en relación con la práctica de la oración.

El mundo está condenado por su pecado

Cuando el ser humano fue colocado sobre la tierra, le fue dado dominio sobre la naturaleza, y como mayordomo de Dios, debía cuidarla y rendirle a él honor, lealtad y obediencia. Pero el ser humano se rindió al tentador, y Satanás, haciendo obtenido ascendencia sobre él, esclavizó su voluntad y lo usó como agente para llevar a cabo sus propósitos en contra de la santa voluntad de Dios.

Desde entonces, toda persona ha nacido en un estado de rebelión e impiedad, en contra de la autoridad de Dios. Pablo describe este estado en términos crudos: “La mentalidad pecaminosa es muerte, mientras que la mentalidad que proviene del Espíritu es vida y paz. La mentalidad pecaminosa es enemiga de Dios, pues no se somete a la ley de Dios, ni es capaz de hacerlo. Los que viven según la naturaleza pecaminosa no pueden agradar a Dios” (Ro. 8:6–8). Pero, además, desde entonces, toda persona que llega a una edad de responsabilidad suscribe esta rebelión con sus propios pecados de pensamiento, palabra y acción. Esto es así, de tal suerte que, en todos los casos se cumple la ley moral y espiritual de Dios: “La persona que peque morirá” (Ez. 18:4). Y también, desde entonces, toda persona está bajo el juicio de condenación delante del Juez justo. Como indica Pablo: “Todo lo que dice la ley, lo dice a quienes están sujetos a ella, para que todo el mundo se calle la boca y quede convicto delante de Dios” (Ro. 3:19). Con la severidad propia de todo gobierno establecido, Dios, el Juez justo, sentencia al ser humano por quebrantar la ley, y de esta manera satisface sus demandas de justicia.

El mundo no carece de esperanza

En razón de que su amor es tan grande, Dios no deja al ser humano perecer en su condenación (Jn. 3:16–17). Y en este día de gracia, entre su declaración de sentencia y la ejecución de la misma, toda persona que acepta a Cristo como su Señor y Salvador es perdonada, restaurada y recibe su ciudadanía en los cielos. Y cuando somos liberados de las limitaciones de la mente mortal, entendemos que de alguna manera, escondido entre los

misterios de la Trinidad, fue el Juez justo mismo quien murió en el Calvario para asegurar nuestro perdón.

Dios no es sólo un Juez justo, sino también un Padre bueno y amoroso. Él adopta al creyente como hijo y lo introduce a su familia. Él lo hace nacer de nuevo por la obra del Espíritu Santo y le da un nombre nuevo. Él toma al creyente y lo hace miembro de su cuerpo y parte de su esposa, que es la iglesia. Él declara al creyente, que fue desheredado de toda bendición en Adán, heredero de justicia en Cristo. Él considera al creyente no como un criminal en el banquillo de los acusados, sino como un hijo sentado a su lado en los lugares celestiales compartiendo su poder y autoridad.

Samuel Chadwick: “Lo maravilloso no es que Dios oye la oración, sino que Él es nuestro Padre. La maravilla mayor incluye a la menor. La revelación de que Dios es Padre establece la posibilidad y razonabilidad de la oración. La una establece a la otra. Dios no sería Padre si Sus hijos no pudieran orar. Toda la enseñanza de Jesús acerca de la supremacía del corazón de hijo en el reino de Dios es blasfemia crasa si Dios no es nuestro Padre. La relación lleva consigo su accesibilidad, intimidad, y amor sin temor. Los hijos de grandes hombres a veces han recordado a su padre como una institución, más que como un padre, y Dios es para algunos de sus hijos poco más que una institución. No fue así como Jesús lo reveló.”⁶⁶

El creyente ya no está bajo una ley que debe obedecer de mala gana y de manera imperfecta por temor, sino bajo la ley del amor. El creyente obedece con gozo esta ley de amor, tanto en su espíritu como en su letra, porque ama a su Señor que le amó primero y se dio a sí mismo por él. El creyente sabe que su poder en la oración es medido por su fe en Dios, y por su obediencia amorosa a su voluntad. Carlos H. Spurgeon señaló en cierta oportunidad: “La fe y la obediencia se encuentran unidas en un mismo manojito. El que obedece a Dios, confía en Dios; y el que confía en él, le obedece.”

EJERCICIO 17

Según la Biblia, las respuestas a la oración son alcanzadas...

Colocar el pasaje que corresponda:

1. Por los que buscan a Dios:
2. Por los que buscan a Dios de todo corazón:
3. Por los que esperan en Dios:

⁶⁶ Samuel Chadwick, *The Path of Prayer* (Londres: Hodder & Stoughton, 1968), 46.

4. Por los que se vuelven a Dios:
5. Por los que piden con fe:
6. Por los que piden en el nombre de Jesús:
7. Por los que piden según la voluntad de Dios:
8. Por los que invocan a Dios con verdad:
9. Por los que temen a Dios:
10. Por los que guardan los mandamientos de Dios:

Pasajes: Jeremías 29:12-13; Salmos 34:4; 2 Crónicas 7:14; Salmos 145:18; Salmos 145:1 21:22; Salmos 40:1; Juan 14:13; 1 Juan 5:14; 1 Juan 3:22.

¿PARA QUÉ ORAR SI DIOS YA CONOCE LAS NECESIDADES?

Haciendo un contraste entre la actitud de los incrédulos, que se la pasan suplicando por sus necesidades materiales y físicas, Jesús le enseñó a sus discípulos a confiar en la providencia divina. “Los paganos andan tras todas estas cosas, y el Padre celestial sabe que ustedes las necesitan” (Mt. 6:32). Si es así, entonces no parece que sea necesario notificar a Dios de nuestras necesidades y carencias, porque de algún modo él ya sabe lo que necesitamos y va a responder en consecuencia. Este planteo requiere de mayor reflexión. Para ello, vamos a considerar dos cuestiones importantes: la necesidad de la oración y el valor de la oración.

La necesidad de la oración

Dios no sólo conoce los deseos y necesidades de los seres humanos, sino que está constantemente satisfaciendo esas necesidades sin que se le pida por ellas o se le agradezca cuando él las satisface. En definitiva, “él hace que salga el sol sobre malos y buenos, y que llueva sobre justos e injustos” (Mt. 5:45). Dios, en su misericordia, derrama sus bendiciones

sobre todas sus criaturas, más allá de las actitudes de éstas hacia él. El Creador no anda llevando una contabilidad de merecimientos y premios, para bendecir tan sólo a quienes se hagan acreedores de ello. Por el contrario, como dice Santiago, “no se engañen. Toda buena dádiva y todo don perfecto descienden de lo alto, donde está el Padre que creó la lumbreras celestes, y que no cambia como los astros ni se mueve como las sombras” (Stg. 1:16–17). Pero él tiene guardado mucho más para sus hijos. Por eso, la oración es necesaria.

El valor de la oración

Al considerar el valor de la oración es necesario prestar atención a dos dimensiones del mismo.

Por un lado, está el valor objetivo de la oración. Esto es, la realidad de que Dios responde a la oración. Si bien Dios conoce todas nuestras necesidades, es un hecho que él llena las necesidades humanas, cuando así lo pedimos en oración. Él reserva sus mejores bendiciones a la espera de que sus hijos se rindan en confianza y obediencia a él, y se acerquen a él en oración. Cuando esto ocurre, quienes oran pueden llegar a conocerlo mejor como el Dador por excelencia y pueden recibir sus dones maravillosos. Dios espera que nos acerquemos a él en oración y ésta debe ser razón suficiente para que lo hagamos.

Por otro lado, está el valor subjetivo de la oración. Esto es, la realidad de que Dios obra a través de la oración. Efectivamente, Dios utiliza nuestra oración para cumplir sus propósitos eternos. La oración nos fue dada para lograr mucho más que simplemente satisfacer nuestras necesidades y suplir lo que nos falta. La oración es uno de los medios principales que Dios usa para mostrar su voluntad en los corazones y las vidas humanas. En verdad, hay un extraordinario *propósito revelador* detrás de la oración.

Pero la oración se asocia también a la labor redentora de Dios en la vida de los perdidos. En este sentido hay también un extraordinario *propósito redentor* detrás de la oración. A medida que obedecemos a Dios y oramos y confiamos en él para la conversión de los perdidos, a través del poder del Espíritu Santo, Dios obra en los corazones de los individuos para convencer, llevar al arrepentimiento y convertir a las personas. La oración nos asocia con el programa redentor de Dios para la humanidad.

Además, la oración opera en la obra restauradora de Dios en la vida de los creyentes que han caído. En este sentido, hay también un extraordinario *propósito restaurador* detrás de la oración. Cuando pedimos por la restauración de los extraviados, estamos participando de la obra restauradora de Dios. Es a través de la oración que nos convertimos en colaboradores de Dios. Y, finalmente, la oración nos hace partícipes de la obra santificadora de Dios en la vida de los creyentes. En este sentido hay también un extraordinario *propósito santificador* detrás de la oración. Epafras oraba por sus paisanos de Colosas, especialmente en esta dirección. Como testifica Pablo: “Este siervo de Cristo Jesús está siempre luchando en oración por ustedes, para que, plenamente convencidos, se mantengan firmes, cumpliendo en todo la voluntad de Dios” (Col. 4:12).

Harry Emerson Fosdick: “Si hay algún elemento en la vida humana de cuyo valor inestimable tenemos testimonio abundante, ése es la oración; y dejar sin comprensión y preparación un poder capaz de tales usos sublimes es una tragedia espiritual. ... Profundamente en cada uno de nosotros yace la tendencia a orar. Si permitimos que permanezca meramente como una tendencia, no se torna en otra cosa que en un clamor egoísta, no inteligente y ocasional por necesidades. Pero entendida y disciplinada ella revela posibilidades cuyos límites jamás han sido encontrados.”⁶⁷

EJERCICIO 18

La oración nos fue dada por Dios con un cuádruple propósito.

Buscar en grupos pasajes que ilustren lo siguiente:

1. Propósito revelador:
2. Propósito redentor:
3. Propósito restaurador:
4. Propósito santificador:

¿PARA QUÉ ORAR SI HAY TANTAS OTRAS COSAS QUE HACER?

No son pocos los creyentes que, al igual que Job, de tanto en tanto se preguntan: “¿Quién es el Todopoderoso, para que le sirvamos? ¿Qué ganamos con dirigirle nuestras oraciones?” (Job 21:15). Consciente o inconscientemente, muchas veces estimamos la oración como una pérdida de tiempo, frente a las demandas urgentes de otros reclamos que tenemos por delante. Una reunión de comisión generalmente comienza con una breve oración, “porque tenemos muchas cuestiones que tratar.” Lo mismo ocurre con una asamblea de negocios en la iglesia o inclusive un culto de adoración. La presión de lo urgente nos roba la atención a lo importante. No obstante, ¿para qué necesitamos orar?

Necesitamos la oración para conocer la voluntad de Dios

Así como el obrero necesita presentarse en la oficina para recibir la orden de trabajo del día, así el creyente necesita buscar a Dios para recibir de él su hoja de servicios del día. La

⁶⁷ Fosdick, *The Meaning of Prayer*, 28.

oración nos provee de la sabiduría y dirección divinas que necesitamos, si no queremos perder nuestro tiempo y esfuerzos en lo que no aprovecha para nada. Esto es especialmente cierto en relación con la sabiduría que se requiere para tomar acertadamente la mayor parte de nuestras decisiones. “Si a alguno de ustedes le falta sabiduría,” señala Santiago, “pídasela a Dios, y él se la dará, pues Dios da a todos generosamente sin menospreciar a nadie.” “Pero,” aclara Santiago, “que pida con fe, sin dudar, porque quien duda es como las olas del mar, agitadas y llevadas de un lado a otro por el viento” (Stg. 1:5–6).

Así como el peregrino debe tomar su tiempo para consultar su mapa y trazar el camino a seguir antes de cada jornada, el cristiano necesita de la Palabra de Dios leída en oración, para saber el camino que debe andar. No hay otra manera de no perder el rumbo y llegar a destino con seguridad. “Ya sea que te desvíes a la derecha o a la izquierda,” afirma [Isaías 30:21](#), “tus oídos percibirán a tus espaldas una voz que te dirá: ‘Éste es el camino; síguelo.’”

Necesitamos la oración para nutrir nuestra vida cristiana

El obrero sabio toma su tiempo para ingerir la comida apropiada para el nutrimento de su cuerpo, antes de ir a su jornada de trabajo. De otro modo, el trabajador perdería fuerzas en su trabajo y no podría llevarlo a cabo con efectividad. El alma del creyente necesita también ser fortalecida y nutrida a través de la oración, a fin de que pueda llevar a cabo la tarea que el Señor le ha asignado. Tan serio y vital es esto, que Pablo les dice a los cristianos de Éfeso: “Por esta razón me arrodillo delante del Padre, de quien recibe nombre toda familia en el cielo y en la tierra. Le pido que, por medio del Espíritu y con el poder que procede de sus gloriosas riquezas, los fortalezca a ustedes en lo íntimo de su ser, para que por fe Cristo habite en sus corazones. Y pido que, [sean] arraigados y cimentados en amor” ([Ef. 3:14–17](#)).

Necesitamos la oración para prepararnos para la batalla

El Señor no nos llamó a una vida descomprometida con su reino, sino a participar con él en la guerra espiritual en la que él está involucrado. La vida cristiana es militancia, y en el cumplimiento de nuestro deber como soldados del reino, necesitamos de la oración. El soldado de Cristo debe tomar su tiempo para preparar su equipo y armadura. No se puede salir al campo de batalla si no se está bien preparado y entrenado. La oración es el ejercicio espiritual que temple nuestro valor y nos motiva en nuestro empeño. Además, es por medio de la oración que el soldado cristiana recibe de su Capitán el plan de batalla y la consigna a cumplir.

Necesitamos de la oración para ahorrar tiempo

La oración no es un sustituto para el trabajo, ni tampoco es un recurso para liberarnos del trabajo. Lamentablemente, hay creyentes que usan la oración como excusa para no involucrarse en otros ministerios activos dentro del reino. Pero la oración nos da eficacia en el trabajo y nos permite hacer mucho más de lo que nuestras fuerzas y capacidades humanas

pueden lograr. La oración es una necesidad práctica para el cristiano, y ella misma es “trabajo,” según la Biblia.

CUADRO 1

¿Cómo oraban los grandes siervos de Dios?

Jorge Whitefield, el famoso evangelista inglés, decía: “¡Oh, Señor, dame almas o toma mi alma!”

Tomás de Kempis, el gran místico medieval inglés, oraba: “Dame lo que tú quieras y cuando tú quieras. Llévame donde tú desees, y haz conmigo siempre, lo que te plazca.”

Dwight L. Moody, el notable evangelista norteamericano, oraba: “Úsame, mi Salvador, para el propósito que quieras, y en el camino que estimes conveniente. Aquí, delante de ti, está mi pobre corazón como un vaso vacío. Llénalo con tu gracia.”

Martín Lutero, el gran reformador alemán, en la noche anterior a su viaje para presentarse ante el emperador Carlos V, ante la Dieta de Worms, oraba: “Dios, mi Dios, sostenme tú contra toda la sabiduría y razón humanas. ... ¡Oh, hazlo, tú que puedes, Señor! En ti espero. ... En ti confío. ... Tú eres verdadero. ... Tú eres eterno.”

David Brainerd, misionero entre los pieles rojas de Norteamérica, oraba: “¡Señor, a ti me doy. ... Acéptame, y que sea tuyo para siempre. No deseo más, ni deseo menos.” Las últimas palabras escritas en su diario, siete días antes de su muerte, fueron: “¡Oh ven, Señor Jesús, ven pronto. ... Amén.”

EJERCICIO 19

La respuesta prometida.

Copiar los siguientes pasajes bíblicos, que prometen respuesta a nuestras oraciones:

Salmos 91:15:

Isaías 41:17:

Isaías 58:9:

Isaías 65:24:

Jeremías 33:3:

Zacarías 13:9:

Lucas 11:9:

Juan 14:14:

EN DEFINITIVA, ¿PARA QUÉ ORAR?

En la tradición católica romana, el Padrenuestro termina con las palabras “más líbranos del mal,” mientras que en la tradición protestante se agrega una frase que no figura en todas las versiones bíblicas: “Porque tuyos son el reino y el poder y la gloria para siempre. Amén.” Esta es una extraordinaria afirmación. Notemos que Jesús dice: “Tuyo *es* el reino.” El presente indica que Dios sigue siendo soberano Señor, que él no ha abdicado nunca, y que todavía reina. El “poder” y la “gloria” son el poder y la gloria de su reino, no las versiones bastardas de este mundo o las ofertas espurias que Satanás le ofreció a Jesús en sus tentaciones del desierto. El poder del reino y la gloria del reino son el único poder y la única gloria. Todo lo demás es poder ficticio y gloria que se desvanece.

Estas verdades son las que le dan a la oración su razón de ser. Los cristianos oramos porque lo hacemos a un Rey cuyo reino, poder y gloria son “para siempre.”

La oración adquiere sustancia y valor, sentido y pertinencia precisamente a partir de esta afirmación fundamental con la que se cierra y corona el Padrenuestro. Ahora, a partir de aquí, podemos descubrir el fundamento de la oración de poder. Y al hacerlo, encontramos ciertos corolarios que afirman el propósito de la oración.

La oración es realidad

Hay quienes consideran que la oración es un buen ejercicio, pero que no va más allá de una cuestión emocional y psicológica, y no alcanza al nivel de una realidad. Si es así, ¿para

qué orar? No obstante, ¿cómo puede ser irreal la oración, si sus resultados son tan reales? La oración cambia vidas y transforma las cosas. Una mera ilusión o la autosugestión mental no es capaz de operar los cambios increíbles que opera la oración de poder. Cualquier cristiano sabe por experiencia propia que cuando ora todo va mejor, y cuando no lo hace, algo esencial está faltando. Si no observas tu tiempo de oración quieto por la mañana, posiblemente tendrás que soportar una hora inquieta por la noche. La oración es una realidad que no podemos desvalorizar ni dejar de lado.

La oración es receptividad

¿Receptividad a qué? Precisamente, la oración es receptividad a su realidad. La receptividad es el camino por el cual el Señor penetra hasta la intimidad de nuestro ser. Es el abandono de todos los temores, de todas las inhibiciones y particularmente de todo sentimiento de egoísmo, para descansar en los fuertes brazos del Señor. Esta actitud de abandono voluntario y de sumisión a la soberana voluntad divina es esencial para la oración de poder.

E. Stanley Jones: “Esta entrega no significa destrucción. No significa que nos transformamos en una viscosa insignificancia en su presencia. Significa que ofrecemos a Dios un ‘yo’ alerta, ya no ansioso de seguir su propio camino, sino deseando seguir el Camino. Un ‘yo’ que, sabiendo que le corresponde el segundo lugar, está deseoso de servir al Primero. Un ‘yo’ rendido a Dios no es una masa inerte.”⁶⁸

La oración es respuesta

Si la oración fuese sólo receptividad nos dejaría condicionados en el aspecto pasivo de la relación con el Señor. Nos dejaría en la actitud de recibir sin emprender. Pero la oración es creadora, es vitalizadora. Cuando oramos la oración de poder siempre vamos a terminar haciendo algo. La impresión a la hora de la oración siempre crea la expresión a la hora de la acción. Quien hace una pausa para orar, no se va a quedar quieto sin responder. En la oración aprendemos a conjugar los verbos en voz pasiva, para luego conjugarlos en voz activa en la acción. Por eso, Alexis Carrel decía que “La oración es la energía más poderosa que uno puede generar.”

E. Stanley Jones: “La oración es una forma de energía, porque quienes oran no malgastan energías en actividades triviales, en correr en círculo, en precipitarse a toda velocidad a ninguna parte. El corazón equilibrado que ora está seguro de su orientación y de sus recursos y avanza de tarea en tarea con tranquila confianza. Quienes no eran están apresurados, confusos.”⁶⁹

⁶⁸ Jones, *El Camino*, 221.

⁶⁹ *Ibid.*, 222.

La oración es renovación

Los seres humanos somos como los relojes viejos, que poco a poco vamos generando la tendencia a atrasar. La vida cristiana necesita de la cuerda que tensa los resortes y que nos pone en funcionamiento con toda efectividad. Y esta cuerda es la oración. Ella es la que nos da la energía que necesitamos para servir en el mundo. Pero ella también es la que nos ofrece la dirección que nos hace falta para no errar al blanco ni equivocarnos en cuanto a la meta. De modo que en la oración encontramos la fuente de una renovación permanente, que nos mantiene siempre listos para servir a Dios y al prójimo en el poder del Espíritu Santo.

La oración es revisión

Es imposible orar y no pasar por un profundo proceso de introspección. La oración funciona como una especie de máquina de rayos X, que penetra profundamente en los repliegues de nuestro ser interior y expone todo lo que desagrade al Señor. A través de la oración no sólo nos encontramos con Dios, sino también con nosotros mismos. En este sentido, la oración es un poder sumamente revelador y el instrumento más propicio para una profunda revisión de vida. Y cuando esto ocurre, la oración también nos ayuda a saber de qué cosas debemos deshacernos, a fin de correr con más efectividad hacia la meta que nos es propuesta. Por eso, el autor de la carta a los Hebreos nos amonesta, diciendo: “despojémonos del lastre que nos estorba, en especial del pecado que nos asedia, y corramos con perseverancia la carrera que tenemos por delante” (He. 12:1).

C. Stacey Woods: “Cuando el cristiano peca, se interrumpe su relación con Dios. Esto no quiere decir que haya perdido su vida en Cristo, sino que no puede tener comunión con Dios. Esta comunión solamente puede ser restablecida mediante la confesión del pecado—una confesión tan individual y específica como el pecado mismo—una confesión que reconoce el pecado como lo mira Dios, y lo llama por el nombre que Dios usa para él—ya sea la mentira, la codicia, la envidia, la falta de amor, la impureza de palabra, de pensamiento y de hecho. Para allegarnos a Dios con fe y con sinceridad, debemos hacer una confesión completa de todo pecado.”⁷⁰

La oración es relajación

Cuando la oración se interpreta como mero hecho ritual u obligación religiosa se corrompe y termina en agotamiento, inseguridad, incertidumbre y rutina sin sentido. Pero cuando pensamos de la oración como una pausa confiada en los brazos de Aquél que no sólo nos escucha sino que está presto a respondernos, la oración se transforma en una fuente de paz y confianza. Las palabras de Jesús en [Lucas 11:5–13](#) nos animan a considerar a la oración no como una obligación religiosa, sino como una vía legítima para apropiarnos de las

⁷⁰ C. Stacey Woods, *El tiempo devocional* (San José, Costa Rica: Editorial Caribe, 1964), 15, 16.

maravillosas promesas del Señor. No hay una sola súplica que haya brotado de nuestros corazones rendidos al señorío de Cristo, que haya caído en saco roto o se haya perdido en el vacío de la indiferencia por parte del Señor. Podemos relajarnos y confiar en que él siempre escucha nuestros ruegos y siempre responde a los mismos.

John White: “La esencia de nuestra relación con Dios no está en lo que obtenemos en términos de seguridad personal o prosperidad material, sino en nuestra comunión con él y en nuestra paz mental. Usted puede tener absoluta seguridad física, y sin embargo carecer de paz.”⁷¹

La oración es redención

La oración es capaz de operar el milagro más grande de todos, que es el de liberarnos de nosotros mismos. De hecho, si la oración es auténtica, no nos oramos a nosotros mismos (como el fariseo de la parábola de Jesús), sino al Padre. Y cuando lo hacemos, salimos de nuestra soledad y aislamiento para entrar en estrecha comunión con Aquel que nos oye. Ahora podemos hacer frente a las dificultades, las decisiones, las desilusiones, y los deseos no desde el vacío de nuestra soledad, sino redimidos de ella por la oración. Y lo hacemos en compañía del Señor que no nos abandona. Las cosas que antes nos ataban y oprimían, ahora se han ido deshaciendo y disolviendo por el poder de la oración.

La oración es regocijo

No hay una fuente mayor de gozo para el cristiano que saberse amado por un amor tan grande como el amor de Dios. La oración nos introduce a la esfera de su amor y nos permite respirar su aroma suave y profundo. Cuando a través de la lente de la oración podemos contemplar la grandeza del amor y misericordia de Dios por nosotros, no podemos menos que llenarnos de esa alegría desbordante, que es el gozo cristiano. El salmista estaba convencido de que era así, por eso afirmaba su fe, diciendo: “Me llenarás de alegría en tu presencia, y de dicha eterna a tu derecha” (*Sal. 16:11*). Nótese que es en la presencia del Señor y a su derecha que se encuentra la fuente de este gozo. Y estas imágenes bíblicas no son otra cosa que expresión de la experiencia de profunda oración y comunión con el Señor a través de la oración.

E. Stanley Jones: “Hay gozo en el corazón de la oración—el gozo de saberse en posesión de la respuesta a cuanto pueda acontecer. El corazón que ora es un corazón confiado, no confiado porque se haya hipnotizado a sí mismo, sino por la comprensión de que todo cuanto pueda acontecer será superado, vencido y utilizado. Una versión distinta traduce de la siguiente manera el conocido versículo (*Sal. 91:1*): ‘El que escoge el lugar secreto del Altísimo como su habitación permanente estará siempre en contacto

⁷¹ White, *Oración*, 34.

con la omnipotencia de Dios.’ Este es el secreto de nuestra hilaridad interior. Puedes reír a la vida porque tienes fuerzas de sobra para enfrentarla.”⁷²

EJERCICIO 20

“Clama a mí y te responderé.”

Lee [Jeremías 33:3](#) y completa los espacios en blanco con frases del texto, que ilustren la id

1. Se nos ordena orar:
2. Se nos promete una respuesta:
3. Se nos anima a tener fe:

CAPÍTULO 3

Cómo orar

En casi todas las áreas de nuestra vida cristiana, los creyentes generalmente demostramos ser más efectivos en nuestra teoría que en nuestra práctica. No tenemos mayores problemas en la verbalización de nuestra fe, pero nos cuesta mucho vivir la fe con todas sus consecuencias. Siempre la praxis cristiana es más complicada que la doctrina cristiana. Los cristianos no hemos encontrado mayores dificultades en elaborar una ortodoxia adecuada (un creer correcto), pero si hemos enfrentado conflictos a la hora de manifestar una ortopraxis efectiva (un hacer correcto). La oración es una de las áreas de la vida cristiana donde esto es bien cierto. Sabemos bastante bien qué es la oración, pero no tenemos muy claro cómo orar.

Jack Taylor: “Si volviera al pastorado otra vez, trabajaría con mi pueblo sobre maneras específicas de desarrollar nuestro tiempo con Dios. A menudo hablamos sobre cómo una persona debería usar su tiempo a solas con Dios; sin embargo, un gran porcentaje de cristianos entra en su lugar de oración buscando la presencia de Dios y no sabe qué hacer. Ora en voz alta, pero como no están acostumbrados a oír su voz cuando están a solas,

⁷² Jones, *El camino*, 227.

resulta en algo nuevo e incómodo para ellos.”⁷³

Es interesante que cuando los discípulos interpelaron a Jesús en cuanto al tema de la oración, no le pidieron una definición de la misma o una explicación sobre su carácter, sino que simplemente le dijeron: “Señor, enséñanos a orar” (Lc. 11:1). Es decir, preguntaron sobre cómo orar de manera eficaz.

Benito Pérez Galdós: “Yo sé lo que es la oración: una súplica grave y reflexiva, tan personal, que no se aviene con fórmulas aprendidas de memoria; una expansión del alma que se atreve a extenderse hasta buscar su origen.”

Jesús nos enseña cómo orar. No es su intención que hagamos de la oración una suerte de cantinela interminable, sino que la transformemos en una experiencia única de comunicación con nuestro Dios. Si aprendemos de nuestro Maestro, a través de la labor docente del Espíritu Santo, cómo comunicarnos con el Padre en oración, habremos descubierto la clave para una vida cristiana victoriosa y un ministerio fructífero en el reino. En este capítulo prestaremos atención a algunos de los elementos más importantes, que pueden ayudarnos a desarrollar una oración de poder. Cada uno de estos elementos es una respuesta al interrogante básico de este capítulo: ¿cómo orar?

EJERCICIO 21

Orar es “acercarse al trono de la gracia” (Hebreos 4:16).

Colocar la letra que corresponda.

Jesús nos enseñó que debemos orar con ...

- | | |
|-------------------------|-----------------|
| Reverencia humilde. | A. Mateo 6:5. |
| Constancia persistente. | B. Mateo 6:6. |
| Obediencia sumisa. | C. Mateo 6:9. |
| Expectativa enorme. | D. Mateo 6:7. |
| Confianza ilimitada. | E. Mateo 6:8. |
| Sinceridad profunda. | F. Mateo 7:7-8. |
| Intimidad confiada. | G. Mateo 6:10. |
| Actitud perdonadora. | H. Mateo 21:22. |

⁷³ Taylor, “La oración,” 84, 85.

Espontaneidad práctica. I. Marcos 11:25.

Certeza confiada. J. Lucas 18:1.

EN EL NOMBRE DE JESÚS

Jesús fue bien claro en su enseñanza en cuanto a la oración y la manera de practicarla. El primer elemento que él enfatizó en cuanto al método de la oración fue el uso de *su* nombre en la misma. “Cualquier cosa que ustedes pidan *en mi nombre*, yo la haré; así será glorificado el Padre en el Hijo. Lo que pidan en mi nombre, yo lo haré” (Jn. 14:13–14).

¿Qué significa orar en el nombre de Jesús?

La raza humana está quebrada en cuanto a su justicia delante de Dios. Una persona puede tener algo de dinero, pero ser insolvente. El ser humano puede tener algo bueno de lo que jactarse delante de los demás, pero no puede estar de pie ante la justicia de Dios. Delante de él, todos somos *culpables*. Dios no sólo ve nuestras acciones y palabras, sino también discierne los pensamientos e intenciones del corazón. Delante de él, todos somos *pecadores*. Nuestra justicia natural está teñida de pecado y es inaceptable para él, cuya esencia es la santidad. Delante de él, todos somos *inmundos*. El profeta sintetiza nuestra condición humana frente a Dios de la siguiente manera: “Todos somos como gente impura; todos nuestros actos de justicia son como trapos de inmundicia. Todos nos marchitamos como hojas: nuestras iniquidades nos arrastran como el viento” (Is. 64:6).

El ser humano no tiene méritos guardados con los cuales pueda comprar el favor de Dios. Por eso, el ser humano no puede traer sus súplicas a Dios en su propio nombre y esperar una respuesta. Del mismo modo que alguien en bancarrota no puede presentar un cheque en el banco y esperar que se lo paguen, el ser humano pecador se muestra moral y espiritualmente insolvente frente a la santidad de Dios.

Pero hay Alguien que no está quebrado en cuanto a su justicia delante de Dios: Jesús. Él cumplió a la perfección con la ley santa de Dios. La Biblia testifica que “no tenemos un sumo sacerdote incapaz de compadecerse de nuestras debilidades, sino uno que ha sido tentado en todo de la misma manera que nosotros, aunque sin pecado” (He. 4:15). Y agrega: “Nos convenía tener un sumo sacerdote así: santo, irreprochable, puro, apartado de los pecadores y exaltado sobre los cielos” (He. 7:26). Es más, Jesús fue mucho más allá del mero cumplimiento de la ley y vivió una vida de “incalculables riquezas” (Ef. 3:8). Lo que nos llena de asombro es que él desea compartir estas riquezas incalculables con los seres humanos pecadores, que estén dispuestos a seguirlo con obediencia. Este es el sentido de lo que Jesús promete en Juan 14:14. Él promete hacer lo que le pidamos en su nombre, pero con una condición: “Si ustedes me aman, obedecerán mis mandamientos” (Jn. 14:15). Y aquí está la clave para el cumplimiento de la promesa “Lo que pidan en mí nombre, yo lo haré.”

Por eso, el Señor estableció una relación entre él y su iglesia, que se corresponde a la

comunidad de intereses que existen entre un esposo y su esposa, que se aman. En Adán fuimos desheredados, pero en Cristo somos hechos herederos. En Adán perdimos nuestro nombre y derechos, pero en Cristo recibimos su nombre y posición. Como esposa de Cristo podemos no tener un centavo y nuestros cheques no valen nada. Pero podemos tomar abundantemente de la fortuna de nuestro esposo y, en consecuencia, nuestros cheques serán honrados si tienen la firma de él. Cuando oramos, lo que hacemos es presentarle nuestros cheques para que él los firme. Por eso, oramos en su nombre.

Es la vida que permanece la que se torna en vida abundante, y esta vida es posible por el poder de la Palabra y la presencia del Espíritu Santo en nosotros. En la medida en que nos rendimos, confiamos y obedecemos, entramos en esta nueva experiencia de pedir “en su nombre,” y de recibir “muchísimo más que todo lo que podamos imaginarnos o pedir, por el poder que obra eficazmente en nosotros” (Ef. 3:20). Nuestra relación con Cristo es la única base sobre la que podemos esperar confiadamente tener una respuesta a nuestras oraciones.

Ahora, los creyentes no usamos el nombre de Jesús como un fetiche o un amuleto, como una fórmula mágica o una suerte de encantamiento milagroso. Nosotros pronunciamos su nombre con inteligencia. Lo hacemos entendiendo que el nombre representa la realidad del poder amoroso del Señor. De modo que cuando oramos al Padre en el nombre de Jesús, es como si Jesús mismo lo estuviese haciendo. Mi fe descansa confiada en el hecho de que ya no soy yo quien ora, sino Jesús mismo, porque me dirijo al Padre “en su nombre,” de parte de él. Además, oramos en el nombre de Jesús basados en las instrucciones precisas que nos proporciona la Palabra de Dios.

¿Por qué debemos orar en el nombre de Jesús?⁷⁴

La Palabra de Dios nos presenta varias razones por las que debemos orar en el nombre de Jesús.

Por un lado, debemos hacerlo porque Dios ha exaltado tanto a su Hijo, que le ha dado un nombre que es sobre todo nombre en el cielo, la tierra y el infierno (Fil. 2:9–11). Yo pronuncio su nombre con intrepidez para dominar a todos los otros nombres. Frente al nombre de Jesús (la realidad de quién es él y lo que él hace), todo poder natural o sobrenatural en este mundo se rinde. El nombre de Jesús es el único que puede salvarnos, es decir, hacer que nuestra vida sea plenamente humana, conforme al designio eterno de Dios (Hch. 4:12).

Además, todo lo que yo pido en su nombre él lo hará, para que el Padre sea glorificado en el Hijo (Jn. 14:13). Con toda confianza hablo en su nombre, para que el Padre sea glorificado. Hay una razón trascendente para que oremos en el nombre de Jesús, y es que cuando lo hacemos, la gloria de Dios encuentra la oportunidad de manifestarse. Quién es Dios y todo su poder se ponen de manifiesto toda vez que invocamos el nombre de su Hijo.

⁷⁴ En estos párrafos sigo en general a Don Gossett, *Lo que dices recibes* (Miami: Editorial Vida, 1983), 101.

Tercero, debemos orar en el nombre de Jesús ✎ simplemente porque esto es lo que nos indicó y prometió nuestro Señor. El dijo: “lo que pidan en mi nombre, yo lo haré” (Jn. 14:14). Yo sé que ese *algo* incluye la salvación, sanidad, suplir las necesidades, liberación, y toda otra cosa que consideremos importante para el cumplimiento del eterno propósito de nuestro Creador en Cristo Jesús. Si él nos ordenó orar así y nos hizo semejante promesa, ¿quiénes somos nosotros para desobedecer a Aquel a quien hemos aceptado como nuestro Señor?

Cuarto, debemos orar en el nombre de Jesús, porque él dijo que todo lo que le pidamos al Padre en su nombre, él nos lo va a dar (Jn. 16:23). No hay razón por la que no aceptemos la verdad de esta promesa. En realidad, si dudamos que esta promesa es de cumplimiento literal, entonces podemos dudar de cualquier cosa en relación con nuestro Señor y de él mismo como Hijo de Dios y Mesías verdadero. Cuando pedimos algo, debemos hacerlo siempre a nuestro Padre celestial, en el nombre de su muy amado Hijo.

Quinto, debemos orar en el nombre de Jesús, porque él dijo a sus discípulos (y nos dice también a nosotros hoy), que hasta ahora no hemos pedido nada en su nombre (Jn. 16:24a). Es interesante que, aun habiendo vivido toda una vida de oración efectiva, en el juicio de Jesús todavía no hemos empezado a orar en serio. Sus recursos son tan inagotables, que todas nuestras oraciones más poderosas y confiadas no pueden agotarlos. Por eso, él continúa diciéndonos que pidamos y recibiremos. Por si ya nos hemos cansado de tanto pedirle y de tanto recibir de él, nos anima a seguir haciéndolo en su nombre para que nuestro gozo sea cumplido (Jn. 16:24b). Nuestra alegría rebosa debido a las grandes y poderosas respuestas del Señor, cuando oramos en su nombre.

Sexto, con el apóstol Pedro, sin temor podemos declarar que no tenemos nada, pero que lo que sí tenemos es lo que podemos dar, y frente a las necesidades que nos rodean, ordenar la realización de la voluntad de Dios “en el nombre de Jesucristo de Nazaret” (Hch. 3:6). Esto no es usar el nombre de Señor como una fórmula mágica o una especie de “abracadabra.” Es expresar la certeza de que su presencia poderosa es real y que al orar recibimos una autoridad y poder sobrenaturales por estar fundados confiadamente en él.

Séptimo, debemos orar en el nombre de Jesús, porque al hacerlo estamos confesando nuestra sencilla fe en él. Es por su nombre y por esta confianza en su nombre que las personas pasan de muerte a vida, los enfermos son sanados y aquellos que han vivido en cautividad del diablo pasan a la libertad maravillosa de los hijos de Dios (Hch 3:16). No hay otro nombre en este lado de la eternidad, por el que los seres humanos podamos llegar a conocer una humanidad plena y una sanidad completa (Hch. 4:12).

Octavo, debemos orar en el nombre de Jesús, porque todo lo que hacemos, sea de palabra ✎ o de hecho, debemos hacerlo todo en el nombre del Señor Jesús, dando gracias a Dios Padre por medio de él (Col. 3:17). La instrucción de la Palabra de Dios es precisa, y como en cualquier otro caso, lo más sabio que podemos hacer es obedecerla. La apelación al nombre de Jesús no es opcional, cuando se trata de cualquier acción que emprendamos como hijos de Dios.

Noveno, debemos orar en el nombre de Jesús, porque al hacerlo liberamos un poder que de otro modo no encontraría oportunidad para expresarse. Ésta es la razón por la que podemos echar fuera demonios en el nombre de Jesús (Mr. 16:17). Si lo hiciéramos a nombre propio o a nombre de otro, correríamos el riesgo de que nos ocurra lo que les pasó a los siete hijos de Esceva (Hch. 19:13–16). La autoridad que tenemos sobre las obras de Satanás descansa en el poder que representa el nombre de Jesús.

Décimo, debemos orar en el nombre de Jesús, porque es en él que recibimos todas las cosas y es por él que lo mejor de Dios ocurre en nuestras vidas. De modo que nuestra gratitud y acción de gracias por todo lo que somos y recibimos de Dios deben ser dadas al Padre “en el nombre de nuestro Señor Jesucristo” (Ef. 5:20). El nombre de nuestro Señor es la clave para orientar nuestra gratitud y darle significado a nuestra acción de gracias.

Y, finalmente, debemos orar en el nombre de Jesús, pero no usando su nombre como un fetiche o un amuleto, como si fuese la varita mágica capaz de producir todo tipo de fenómeno asombroso y deslumbrante. Debemos apelar a su nombre sabiendo que el mismo representa “toda potestad ... en el cielo y en la tierra” (Mt. 28:18, RVR). No se trata meramente de un ejercicio de formalidad litúrgica ni de exigencia dogmática. El nombre de Jesús no es una fórmula religiosa que se supone debemos aplicar a la oración para que ésta merezca el calificativo de cristiana y la apreciación de ser completa. El nombre de Jesús significa poder para hacer realidad lo que pedimos, conforme a la voluntad de Dios.

EJERCICIO 22

En el nombre de Jesús.

Formar grupos pequeños para discutir brevemente el tema:

¿Qué significa orar en el nombre de Jesús?

Sacar conclusiones para compartir en plenario.

CON OBEDIENCIA

En 1 Juan 3:22–24, el apóstol nos comparte el secreto de la oración de poder, la oración eficaz que recibe respuesta: “recibimos todo lo que le pedimos porque obedecemos sus mandamientos y hacemos lo que le agrada.” Y amplía el concepto entrando en detalles: “Y éste es su mandamiento: que creamos en el nombre de su Hijo Jesucristo, y que nos amemos los unos a los otros, pues así lo ha dispuesto. El que obedece sus mandamientos permanece en Dios, y Dios en él. ¿Cómo sabemos que él permanece en nosotros? Por el espíritu que nos dio.”

La oferta gratuita de salvación que Dios hace a través de Cristo alcanza a todo el

mundo. A quienquiera que lo reciba, le es dado llegar a ser hijo de Dios. Pero no es sino hasta que se da este primer paso de obediencia, que podemos reclamar estas grandes y preciosas promesas de respuesta a la oración. Estas promesas son parte de la herencia de quienes son hijos de Dios a través de Cristo. “Todas las promesas que ha hecho Dios son ‘sí’ en Cristo,” dice Pablo (2 Co. 1:20). No podemos limitar la misericordia de Dios, pero es sólo en el nombre de Jesús y a través de sus méritos, que tenemos el derecho de demandar estas promesas delante de Dios. Pedro se refiere a los cristianos a quienes escribe como “los que por la justicia de nuestro Dios y Salvador Jesucristo han recibido una fe tan preciosa como la nuestra.” Y agrega: “Así Dios nos ha entregado sus preciosas y magníficas promesas para que ustedes, luego de escapar de la corrupción que hay en el mundo debido a los malos deseos, lleguen a tener parte en la naturaleza divina” (2 P. 1:1, 4). Las promesas de Dios y su cumplimiento nos pertenecen en razón de nuestra posición en relación con Dios.

Es el privilegio de cada hijo de Dios reclamar estas maravillosas promesas de respuesta a la oración, y de recibir constantemente lo que piden al Señor. Es parte de su derecho de nacimiento real como hijos de Dios. Pero puede ocurrir lo que ocurrió con los hebreos de la antigüedad, que por su desobediencia e incredulidad fracasaron en poseer buena parte de la tierra prometida, que era su posesión de parte del Señor. Pocos creyentes hoy gozan la experiencia constante de tener respuestas a la oración en sus vidas diarias, y en buena medida esto es debido a la presencia de la desobediencia en ellos.

La falta de respuesta a la oración se debe mayormente al pecado de un amor limitado a Dios y al prójimo, y la carencia de una profunda confianza en Dios. La falta de amor y de fe son cosas que contristan al Espíritu Santo. La falta de amor y de fe retarda e impide la obra de gracia del Señor en nuestros corazones. Es por esta obra de gracia que el Señor produce ese amor que resulta en el cumplimiento de la ley. Y es esa misma fe la que nos capacita para remover las montañas de las dificultades y descubrir las respuestas a nuestras súplicas al Señor.

John C. Maxwell: “Recibimos de Dios *porque* le obedecemos. Esa es la condición que debemos cumplir para poder acercarnos a Él en oración. Si vamos a desarrollar una creciente relación con Dios y llegar a ser personas fuertes en la oración, debemos obedecer. Mantenernos alejados del pecado no es suficiente. Tampoco la fe. Si nuestros labios confiesan que creemos, pero nuestras acciones no lo demuestran con un despliegue de obediencia, esto prueba la debilidad de nuestra creencia. La obediencia debe ser el resultado natural de la fe en Dios. Quien obedece a Dios, confía en Él y le obedece.”⁷⁵

No es suficiente que rindamos a Dios una obediencia temporaria o circunstancial, a fin de recibir de su mano alguna bendición deseada. La vida de poder consiste en una obediencia permanente a Dios, que se expresa a través de una rendición sincera y total (1 Jn. 3:22–24).

⁷⁵ Maxwell, *Compañeros de oración*, 65, 66.

Esta consagración es, primero, a buscar “primeramente el reino de Dios y su justicia” (Mt. 6:33). Segundo, a presentar al Señor nuestro cuerpo, nuestro tiempo, nuestros medios, nuestras oportunidades, y todo lo que somos y tenemos “como sacrificio vivo” (Ro. 12:1). Y, tercero, a dar al Espíritu Santo vía libre en nuestras vidas, para querer y hacer la voluntad del Señor en todo (Ef. 5:18).

Y al permitirle a él hacer su obra *en* nosotros, podemos pedir confiadamente, y él obrará *a través* de nosotros y *por* nosotros. Debemos confesar nuestro fracaso y desobediencia ante Dios y entrar más plenamente a la posesión de estas preciosas promesas, que se nos ofrecen en su Palabra. Recordemos que “Dios no escucha a los pecadores, pero sí a los piadosos y a quienes hacen su voluntad” (Jn. 9:31). Todos somos pecadores; pero hay pecadores que le desobedecen, y hay pecadores que hacen su voluntad. Seamos de los segundos y así nuestra oración será eficaz.

EJERCICIO 23

Remover las montañas.

Completar con pasajes bíblicos de apoyo la siguiente declaración:

La falta de respuestas a nuestra oración de cada día es el resultado del pecado, de un amor a Dios y al prójimo limitado, y de la carencia de confianza en el Señor. El pecado nos separa de Dios (). Estas cosas contristan al Espíritu Santo (), y retardan e impiden su obra de gracia en nuestros corazones, por la que él produce ese amor que es el cumplimiento de la ley (). Es esta fe la que nos capacita para remover las montañas de las dificultades ().

Pasajes: [Isaías 59:1-2](#); [Romanos 13:10](#); [Marcos 11:22-26](#); [Efesios 4:30-32](#).

CON FE

Suele ocurrir con frecuencia en la vida cristiana que las verdades más simples son las más difíciles de aprender. Quizás Jesús tenía esto en mente cuando les decía a sus discípulos: “Por eso les digo: Crean que ya han recibido todo lo que estén pidiendo en oración, y lo obtendrán” (Mr. 11:24). Parece un planteo simple, pero nosotros lo complicamos con racionalizaciones, justificaciones, excusas, distracción, o lo que es peor, incredulidad. Para evitar estas cosas y permitir a nuestra fe expandirse y expresarse en plenitud, a fin de que nuestras oraciones sean verdaderamente oraciones de poder, es necesario que reflexionemos acerca de la importancia de la fe en la oración.

Sólo Dios es supremo en poder, en sabiduría y en amor. En consecuencia, sólo Dios

debe ser el objeto supremo de la fe del ser humano. Pero desde que éste puso en dudas el amor y la veracidad de Dios (Gn. 3:4–5), los seres humanos hemos dejado de confiar en Dios. Como resultado, hemos comenzado a confiar en nosotros mismos, en los demás, en nuestras instituciones, y en los recursos que hemos inventado a través de la ciencia y la tecnología. Es a esta confianza mal colocada que se deben las mayores tragedias de la vida. Nuestra fe en lo más cercano y querido, en lo más noble y mejor, no tiene justificación, a menos que esté ligada a Dios, en primer lugar. Es imposible tener confianza (es decir, fe) en nada ni en nadie, a menos que nos apoyemos en el Señor. Fuera de él, todo lo demás es arena movediza.

Esto no nos quita, ni anula, ni deja de lado la confianza en la naturaleza humana y sus vastas posibilidades. Recordemos que en relación con ser humano y sus capacidades, la Palabra dice: “lo hiciste poco menos que un dios, y lo coronaste de gloria y de honra; lo entronizaste sobre la obra de tus manos, ¡todo lo sometiste a su dominio!” (Sal. 8:5–6). Pero no importa cuán bien dispuesto pueda estar uno ni cuán capaz sea para lograr algo, la naturaleza humana seguirá siendo débil y sujeta al fracaso, a menos que esté fortalecida por el poder del Dios eterno. La carne, por distinguida que sea, no puede hacer lo que Dios puede hacer.

Muchos que han dado el primer paso de fe al aceptar a Cristo como Señor de sus vidas y al confiar en él para el perdón de sus pecados, fracasan en el caminar diario de la fe. Fracasan porque no confían en el Señor. No descansan en la realidad de que él puede suplir las necesidades inmediatas y comunes de la vida. Fracasan porque no toman en cuenta las preciosas promesas del Señor en cuanto a que él oye y responde a nuestras oraciones.

La Palabra es bien clara al señalar que “sin fe es imposible agradar a Dios” (He. 12:6). Incluso la lectura de la Biblia carece de provecho si no se hace con fe. Como indica el autor de la carta a los Hebreos, tomando como ilustración la experiencia de los judíos: “porque a nosotros, lo mismo que a ellos, se nos ha anunciado la buena noticia; pero el mensaje que escucharon no les sirvió de nada, porque no se unieron en la fe a los que habían prestado atención a ese mensaje” (He. 4:2). Oír o leer la Palabra no es suficiente; hace falta hacerlo con fe. La fe es el ingrediente esencial de la vida cristiana. La fe, con la estampa de Cristo sobre ella, es la moneda que compra las bendiciones en el reino de los cielos. Esta moneda es aceptada como justicia en el banco del cielo. Es la falta de esta moneda la que empobrece la vida del creyente, paraliza a la iglesia, deshonra a Dios y retarda el establecimiento de su reino.

John Maxwell: “La falta de fe tiene un impacto increíblemente negativo en la vida del cristiano. Sin fe la oración carece de poder. Incluso Jesús no pudo realizar ningún milagro en Nazaret porque la gente no tenía fe (Marcos 6:1–6). ... La fe es realmente un asunto de confianza. Jesús dijo: “Y todo lo que pidieréis en oración, creyendo, lo recibiréis.” Las personas muchas veces son remisas a poner su confianza en Dios. Pero cada día confían en otros sin cuestionar, ostentando una fe que a Dios le agradaría recibir de ellos.”⁷⁶

Esta fe viviente y triunfante descansa en nuestro Salvador viviente y triunfante. Es el Cristo victorioso quien la inspira y sostiene. Él es su autor y consumidor. Es a través de la palabra que llegamos a conocerle, y es por este medio que nuestra fe es evocada. Es por el Espíritu Santo que lo vemos como real. Y a través de vidas rendidas al señorío de Cristo y a la influencia del Espíritu, y corazones obedientes a la Palabra, somos capacitados para ejercer esta confianza en nuestra vida diaria y vivimos “por la fe en el Hijo de Dios” (Gá. 2:20). Además, es por el ejercicio continuado de esta fe, que ésta se aumenta y madura, y nos capacita más y más para demandar las promesas de Dios cuando nos acercamos a él en oración.

EJERCICIO 24

La falta de fe.

Colocar el pasaje bíblico que corresponda:

Fe y duda:

Fe y temor:

Fe y enfermedad:

Fe y hambre:

Pasajes: Mateo 15:21–28; Santiago 1:6–8; Mateo 16:8–10; Mateo 8:25–26.

EN EL ESPÍRITU

Después de describir el pecado y la condenación de los impíos, Judas pasa a exhortar a los creyentes a la perseverancia en su corta carta. Marcando el contraste entre unos y otros, señala: “Ustedes, en cambio, queridos hermanos, manténganse en el amor de Dios, edificándose sobre la base de su santísima fe y orando en el Espíritu Santo, mientras esperan que nuestro Señor Jesucristo, en su misericordia, les conceda vida eterna” (Jud. 20–21).

Pablo A. Deiros: “Judas exhorta a orar ‘en el Espíritu Santo’ (ver Ef. 6:17–20). ¿Hay otra manera posible de hacerlo? Es el Espíritu el que nos habilita para orar ‘Padre nuestro que estás en los cielos...’ (Ro. 8:15–16). El Espíritu es también quien nos ayuda a orar como conviene e intercede por nosotros conforme a la voluntad del Padre (Ro. 8:26–27). En la literatura cristiana primitiva, la frase ‘en el Espíritu’ significa generalmente ‘bajo la inspiración o control del Espíritu Santo,’ y con referencia a la oración indica una oración en la que el Espíritu Santo suplente las palabras. Además, orar en el Espíritu es la única manera de ser edificados en una fe santa. De allí la necesidad

⁷⁶ *Ibid.*, 64.

de hacerlo continuamente (1 Ts. 5:17).”⁷⁷

Dios el Espíritu Santo ha estado presente en la relación de Dios con el ser humano desde el principio de la creación. Fue el Espíritu el que puso orden en el caos, cuando “iba y venía sobre la superficie de las aguas” (Gn. 1:2). Fue el Espíritu el que llamó a la humanidad al arrepentimiento en los días de Noé (Gn. 6:3). La relación del Espíritu Santo con el ser humano ha sido una realidad desde el momento mismo de su creación y a través de todas las experiencias de la raza hasta el presente.

Dios el Espíritu Santo ha estado también capacitando, fortaleciendo, dando sabiduría a sus siervos e inspirando sus escritos, que llegaron a ser las Escrituras. Como Dios en acción, el Espíritu ha estado manifestándose permanentemente a los seres humanos, dándoles a conocer la voluntad y propósito divinos. Pablo afirma que “toda la Escritura es inspirada por Dios,” y éste proceso de inspiración, redacción, transmisión, preservación, traducción, y difusión de la Palabra de Dios ha sido la obra maravillosa del Espíritu Santo. Él es quien transforma a la Palabra escrita en un instrumento “útil para enseñar, para reprender, para corregir y para instruir en la justicia, a fin de que el siervo de Dios esté enteramente capacitado para toda buena obra” (2 Ti. 3:16–17).

Además, Dios el Espíritu Santo ha sido el fundador de la iglesia y ha estado activo a lo largo de toda su historia. Él es quien convence a los seres humanos de sus pecados y los atrae a Cristo (Jn. 16:8–11). Él es también quien llama a las personas a salir del mundo y separarse para Dios como parte de su pueblo. El Espíritu es también quien consuela e instruye al pueblo del Señor. Así lo prometió Jesús y así es: “El Consolador, el Espíritu Santo, a quien el Padre enviará en mi nombre, les enseñará todas las cosas y les hará recordar todo lo que les he dicho” (Jn. 14:26). Él es quien da discernimiento espiritual y fortalece al ser interior. Por eso, Pablo oraba por los efesios que, “por medio del Espíritu y con el poder que procede de sus gloriosas riquezas, los fortalezca a ustedes en lo íntimo de su ser” (Ef. 3:16). Él es el poder que mora en el creyente, lo capacita para vivir la vida cristiana victoriosa y hace de su cuerpo un templo de Dios. Nuevamente, Pablo pregunta: “¿Acaso no saben que su cuerpo es templo del Espíritu Santo, quien está en ustedes y al que han recibido de parte de Dios? Ustedes no son sus propios dueños; fueron comprados por un precio” (1 Co. 6:19).

Dios el Espíritu Santo es el que inspira toda oración verdadera a Dios el Padre. Así como Cristo intercede *por* nosotros a la diestra de Dios, así el Espíritu intercede *en* nosotros y *a través* de nosotros, iluminando nuestras mentes para que pidamos conforme a la voluntad de Dios. Él es quien suple la fe en Dios que necesitamos para orar con confianza, y nos da también el amor hacia Dios y el prójimo que hace falta para que la oración sea efectiva. Como dice Pablo: “Así mismo, en nuestra debilidad el Espíritu acude a ayudarnos. No sabemos qué pedir, pero el Espíritu mismo intercede por nosotros con gemidos que no pueden expresarse con palabras” (Ro. 8:26).

⁷⁷ Deiros, *Santiago y Judas*, 371.

Michael Green: “¡Cuán formidablemente alentador es esto! Tenemos en el Espíritu un intercesor divino, que reside dentro de nosotros, que nos enseña a orar y que ora juntamente con nosotros. Quizá sea esta la razón por la cual raramente—si es que alguna vez—encontramos en el Nuevo Testamento una oración dirigida al Espíritu. El Espíritu Santo es aquella parte de la deidad que nos ha sido concedida para capacitarnos en la oración. La oración cristiana normalmente es ofrecida *al Padre mediante* el Hijo o ‘en su nombre,’ y ‘*en*’ o a insinuación del Espíritu.”⁷⁸

La oración imbatible es aquella que se eleva en el poder del Espíritu Santo. Pero si lo resistimos en rebeldía contra Dios, y lo contristamos al no perdonar a otros, y lo blasfemamos poniendo en duda o cuestionando su poder, y lo apagamos en nuestra incredulidad, nuestra vida de oración seguirá débil e inefectiva. Y seguirá así hasta que confesemos nuestros pecados y corrijamos nuestros caminos.

Pablo A. Deiros: “La oración no es simplemente un ruego temeroso y egoísta. La oración debe ser un acto de comunión espiritual con Dios. La oración debe ser para nosotros la apertura de nuestros corazones a la entrada del Espíritu, que conoce nuestras debilidades. La oración es, después de todo, la confesión de nuestra dependencia de un Poder superior. Y no podemos dejar de reconocer cuán esencial es la oración para nuestra edificación como templos de Dios. Sólo cuando hacemos un esfuerzo consciente por construir un carácter cristiano descubrimos cuánto dependemos del Espíritu Santo. Cualquier esfuerzo personal por mejorarnos va a fracasar. Pero si le permitimos al Espíritu hacer su obra, el resultado será maravilloso.”⁷⁹

EJERCICIO 25

Espíritu Santo y carácter.

Trazar una línea según corresponda:

Espíritu de sabiduría	1 Samuel 10:6.
Espíritu de juicio	Jueces 3:10.
Espíritu de fuerza	2 Pedro 1:19–21.
Espíritu de profecía	Éxodo 28:3
Espíritu de relación	2 Samuel 23:2.
Espíritu de inspiración	Jueces 14:6.

SEGÚN LA PALABRA

⁷⁸ Michael Green, *Creo en el Espíritu Santo* (Miami: Editorial Caribe, 1977), 118.

⁷⁹ Deiros, *Santiago y Judas*, 373, 374.

La fe evangélica se caracteriza por una firme convicción en que la Biblia es el registro inspirado de la palabra de Dios, y fuente autoritativa en cuestiones de fe y práctica. Los cristianos creemos que Dios nos habla a través de las palabras del texto sagrado, y que lo que dice es útil para ayudarnos a crecer y madurar como creyentes, mientras somos edificados en la fe. La Palabra de Dios es el alimento básico de la vida cristiana. Ella nos nutre y fortifica, de modo que podamos estar en condiciones de servir a Dios y al prójimo con toda fuerza, poder y autoridad.

Hay una relación bien estrecha entre la lectura de la Biblia y la oración. Ambos ejercicios espirituales funcionan como los dos cilindros de un motor, coordinando su fuerza para producir el movimiento. La Palabra es como el alimento, mientras la oración es como la respiración. Ambas son necesarias para el desarrollo de la vida cristiana normal. Sobre todas las cosas, la Palabra nos “da letra” para la oración, bajo la guía del Espíritu Santo. Es decir, así como el Espíritu nos dirige para orar como conviene, la Biblia nos ofrece las palabras adecuadas para hacerlo con efectividad.

Dietrich Bonhoeffer: “Orar sobre la base de la Palabra de Dios; a base de promesas. La oración cristiana se asienta en el principio firme de la Palabra revelada, y nada tiene que ver con deseos vagos, egoístas. Oramos a causa de la oración del verdadero hombre Jesucristo. Esto es lo que quiere significar la Escritura al decir que el Espíritu Santo ora en nosotros y por nosotros; que Cristo ora por nosotros; que sólo en nombre de Jesucristo podemos orar verdaderamente a Dios.”⁸⁰

Sobre todo, la cantidad enorme de promesas que están registradas en las páginas de ambos testamentos, es un material sumamente valioso para ayudarnos en nuestras oraciones. Y estas promesas encierran un poder de convicción y certidumbre que tonifica nuestras peticiones. Como dice Pablo: “Todas las promesas que ha hecho Dios son ‘sí’ en Cristo. Así que por medio de Cristo respondemos ‘amén’ para la gloria de Dios” (2 Co. 1:20).

Dios es bien claro cuando nos promete: “No violaré mi pacto ni me retractaré de mis palabras” (Sal. 89:34). Lo que él dice es cierto, y lo que él promete lo cumple. Su compromiso personal con los creyentes es: “Lo que he dicho, haré que se cumpla; lo que he planeado, lo realizaré” (Is. 46:11). La Biblia nos dice que Dios no puede mentir, y aquello que él ha prometido es lo que él va a cumplir. Por esto, la oración más segura es la que se apoya en las propias palabras y promesas del Señor, conforme han sido registradas en la Biblia, bajo la inspiración del Espíritu Santo. De allí que, cuando reclamamos una promesa que está en la Biblia y cumplimos con todas las condiciones que están indicadas para su realización, podemos tener certidumbre de que Dios va a responder no sólo a nuestra oración, sino especialmente a su propia palabra empeñada.

Ahora, es importante considerar a cada promesa exactamente como está escrita. Debemos tener cuidado de no aumentarla, distorsionarla, cambiarle el sentido, o desfigurarla

⁸⁰ Bonhoeffer, *Vida en comunidad*, 40.

para nuestra conveniencia. Leer entre líneas, especular con significados escondidos o misteriosos, y sacar las promesas de sus contextos es corromper la palabra de Dios. Y no sólo que no tenemos autoridad para hacer esto, sino que cometemos un pecado que ofende mucho al Señor. Debemos leer las promesas tal como están escritas. Debemos tomarlas seriamente como lo que son: compromisos formales de parte de Dios orientados a traer su bendición a nuestras vidas. La Biblia es un documento legal—es un testamento, un pacto, un compromiso formal—que expresa la voluntad de Dios a nuestro favor, en tanto estemos dispuestos a obedecerlo y someternos a ese acuerdo con él. Este testamento o pacto ha sido firmado con sangre, la sangre de Cristo, que es la sangre del nuevo pacto entre Dios y nosotros. En consecuencia, debemos tomar con seriedad lo que el testamento dice.

Si parte de una promesa menciona algo que nosotros debemos hacer, pues entonces, debemos hacerlo, para que cuando reclamemos el cumplimiento de esa promesa en oración, lo podamos hacer con pleno derecho. Muchas promesas son condicionales, es decir, Dios se compromete a hacer algo por nosotros, pero a condición de que nosotros hagamos algo por él. Sobre todas las cosas, las promesas de Dios demandan obediencia de nuestra parte. Dios no está obligado a cumplir con su parte del acuerdo, si nosotros no cumplimos con la nuestra, es decir, no estamos dispuestos a obedecerle.

John C. Maxwell: “Permítame enseñarle también cómo se ora sobre las Escrituras. Comience seleccionando un pasaje de la Biblia que le hable a su corazón sobre un asunto sobre el que quiere orar. Para orar por el pasaje solamente personalícelo mientras lo lee, aplicando su mensaje a usted mismo o a otra persona por la que está orando. Responda al pasaje mental, emocional y espiritualmente, y siéntase libre de detener la lectura y continuar orando según el Espíritu de Dios le inste a hacer. Descubrirá que cambia su vida. Cada vez que pide a Dios en oración que se cumplan sus promesas, Él le bendecirá de una manera especial. ... Una vez que haya aprendido a orar sobre las Escrituras y lo convierta en parte de su devocional regular, se le hará difícil *no* orar así cada vez que lea su Biblia. Descubrirá que cuando un versículo le causa una fuerte impresión, detendrá su lectura y lo aplicará a usted y a otros. Es realmente transformador.”⁸¹

EJERCICIO 26

Conforme a la Palabra de Dios.

Leer [Marcos 11:24](#) y completa los espacios en blanco con frases del texto que ilustren la idea expresada en cada caso:

Cuando oramos conforme a la Palabra de Dios, la oración es exitosa, porque...

⁸¹ Maxwell, *Compañeros de oración*, 49–50.

1. Tiene motivos definidos:
2. Expresa una actitud de dependencia:
3. Manifiesta una fe profunda:
4. Espera resultados concretos:

CON ESPECIFICIDAD

Muchas de nuestras oraciones caen en el vacío no porque Dios ignore nuestra necesidad o no esté dispuesto a satisfacerla. Pero sí porque en nuestra confusión y falta de guía del Espíritu Santo disparamos nuestras oraciones como cohetes o flechas sin rumbo, que terminan por no hacer blanco en ninguna parte. Llama la atención que frente a una necesidad bien evidente como la del ciego Bartimeo, Jesús le preguntara: “¿Qué quieres que haga por ti?” (Mr. 10:51). El Señor no se muestra redundante ni incapaz de darse cuenta de una necesidad humana por demás de clara, sino que desea que la criatura en necesidad sea específica en su pedido, para que él pueda responderle con la misma especificidad.

Nuestras oraciones deben ser específicas, como cualquier otro aspecto de nuestra vida cristiana y especialmente de nuestra relación con el Señor. Nuestra confesión será más provechosa si identificamos la desobediencia y el pecado que hemos cometido. El perdón de Dios es más inmediato y directo si mencionamos por nombre las faltas de las que el Espíritu nos convence. Nuestra acción de gracias será más auténtica si mencionamos nuestras bendiciones una por una y somos “agradecidos en todo” y con todo detalle. Nuestras peticiones serán más fervientes si pedimos por aquellas necesidades definidas que nos presionan en el momento, sin olvidar ninguna. Nuestra intercesión será más sincera si presentamos al Señor nombre por nombre a las personas que queremos que él bendiga. Nuestra alabanza y adoración será más bendecida si reconocemos al Señor en todos sus atributos y cada una de sus acciones a nuestro favor.

Dios ya conoce nuestros deseos. No oramos para informarlo sobre nuestra realidad y circunstancias humanas. Dios quiere que experimentemos una comunión íntima con él en oración. En realidad, oramos a fin de conocerle mejor a él. Oramos a fin de que nuestra respuesta en obediencia a él sea más concreta y comprometida. Oramos a fin de fortalecernos y servir mejor a otros. A lo largo de la Biblia encontramos a Dios honrando los pedidos específicos. Él sigue inclinando sus oídos y dice al creyente: “¿Qué quieres que haga por ti?” (Mr. 10:51).

EJERCICIO 27

Pedidos específicos.

Confeccionar una lista de pedidos específicos a la luz de los siguientes pasajes:

Mateo 5:44:

Santiago 5:16-18:

Santiago 1:5-6:

1 Juan 5:16:

Colosenses 4:3:

Dios se complace en responder a la oración específica. Puede parecer más sublime y santo comunicarnos con él en oración, pidiéndole que nos dé conforme él quiera, sin hacer pedidos concretos. Una voluntad sumisa será siempre agradable a Dios. Una voluntad así debe ser el telón de fondo de nuestras oraciones, un telón contra el que proyectemos nuestros pedidos específicos, según lo que él nos enseña en su Palabra. Las generalizaciones y vaguedades en la oración sólo resultarán en respuestas indefinidas e inefectivas. Una oración indefinida tendrá respuestas indefinidas, porque en el fondo una oración así expresa falta de fe o una fe débil.

La oración específica nos libera de malos hábitos en la oración. La pereza y la falta de compromiso y fe suelen vestirse de resignación. Esto no honra a Dios, ni nos trae consuelo ni resuelve los problemas ajenos. Jesús oró por cosas específicas, y haríamos bien en seguir su ejemplo. La historia bíblica y la historia del testimonio cristiano están llenas de ejemplos de respuestas específicas a oraciones específicas. Estos ejemplos continúan inspirándonos hoy. En razón de que Ana pidió y recibió un hijo, muchos cristianos han hecho lo mismo para gozarse con el mismo resultado (1 S. 1:26-28). Porque Isaac pidió y recibió una esposa, muchos cristianos han hecho lo mismo y han comprobado que Dios es un Dios de propósito (Sal. 37:4). Dado que la iglesia pidió y recibió la liberación de Pedro, muchos cristianos atravesando aflicciones y dificultades semejantes han hecho lo mismo, para volver a gustar del maravilloso poder del Señor (Hch. 12:5, 12).

La oración definida demanda un conocimiento profundo de la Palabra de Dios y una actitud de obediencia a ella. Esto presupone un andar fiel con el Maestro y la sujeción a su voluntad. Pero también presupone una búsqueda diaria de la llenura del Espíritu, a fin de que él limpie y renueve la vida. Además, esto presupone una transformación cotidiana de la vida conforme con su plenitud.

EJERCICIO 28

Oraciones específicas.

¿Qué fue lo que pidió a Dios de manera específica cada uno de los siguientes personajes bíblicos?

Jesús (Juan 11:40-42):

David (Salmos 51:12):

David (Salmos 86:15-16):

Ezequías (2 Reyes 20:2-5):

La iglesia (Hechos 4:29):

CON PACIENCIA Y PERSEVERANCIA

El ser humano es la más frágil de todas las criaturas que el Señor creó. Y lo es especialmente en el sentido moral y espiritual. La inconstancia, el cansancio espiritual, la flojera moral, el desánimo y la impaciencia muchas veces echan a perder nuestras mejores producciones y posibilidades. No es extraño, pues, que conociendo la naturaleza humana como la conocía, Jesús procurase alertar a sus seguidores sobre este peligro, especialmente en lo que hace a la práctica de la oración de poder. Según [Lucas 18:1](#), “Jesús les contó a sus discípulos una parábola para mostrarles que debían orar siempre, sin desanimarse.” Y les comparte la parábola de la viuda insistente frente a “un juez que no tenía temor de Dios ni consideración de nadie.”

¿Qué pasa cuando sentimos que hemos reunido todas las condiciones para recibir una respuesta a nuestra oración y ésta no viene? Después que hemos reunido las condiciones y reclamado la promesa en el nombre de Cristo, y todavía no recibimos respuesta a nuestra oración, ¿qué hacemos? ¿Qué hacer cuando todavía no cambian las circunstancias por las que oramos, no se ablanda el corazón ni se rinde la voluntad de aquellos por quienes intercedemos, no hay solución al problema que enfrentamos? No debes desalentarte, sino perseverar con fervor y paciencia, porque como dice [Hebreos 10:23](#), “fiel es el que hizo la promesa.” Esto es agradable a Dios y honra su nombre. Hay, pues, en la economía de Dios una secuencia de cumplimiento inexorable: Dios hace una promesa – la fe confía en ella y la toma – la esperanza se goza creyéndola – la perseverancia la hace real.

John White: “Para algunos [la perseverancia] significa confiar en que Dios nos dará la luz en medio de la confusión, que nos ayudará a entender su perspectiva, y a modificar nuestro punto de vista. Esa perseverancia en la oración no puede ser sino buena. Es el tipo de actitud que adoptó Abraham cuando el juicio de Sodoma. Pero para otros, *perseverar en oración* significa arremeter contra toda resistencia hasta doblegar a Dios mismo. Significa golpear con nuestros nudillos a las puertas del cielo hasta sangrar, y lograr que, finalmente, nos abran. Si esta clase de oración perseverante no fuera otra cosa que un ejercicio de vanidad o de masoquismo, no sería tan malo. Sin embargo, en la práctica, no sólo desanima a la persona que ora llevándolo a veces a la desesperación, sino que también deshonor a Dios.”⁸²

EJERCICIO 29

Oraciones con respuestas.

1. ¿Has reunido todas las condiciones para una oración con respuesta?

(Marca con X en cada caso).

He aceptado a Cristo como el Señor de mi vida.

He reconocido a Cristo como mi único y suficiente Salvador.

He confesado a Cristo delante de los demás como mi Señor.

He sido bautizado en su nombre y estoy sujeto en obediencia a él.

He escudriñado su Palabra y confirmado su voluntad en cuando a mi vida de oración.

He orado con fe y expectativa, siendo específico en mi ruego.

He sometido mi ruego a la voluntad soberana del Señor.

He agradecido por fe la respuesta del Señor.

He aguardado confiado la respuesta del Señor.

2. ¿Has recibido respuesta concreta a todas tus oraciones?

SI

NO

Leyendo las páginas del Nuevo Testamento podemos ver que hubo momentos en que hubieron de tomarse decisiones importantes, cuando estaban en juego grandes cosas. Frente a circunstancias así, los apóstoles, la iglesia primitiva e incluso el Señor mismo, ayunaron y oraron. Buscaron el rostro de Dios y persistieron en la oración hasta alcanzar la respuesta. Por cierto, esto no debe hacerse como un acto meritorio. Este fue el error de los fariseos, a quienes Jesús condena como hipócritas (Mt. 6:16). Por el contrario, la recomendación del Señor a sus seguidores es: “cuando ayunes, perfúmate la cabeza y lávate la cara para que no sea evidente ante los demás que estás ayunando, sino sólo ante tu Padre, que está en lo secreto; y tu Padre, que ve lo que se hace en secreto, te recompensará” (Mt. 6:17–18).

⁸² White, *Oración*, 35, 36.

Por otro lado, esto debe hacerse como un acto de contrición y sumisión al Señor. Para ello, es necesario que tengamos presente lo siguiente en cuanto a la oración paciente y persistente, especialmente cuando va acompañada de ayuno: (1) Debe ser en obediencia humilde a su Palabra. (2) Debe ser con el fin de asegurar un desapego más completo de toda influencia que distraiga. (3) Debe ser para contar con un tiempo sin interrupciones de oración y búsqueda de la Palabra (Joel 1:14). (4) Debe ser para pedir al Espíritu del Señor que nos escudriñe y nos revele cualquier pecado no confesado ni perdonado, cualquier raíz de amargura escondida o falta de perdón, cualquier pedido de disculpa no ofrecido o restitución no hecha, cualquier impedimento para el testimonio y la respuesta a nuestra oración (Joel 2:12). (5) Debe ser para enfrentar los desafíos de testimonio y servicio más compenetrados del poder de Dios (Mr. 9:28–29). (6) Debe ser para poder discernir más cabalmente la voluntad del Señor (Hch. 12:2–3). (7) Debe ser para poder acompañar decisiones importantes en total sujeción al Señor (Hch. 14:23).

José Ramón Caruci: “Necesitamos retomar el ayuno que le grada a Dios. El que se realiza con un corazón humilde delante de él buscando sinceramente su rostro. Cuando vamos a su presencia con el solo propósito de buscar comunión y no exaltarnos a nosotros mismos por la ‘hazaña’ de permanecer muchos días sin comer.”⁸³

EJERCICIO 30

Ejemplos de ayuno.

Colocar el pasaje que corresponda:

Moisés:

Israel:

Elías:

Esdras:

Daniel:

Cristo:

Pablo:

⁸³ José Ramón Caruci, *Ayuno: crecimiento y multiplicación* (Austin, Texas: Valley of Decision, 1998), 10.

Los líderes de Antioquía:

Pablo y Bernabé:

Cornelio:

Pasajes: Éxodo 34:28; 1 Reyes 19:8; Daniel 10:3; Hechos 14:23; Hechos 13:2-3; 1 Samuel 7:6; Esdras 10:6; Lucas 4:1-2; Hechos 9:9; Hechos 10:30.

No debemos olvidar con cuánta paciencia y bondad Dios ha esperado que nuestra pobre percepción espiritual captase la idea de una vida de obediencia a él. Quizás todavía somos renuentes en rendir nuestra voluntad en obediencia a él. Con muchas idas y venidas hemos aprendido poco a poco y de manera imperfecta a caminar el sendero de la fe. Sin embargo, él no nos forzó ni nos apuró ni nos obligó a obedecerle. Él ejerce la misma compasión y paciencia que nos pide a nosotros para nuestra oración, y debemos esperar con el mismo amor y paciencia con que él espera. En este sentido, es oportuno citar la amonestación del autor de la carta a los Hebreos, cuando dice: “Deseamos, sin embargo, que cada uno de ustedes siga mostrando ese mismo empeño hasta la realización final y completa de su esperanza. No sean perezosos; más bien, imiten a quienes por su fe y paciencia heredan las promesas” (He. 6:11-12).

En esta espera santa con el Señor y en el Señor se encuentra una de las lecciones más dulces de la vida de comunión con él. Estas lecciones son las que edifican y completan nuestras vidas cristianas como ninguna otra cosa lo puede hacer. Santiago dice: “Pues ya saben que la prueba de su fe produce constancia. Y la constancia debe llevar a feliz término la obra, para que sean perfectos e íntegros, sin que les falte nada” (Stg. 1:3-4). Suele ocurrir que mucho antes de que tengamos alguna evidencia exterior de respuesta a nuestra oración, recibimos por fe la seguridad interior de que hemos sido oídos y que viene la respuesta. Entonces, no queda en nuestro corazón oración alguna, sino una plegaria de alabanza y acción de gracias. Este triunfo de la fe generalmente precede a las grandes respuestas a la oración.

EJERCICIO 31

Paciencia y perseverancia.

Copiar los siguientes pasajes:

Salmos 27:13-14:

Salmos 40:1:

Salmos 33:18:

Salmos 62:5-8:

Isaías 40:29-31:

Isaías 64:4:

Recuerda que nuestro Señor siempre responde a la oración paciente y perseverante. Y él lo hace, porque así lo prometió. De labios de un abuelito, un niño recibió la promesa de un álbum para los sellos postales que coleccionaba. Pasó la Navidad y el regalo prometido no llegó. Un día, comentando con un amiguito los regalos recibidos en la Nochebuena, este pequeño le mencionaba varias cosas, y entre ellas: “Un hermoso álbum para sellos postales.” Su mamá, que lo escuchaba, lo corrigió. “Pero, si el álbum no te ha llegado.” “No”—contestó él con firmeza. “No ha llegado todavía, pero el abuelo me lo prometió, y sin ninguna duda llegará.” Así deberíamos pensar aquellos que somos como niños en Cristo Jesús, dando por seguras las promesas que él nos ha hecho.

CON EFICACIA Y PODER

En su carta universal, Santiago nos enseña que la oración de poder del justo es grandemente efectiva. Dice él: “La oración del justo es poderosa y eficaz” (Stg. 5:16). El participio *energouméne* (Gr. ενεργουμένη, “poderosa”) no es fácil de entender y traducir. Martín Dibelius lo entiende como un adjetivo y traduce “la oración vigorosa.”⁸⁴ Si se toma el vocablo como un participio modal o temporal en voz pasiva, el término significa “dotada de poder,” con la idea probable de que Dios o el Espíritu Santo es el agente, es decir, es una oración “llena del poder de Dios.” Si la expresión se toma en voz media, entonces significa que la oración es “ferviente,” “intensa” o quizás (como algunos lo interpretan) deba traducirse “en su actuación” o “en su obrar.” Es probable que el participio señale a Dios como el agente activo de la oración. En cuyo caso, la oración es poderosa, pero no la oración en sí misma, sino el Espíritu que la inspira y la respuesta de Dios a ella.

También es cierto que la oración eficaz (“ferviente” BJ, “perseverante,” o “intensa”) tiene mucha fuerza cuando obra o cuando es ejercida con poder. Así ocurrió en el caso de Elías, “un hombre débil como nosotros” (NBE), que oró con insistencia y ocurrió lo que pidió. Su oración resultó en una sequía de tres años y medio, y fue su oración la que le puso fin.

Pablo A. Deiros: “Santiago afirma: ‘La oración fervorosa del hombre bueno tiene mucho poder’ (VP). El versículo llama la atención al poder de la oración ferviente y constante. Nótese que este tipo de oración no es algo exclusivo de los grandes siervos de Dios, como el profeta Elías, sino que todos los hermanos en la comunidad pueden gozar

⁸⁴ Martin Dibelius, *A Commentary on the Epistle of James* (Filadelfia: Fortress Press, 1976), 256.

de este poder. Al fin y al cabo, Elías era un hombre como cualquier otro (v. 17), y no obstante, su oración fue muy poderosa.”⁸⁵

Cuando pensamos en una oración eficaz, hay algunas cosas dignas de notar respecto del poder de la oración.

La oración tiene poder cuando es fervorosa

Así fue la oración que resultó en la liberación de Pedro de la cárcel. [Hechos 12:5](#) dice que “los de la iglesia seguían orando a Dios por él con mucho fervor” (VP). Alejandro Maclaren, el gran predicador y expositor bíblico bautista del siglo pasado, dice sobre este caso: “No es la perseverancia sino el fervor lo que realmente está en la mente del que escribió este relato.” Así oraba Jesús en el Getsemaní ([Lc. 22:44](#)). Así oró Elías en la cumbre del monte Carmelo ([1 R. 18:36–37](#)). La oración fervorosa es la que está inflamada por el fuego del Espíritu Santo. Recuérdese que el aire frío queda abajo, y que sólo el aire caliente sube. Así es la oración eficaz. Como nos lo recuerda Gaspar Núñez de Arce, el poeta postromántico español: “Envuelta en sus flotantes vestiduras,/ volaba a las alturas, / virgen sin mancha, mi oración...”

Muchos creyentes consideran que el fervor espiritual es una expresión de emocionalismo barato. Es cierto que si no tenemos un adecuado balance en nuestras emociones podemos caer en excesos que resulten escandalosos y que lejos de resultar en la edificación de los creyentes terminen por lastimar la fe de algunos. Pero las emociones son parte legítima de nuestra personalidad y deben tener una participación activa en nuestra vida de oración. Una oración de poder será una oración llena del fuego del Espíritu Santo y se expresará con todo fervor emocional. De todos modos, las emociones son un medio de expresión y no un fin en sí mismo, y debemos cuidarnos de toda forma de emocionalismo.

John White: “Nunca es correcto armar artificialmente una especie de estado fervoroso. Eso es carnal. Sólo puede provocarnos la derrota. No nos lleva a ninguna parte. El resultado final será el orgullo espiritual o bien un profundo desánimo. Y aquí extraemos otro principio. No se aflija cuando no experimente emociones profundas en la oración. La fe es una actitud de la voluntad, que expresa: ‘Sea que sienta o no que Dios está allí, sea que sienta o no que él me oye, su Palabra me dice que él oye y contesta, y yo voy a confiar en eso’.”⁸⁶

La oración tiene poder cuando el que ora es justo

El adjetivo calificativo que utiliza Santiago ayuda a comprender por qué muchas personas que oran no reciben una contestación definida a sus oraciones. El justo es el que está

⁸⁵ Deiros, *Santiago y Judas*, 272.

⁸⁶ White, *Oración*, 36.

bien con Dios de una manera práctica y cuya conducta es agradable a los ojos del Señor. Se trata del creyente que guarda sus vestiduras sin mancha de este mundo y huye del pecado. Los oídos del cielo están atentos a la voz del tal, porque no hay barrera alguna que impida su comunión con el Dios que le ama. Elías era un hombre así, y por eso Santiago lo presenta como el ejemplo de lo que la oración ferviente del justo puede obrar. Aquel que tiene un corazón puro jamás cesará de orar; y aquel que sea constante en la oración, sabrá qué es tener un corazón puro.

La oración tiene poder cuando es constante

Esta es la exhortación apostólica: “Oren sin cesar” (1 Ts. 5:17). Debemos orar “en todo momento” (Ef. 6:18), sin interrupción (Col. 1:9), y “constantemente” (2 Ts. 1:11). ¿Qué significa esto? No se trata tanto de una secuencia temporal o de un ritmo cronometrable. Es más bien una actitud, es decir, la oración constante es la oración persistente. Así oró el profeta Elías: “insistentemente” (BJ, NBE). Debemos orar con insistencia y constancia, no para cambiar la voluntad de Dios, sino para cambiar nuestra voluntad y poco a poco conformarla a la suya, que es perfecta.

La oración tiene poder cuando se dirige a Dios

Parece ilógico pensar que pueda orarse a otro que no sea Dios. Pero a decir verdad, muchas veces oramos al aire o lo que es peor *oramos a nosotros mismos*. [Dietrich Bonhoeffer](#) dice que es posible hacer de la oración un espectáculo, no para los demás sino para nosotros mismos, “porque es muy tentador salir de nosotros mismos y contemplar nuestras oraciones como observadores. ... En tal caso estamos orando con nosotros mismos. ... Queremos decir nuestras oraciones y escucharlas al mismo tiempo, no conformándonos con que Dios las escuche y nos muestre a su tiempo que nos ha escuchado.”

EJERCICIO 32

El Señor nos escucha.

Completar el párrafo que sigue agregando las palabras que correspondan:

Recuerda que el Señor no nos escucha por la _____ de nuestras plegarias, ni toma en cuenta la cantidad de nuestras palabras. Él no nos va a escuchar por la _____ de nuestras oraciones, ni tendrá en cuenta la elocuencia del lenguaje con el que nos expresamos. Tampoco nos prestará oídos por la _____ de los ruegos, computándolos según su extensión o profundidad. No los valorará por su _____, atendiendo a nuestra

dulce voz o a nuestra melodiosa entonación. Dios no nos escuchará por la de nuestras peticiones bien razonadas, dispuestas y organizadas. El Señor nos escuchará y nos dará sus bendiciones en proporción a la de nuestras oraciones.

Palabras: geometría – lógica – musicalidad – aritmética – retórica – divinidad.

La oración de la iglesia debe ser a Dios. Oramos a Dios el Padre, en el nombre de Dios el Hijo, y en el poder de Dios el Espíritu Santo. Muchas veces Dios no responde nuestras oraciones simplemente porque no oramos a él sino que *oramos a los demás*. El lenguaje rebuscado, las fórmulas rimbombantes y los clichés espiritualoides son algunas de las pelucas con que pretendemos tapar la calvicie espiritual de nuestras oraciones. Ramón Gómez de la Serna, escritor español del siglo XX, nos advierte: “En la oración, la elocuencia se arredra y la retórica es un candil sin aceite. Caen sobre nosotros como pesadas piedras las palabras que se exceden y si tenemos conciencia, nos abruma haberlas dicho.”

La oración tiene poder cuando es definida

Así fue con la oración de Elías. El pidió “que no lloviese” y luego pidió lluvias. A veces Dios no responde a nuestras oraciones simplemente porque, como indicamos más arriba, oramos ambiguamente. No es que él no sepa qué es lo que nos conviene o qué es lo mejor conforme a sus propósitos. Pero sus mejores deseos no se pueden hacer realidad a menos que tengamos una adecuada sintonía de su voluntad para nuestras vidas. La oración eficaz no se entretiene en ambigüedades, sino que va al grano en la presencia del Padre, con la confianza que la especificidad del pedido va a encontrar especificidad en la respuesta (Lc. 11:10–12).

Pablo A. Deiros: “Sin embargo, conviene que se tenga presente que una respuesta negativa de Dios a nuestra oración también es una respuesta a la misma. No siempre Dios responde exactamente a lo que pedimos. Él nos ama y siempre nos da lo mejor, conforme a su voluntad. La idea de que Dios siempre nos da lo que pedimos, y si así no ocurre es porque no pedimos bien o hay pecado en nuestra vida, es una idea que se halla muy difundida en Hispanoamérica. Este concepto erróneo sobre la eficacia de la oración causa mucho daño, no solamente a la iglesia sino también a los creyentes individuales. El inválido que sigue inválido a pesar de sus muchas oraciones piensa muchas veces que esto es así por su falta de fe. Vale la pena recordar aquí la experiencia del apóstol Pablo (2 Co. 12:7–10) y especialmente el contraste en Hebreos 11 entre los que vivieron y triunfaron, y los que fueron destrozados y murieron, todos por la misma fe. Cuando el ruego es específico siempre tiene respuesta del cielo, cualquiera que ésta sea.”⁸⁷

⁸⁷ Deiros, *Santiago y Judas*, 274.

EJERCICIO 33

Hay ciertas razones que impiden la respuesta de Dios a nuestras oraciones.

Colocar el pasaje bíblico que corresponda:

Egoísmo:

Pecado:

Falta de perdón:

Pasajes: [Salmos 66:18](#); [Isaías 29:2](#); [Mateo 5:23-24](#); [Santiago 4:3](#).

EN COMUNIDAD

De todos los grandes maestros cristianos contemporáneos, probablemente uno de los más destacados ha sido [Dietrich Bonhoeffer](#). Su espiritualidad fue probada por la aflicción, ya que por resistir la obra del diablo en la Alemania nazi, terminó sus días en el cadalso después de un tiempo en prisión. En su libro *Vida en comunidad*, Bonhoeffer reflexiona sobre la importancia de la oración en comunidad, enfatizando la necesidad de no sólo orar juntos como cuerpo de Cristo, sino también de orar unos por otros como hermanos en él.

Orar en comunidad

Orar en comunidad es un gran desafío, y a veces resulta más difícil de llevar a cabo que el leer la Palabra o cantar en comunidad. Quizás sea así porque en la oración que hacemos cuando dos o tres de nosotros nos ponemos de acuerdo para pedir algo, somos nosotros mismos los que hablamos nuestra palabra. Cuando oramos a Dios como comunidad de fe, es nuestra palabra, nuestra oración la que se expresa en relación a nuestra vida y nuestras necesidades. En la oración comunitaria, lo personal e íntimo queda a un lado para priorizar lo que es común. Y si se trae algo personal como motivo de oración, de todos modos esa “cualquier cosa” que pedimos tiene que pasar primero por el proceso de ponernos de acuerdo sobre ello ([Mt. 18:19](#)).

En la oración comunitaria no hay lugar para el egoísmo ni el egocentrismo. Es como cuerpo de Cristo que nos acercamos al Señor con nuestras súplicas. Por eso, la oración comunitaria es la expresión más extraordinaria del altruismo cristiano. En este tipo de oración todo es común: las peticiones, las confesiones, las alabanzas, la adoración, la acción de gracias, la intercesión, la meditación, y todo se hace con alegría y confianza compartida.

[Dietrich Bonhoeffer](#): “Todo recelo mutuo, todo temor de orar delante de los demás con la libre palabra propia, puede dejarse de lado allí donde con toda sobriedad y sencillez la

oración fraternal común se eleva a Dios mediante uno de los hermanos. Más también puede y debe callar toda observación y crítica allí donde se ora con débiles palabras en nombre de Jesucristo. El orar en común es de hecho el aspecto más normal de la vida cristiana en común, y por bueno y útil que sea nuestro celo de conservar pura y bíblica la oración, no por ello debe sofocar la oración libre, necesaria; pues ella recibió una gran promesa de Jesucristo.”⁸⁸

Orar por la comunidad

La otra dimensión de la oración en común es orar por la comunidad. La primera condición indispensable para posibilitar la oración del individuo por la comunidad, son los ruegos de todos los demás por este uno y su oración. La intercesión de otros es la que mejor nos capacita para orar por ellos. En realidad toda oración en la comunidad de fe es mutua, es decir, oramos por la comunidad, pero al hacerlo es la comunidad la que ora. Quien se siente parte el cuerpo de Cristo, cuando ora por ese cuerpo, lo hace a partir de su propia participación en el mismo. Cuando compartimos la vida de la iglesia y conocemos sus aflicciones y problemas, sus anhelos y esperanzas, su alegría y gratitud, entonces estamos en óptimas condiciones para orar por ella. Cuando nos sentimos parte de la tarea en el reino y estamos comprometidos con la misión de la iglesia, nuestra oración en comunidad y por la comunidad adquiere una dimensión trascendente.

Es casi imposible orar por la comunidad con un corazón egoísta, centrado en las necesidades propias, y movido por intereses mezquinos. Quien ora por la comunidad lo hace como hermano entre hermanos. No confunde su propio corazón con el de la comunidad de fe y lo que ora es aquello que resulta del consenso colectivo y es del interés de todos. Esto no anula las inquietudes personales ni la particular orientación espiritual del individuo que ora. Pero su oración no es un estallido caótico de su propio corazón humano, sino el fruto de lo que todos están sintiendo. Éste era el clima espiritual en el aposento alto cuando fue derramado el Espíritu el día de Pentecostés: “estaban todos juntos en el mismo lugar” (Hch. 2:1) en obediencia al mandado de Jesús de que se quedaran en Jerusalén. Y allí, durante varios días, “todos, en un mismo espíritu, se dedicaban a la oración” (Hch. 1:14).

La agenda y el temario de la oración en comunidad y por la comunidad, además de ser dirigida por el Espíritu Santo, es definida por la propia comunidad. En un sentido bien real, cada comunidad cristiana es lo que ora. Uno puede hacer un diagnóstico de la condición moral y espiritual de una iglesia preguntándose por el contenido de sus oraciones. A su vez, la vida, la salud y la integridad de la comunidad de fe dependen en alto grado de su vida de oración en común. Como indica Bonhoeffer: “Una comunidad cristiana vive gracias a los ruegos que sus miembros elevan a Dios los unos por los otros; en caso contrario está destinada a perecer.”

⁸⁸ Bonhoeffer, *Vida en comunidad*, 57–58.

Dietrich Bonhoeffer: “La recitación de salmos nos enseña a orar como comunidad. Ora el cuerpo de Cristo, y como individuo comprendo que mi corazón es tan sólo una fracción íntima de la oración entera de la congregación. Aprendo a unirme a los demás en la oración del Cuerpo de Cristo. Esto me eleva por encima de mis peticiones personales y hace que ore sin egoísmo.”⁸⁹

Debemos confesar que el individualismo tan prevaleciente en nuestra cultura contemporánea, nos ha engañado de tal manera que nos cuesta pensar en el valor comunitario de la oración. Hemos llegado a tal punto en nuestra confusión, que consideramos que la única espiritualidad posible es la individual. Esto ha generado una espiritualidad sentimental, emocional, privada, intimista e individualista, que dista mucho de la espiritualidad que encontramos en la Biblia. Es cierto que la fe y la piedad de cada persona individual son importantes, pero ello no deja de lado la experiencia y expresión de la espiritualidad colectiva, especialmente en relación con la oración. Si las vivencias interiores de nuestra fe no pueden ser compartidas, recibidas y enriquecidas por otros, es muy difícil que puedan sobrevivir como vivencias sanas, positivas y edificantes. Cuando oramos, el pronombre personal “nosotros” y el posesivo “nuestro” tienen que ser más frecuente que “yo” y “mío,” si es que tales oraciones van a ser oraciones de poder.

Jack Taylor: “¿Qué es lo primero que aparece en la oración de Cristo? *Padre nuestro*. Lo que quiere significar que reconozco mi posición dentro del pueblo de Dios. Si tengo problemas con otros cristianos, si en el corazón hay animosidades que no han sido resueltas, si mi corazón está cerrado a algún hermano, no puedo ni siquiera empezar a orar. ... Por esta razón, cuando vienes a orar, Dios te va a recordar de alguien con el que has tenido dificultades y, en consecuencia, te sentirás con el corazón incómodo y el alma agitada. ‘¡Padre nuestro!’ Piensa en él como Padre y considera a la familia.”⁹⁰

CAPÍTULO 4

Por qué orar

¿Qué es lo primero que viene a tu mente cuando escuchas la palabra “oración”? Muy probablemente, como ocurre con la mayoría de los cristianos, la imagen o concepto que aparece es la de una “actividad religiosa” de cumplimiento necesario y debido. En general, los cristianos somos muy aplicados a la “hora de la oración,” pero nos cuesta entender que la

⁸⁹ *Ibid.*, 42.

⁹⁰ Taylor, “La oración,” 91.

oración debe ser a toda hora. Si hay una hora para la oración, como dicen los españoles, respecto a las demás horas decimos “ahora no estamos en Misa.” La oración es para el día del Señor, para resonar entre las paredes del templo, para ocuparnos cuando nos dedicamos a las “cosas espirituales.”

Tal parece que aplicamos el mismo criterio al contenido de nuestras oraciones. Hay temas de oración que son frecuentes. Pero hay otros que directamente brillan por su ausencia, por la razón que sea. Hemos desarrollado una suerte de actitud maniquea, que separa lo sagrado de lo profano. Y esta actitud termina por aislar la oración de la realidad y desarrolla un cristianismo celeste, ajeno al mundo, que termina por producir una fe sin nervio y una vida sin alma. Es como que se nos olvida que la oración tiene que ver con la vida, y que todo lo que sea vital para la vida humana no es ajeno a la oración.

De igual modo, si no queremos que nuestras oraciones sean expresión de una fe muerta y un cristianismo embalsamado, es necesario que Dios esté presente y activo en la oración. Es posible recitar una oración “sin Dios,” y hacer de ella una inercia vital, así como a los cadáveres sigue creciéndoles el pelo y las uñas. Es posible orar en la más aterradora ausencia de Dios. De allí que, lo primero que debemos hacer es meter al Señor en nuestras oraciones. Ésta es la única manera de conseguir que esta palabra “oración” no siga sonando en nuestros oídos como una palabra vieja, ritualista, carente de sentido y vacía. Es necesario aprender a orar en la calle, llevar la oración a la vida y llevar la vida a la oración.

Para ello, es de fundamental importancia comprender por qué oramos. Nuestra agenda de oración define, en buena medida, el carácter de la misma y su efectividad y poder. En otras palabras, dime por qué oras y te diré quién eres. En este capítulo intentaremos considerar algunos de los temas de oración que pueden ayudarnos a hacer de la misma una oración de poder. No se trata de orar por cualquier cosa, sino por aquello que realmente vale la pena orar. Como Alejandro Solyenitzin, el conocido escritor ruso le hacía decir a uno de sus personajes: “No hay que pedir en las oraciones un paquete o una porción extra de sopa. Lo que los hombres colocan más alto es abominable a los ojos del Señor. Hay que rogar por el alma, para que el Señor aparte nuestro corazón del mal.” Así, pues, ¿por qué cosas orar?

POR CUALQUIER COSA DENTRO DE LA VOLUNTAD DE DIOS

La garantía más segura de respuesta a nuestras oraciones es cuando éstas son expresión de la voluntad de Dios. El apóstol Juan nos enseña que: “Ésta es la confianza que tenemos al acercarnos a Dios: que si pedimos conforme a su voluntad, él nos oye. Y si sabemos que Dios oye todas nuestras oraciones, podemos estar seguros de que ya tenemos lo que le hemos pedido” (1 Jn. 5:14–15).

John White: “¿Qué de las súplicas al estilo ‘Si es tu voluntad...’? ... La oración tiene que ver con el cumplimiento de la voluntad de Dios. Él nos llama a la oración para que podamos colaborar con él en el cumplimiento de su voluntad, o para que amplíemos nuestra percepción de su persona. Pero la frase ‘si es tu voluntad’ es a menudo una

forma de escapismo. Implica no llegar a un acuerdo con Dios. No me tomo la molestia de averiguar cuál es la voluntad de Dios, ni tengo que ejercitar mi fe en el carácter del Dios invisible, que obra milagros cuando los hechos parecen insuperables. ‘Si es tu voluntad’ es, a veces, un gesto de pereza disfrazado de reverencia; o una actitud de abandono, como la que expresa el dicho popular: ‘Lo que será, será’.⁹¹

EJERCICIO 34

¿Cómo describe la Biblia a la voluntad de Dios?

Colocar la letra que corresponda utilizando la versión RVR:

Agradable	A. Romanos 9:18-19
Buena	B. Santiago 1:18
Irresistible	C. Salmos 40:8
Agradable y perfecta	D. Apocalipsis 4:11
Amorosa	E. 1 Juan 5:14
Misteriosa	F. Efesios 1:11
Con designio	G. Miqueas 7:18-19
Santificadora	H. Salmos 69:13
Regeneradora	I. Efesios 1:9
Creadora	J. 1 Corintios 12:11, 28
Soberana	K. Hebreos 10:10
Misericordiosa	L. Romanos 12:2
Generosa	M. Efesios 1:4-5

Dios tiene un plan para todas las cosas. El sol tiene su órbita, las estrellas su curso, y la iglesia su misión. Dios tiene un plan para la vida de cada creyente. David tenía esta firme convicción, cuando decía: “Señor, tú me examinas, tú me conoces. Sabes cuándo me siento y cuándo me levanto; aun a la distancia me lees el pensamiento. Mis trajines y descansos los conoces; todos mis caminos te son familiares” (Sal. 139:1-3). Dios es omnisciente y esto es

⁹¹ White, *Oración*, 20.

más que simplemente afirmar que él sabe todas las cosas. Su conocimiento absoluto hace que él tenga un propósito eterno para cada vida humana que ha creado. Y no sólo para tu vida como un todo, sino también para cada día de tu vida.

A lo largo de la senda de la obediencia a la voluntad de Dios se encuentra el destino mayor del ser humano. Es allí donde está el secreto de su desarrollo más pleno, su contribución más grande al prójimo, su servicio más sublime y más santo a Dios, y su recompensa más rica. El salmista evidentemente habla de su experiencia personal, cuando dice: “Me has dado a conocer la senda de la vida; me llenarás de alegría en tu presencia, y de dicha eterna a tu derecha” (Sal. 16:11). Esta expresión es similar a la del apóstol Pablo en Efesios 2:10: “Porque somos hechura de Dios, creados en Cristo Jesús para buenas obras, las cuales Dios dispuso de antemano a fin de que las pongamos en práctica.”

La Palabra de Dios nos presenta los grandes principios por los cuales vivimos. Pero hace algo más. Por su enseñanza y sus ejemplos podemos conocer la voluntad de Dios en cuanto a las cuestiones ordinarias de la vida. De hecho, Pablo nos enseña que conocer la voluntad de Dios es lo opuesto a una actitud de necedad y una expresión de sabiduría. “Por tanto, no sean insensatos, sino entiendan cuál es la voluntad del Señor” (Ef. 5:17). Para el gran apóstol el conocimiento de la voluntad divina era fundamental para el desarrollo espiritual personal y comunitario. De allí que fuese también su motivo de oración intercesora por excelencia, como en el caso de los colosenses: “Por eso, desde el día en que lo supimos no hemos dejado de orar por ustedes. Pedimos que Dios les haga conocer plenamente su voluntad con toda sabiduría y comprensión espiritual, para que vivan de manera digna del Señor, agradándole en todo. Esto implica dar fruto en toda buena obra, crecer en el conocimiento de Dios y ser fortalecidos en todo sentido con su glorioso poder” (Col. 1:9–10).

Dios promete sabiduría y dirección para las decisiones cotidianas, a todos los que las pidan con fe y estén dispuestos a obedecerlo en todo. Por eso, como dice Santiago, “si alguno de ustedes le falta sabiduría, pídasela a Dios, y él se la dará, pues Dios da a todos generosamente sin menospreciar a nadie. Pero que pida con fe, sin dudar, porque quien duda es como las olas del mar, agitadas y llevadas de un lado a otro por el viento” (Stg. 1:5–6). Rara vez el conocimiento de estos planes de Dios para nuestras vidas viene como un todo (como un paquete), sino que día a día Dios ordena los pasos de sus hijos que confían y obedecen.

Samuel Chadwick: “La oración está llena de contradicciones aparentes. Es tan simple, que un niño puede orar, y es tan profunda que el más sabio no puede explicar su misterio. Es tan fácil, que aquellos que no tienen fuerzas pueden orar, y es tan demandante que agota todo recurso de energía, inteligencia y poder. Es tan natural, que no necesita que se la enseñe, y está tan lejos más allá de la naturaleza que no puede ser aprendida en la escuela de la sabiduría de ese mundo. La oración es un mundo en sí misma, y ningún aspecto de los símiles de la vida la puede explicar. La relación de Padre e hijo tiene significados más grandes en la Verdad Revelada que en nuestra

concepción moderna. Jesús habló de Él como el Padre Celestial, Santo y Justo.”⁹²

La vida de Cristo es el ejemplo supremo de alguien perfectamente en armonía con la voluntad de Dios. Con el poder de su fuerza nosotros también podemos caminar en esa voluntad de Dios buena y perfecta. Para quienes así lo hacen es aquella promesa, que dice: “Y todo lo que pidan en mi nombre, lo haré.”

Ahora, Dios no fuerza arbitrariamente su voluntad sobre nadie, sino que espera una obediencia amorosa y voluntaria. Las oraciones de sus hijos juegan un rol importante en el cumplimiento de su voluntad en sus vidas y en las vidas de aquellos por quienes oran. No nos acercamos a suplicar un favor a un Dios renuente, sino a un Padre bueno y amoroso, que está deseoso de que sus hijos oren en conformidad con su más sublime voluntad para con ellos. Un Padre que está dispuesto a hacer todo más abundantemente de lo que pedimos o entendemos. La oración, pues, no es una manera de alterar la voluntad de Dios, sino de cumplirla.

John White: “La lucha entre Jacob y el Señor no debiera describirse como una esforzada pelea de parte de Jacob para obtener algo de Dios. Es importante advertir esta diferencia. Si usted se acerca a Dios decidido a orar hasta obtener una respuesta, como si el éxito de la oración dependiera de su determinación y su esfuerzo, es muy probable que termine totalmente descorazonado.”⁹³

Nosotros podemos fallarle a Dios, pero él no nos falla a nosotros. Él incluso nos toma cuando estamos fuera de su sublime voluntad para nuestras vidas, y nos bendice tanto como puede, pasando por alto nuestros pecados y fracasos, para humillarnos y traernos de vuelta al lugar de bendición. Incluso los pecados deliberados de los impíos y las circunstancias más negativas de la vida pueden cooperar para el bien de aquellos que le aman y son llamados conforme con su propósito (Ro. 8:28). Sólo Dios puede sacar lo bueno de lo malo (Gn. 50:20). Sólo él puede hacer que toda circunstancia resulte para bendición de sus hijos. En la medida en que nuestras vidas se conformen a la voluntad de Dios y nuestras oraciones se alineen con sus buenos propósitos, nuestro poder en la oración aumentará.

EJERCICIO 35

Dios promete responder a nuestras oraciones.

En la lista de pasajes que sigue, subrayar aquellos que indican respuestas prometidas a la oración:

Salmos 91:15

Isaías 41:17

Isaías 58:9

Jeremías 8:20

Mateo 6:10

Isaías 65:24

⁹² Chadwick, *The Path of Prayer*, 53.

⁹³ White, *Oración*, 35

Mateo 25:10

Zacarías 13:9

Jeremías

33:3

Lucas 11:9

Juan 14:14

Marcos 4:5

No obstante, debemos tener en cuenta que hay razones que impiden la respuesta de Dios. El egoísmo es una de ellas. Santiago afirma que una de las razones por las que no recibimos lo que pedimos es porque pedimos con motivos equivocados. Generalmente, estos motivos equivocados no son otros que el deseo egoísta de ver alcanzados nuestros propios intereses o satisfecha nuestra apetencia de placer o satisfacción (Stg. 4:3). De hecho, la presencia del pecado en nuestras vidas es otra razón por la que nuestros ruegos caen en el vacío. Si estamos abrigando pecado en nuestros corazones, es imposible para el Señor oírnos. Nuestro pecado habla más fuerte que nuestra piedad delante de Dios (Sal. 66:18). En otros casos, la distancia que el pecado crea entre nosotros y nuestro Padre celestial hace que él no pueda escucharnos. Al alejarnos de Dios por la presencia del pecado en nosotros, es como si nos perdiéramos en nuestro desvarío y el rostro del Señor nos parece remoto, distante, inalcanzable (Is. 59:2). La falta de perdón es otra razón por la que la respuesta de Dios no nos llega. La falta de reconciliación con aquellos que nos han ofendido o con quienes tenemos algún conflicto es una barrera que echa por tierra cualquier posibilidad de respuesta por parte del Señor (Mt. 5:23–24).

Don Gossett: “Recuerda que Dios ha prometido *lo que* él hará, pero él no ha prometido *cuando* él lo hará—sin embargo, ¡él siempre ‘lo’ hace oportunamente! Los resultados deseados pueden llegar inmediatamente. Pero en otra ocasión—pueda que no lleguen. La Biblia llama a este período de espera ‘la prueba de nuestra fe,’ y dice que eso ‘produce paciencia’ (Santiago 1:3), y que es ‘mucho más preciosa que el oro, que es perecedero’ (1 Pedro 1:7). Pero no temas, solamente cree, y Dios hará que el resultado deseado llegue en el momento perfecto en que él lo ha dispuesto.”⁹⁴

POR LAS NECESIDADES PROPIAS

A veces dudamos de presentarnos delante del Señor en oración con pedidos personales, o por lo menos, nos parece que este tipo de ruegos son menos piadosos o de menor rango espiritual. En buena medida, para evitar el extremo de algunos que no hacen más que pedir cosas a Dios, como si fuese Papá Noel o los Reyes Magos, nos vamos al otro extremo de no pedir nada, “para no molestarlo por estas cosas.” Sin embargo, Jabés en su famosa oración no pensó así, sino que fue bien específico en su petición: “Jabés le rogó al Dios de Israel: ‘Bendíceme y ensancha mi territorio; ayúdame y líbrame del mal, para que no padezca aflicción.’ Y Dios le concedió su petición” (1 Cr. 4:10). En la Biblia encontramos muchos otros ejemplos de hombres y mujeres que fueron bien específicos en presentarle al Señor sus

⁹⁴ Gossett, *Lo que dices, recibes*, 185.

necesidades personales de todo tipo.

José Young: “No hay nada de vanidad en pedir por nosotros mismos. Pablo mismo lo hizo (2 Co. 12:8). La vida del discípulo es una vida de dependencia: Dios no nos llama para que seamos agentes independientes sino para que aprendamos a vivir una permanente relación con él, y esa relación tiene que ver con *todos* los aspectos de la vida. Tiene que ver con el trato entre nosotros y nuestros familiares e hijos, con nuestros estudios o trabajo, con el lugar donde vivimos, con lo que hacemos con nuestro dinero, con la manera en que pasamos nuestras vacaciones, con *todo*. Ya que no hay aspecto de nuestras vidas que quede fuera del alcance del discípulo cristiano, tampoco hay aspecto de nuestras vidas que sea indiferente para el Señor. Todo le interesa y puede ser tema de oración.”⁹⁵

Dios nos ama tanto, que no hay área de nuestra vida ni necesidad alguna que él no esté dispuesto a bendecir y satisfacer. Consideremos algunas de estas cuestiones.

Es la voluntad de Dios que oremos por nuestras necesidades espirituales y morales

Necesitamos recibir de Dios para poder dar a otros, y no podemos dar lo que no tenemos. ¿Qué es aquello que necesitamos y podemos pedirle a Dios que satisfaga en el área espiritual y moral de nuestras vidas? Necesitamos perdón y limpieza. Tenemos que sacar la viga de nuestro propio ojo para poder ayudar a otros a deshacerse de la paja que está en el suyo. Necesitamos purificación y santidad. Sólo así estaremos en condiciones de servir a Dios con autoridad. Necesitamos quebrantamiento y llenura. Esta es la única manera en que el poder del Espíritu podrá controlar nuestras vidas y fluir en bendición a otros. Necesitamos aceptación y nutrimento. Si él no nos satisface no podremos dar alimento a otros.

Ahora, Dios está listo y dispuesto a llenar todas nuestras necesidades. Él está esperando que le pidamos con fe y obediencia, para entonces poder actuar más allá de nuestras expectativas. No es egoísta orar por uno mismo, y especialmente cuando lo hacemos por nuestras necesidades espirituales y morales.

Es la voluntad de Dios que oremos por nuestras necesidades psicológicas y afectivas

Es la voluntad de Dios que tengamos una comprensión espiritual, madura e iluminada de su Palabra, y la sabiduría y la gracia que son necesarias para aplicarla a nuestras vidas. Esto es lo que Pablo pedía en oración por los efesios: “Pido que el Dios de nuestro Señor Jesucristo, el Padre glorioso, les dé el Espíritu de sabiduría y de revelación, para que lo conozcan mejor. Pido también que les sean iluminados los ojos del corazón para que sepan a qué esperanza él los ha llamado, cuál es la riqueza de su gloriosa herencia entre los santos, y cuán incomparable es la grandeza de su poder a favor de los que creemos” (Ef. 1:17–19).

⁹⁵ Young, *Iniciación en la fe*, 64.

Además, necesitamos un juicio sano, decisiones firmes, un carácter sólido y una personalidad madura para confrontar las demandas de la vida diaria. “Dios no nos ha dado un espíritu de timidez, sino de poder, de amor y de dominio propio” (2 Ti. 1:7). Pero nos apropiamos de estas condiciones psicológicas y emocionales a través de la oración. Dios es la fuente de toda sabiduría, y si venimos a él en fe y obediencia, él suplirá nuestras necesidades afectivas, emocionales, psicológicas, intelectuales y de entendimiento. Ésta fue la oración de Salomón: “Yo te ruego que le des a tu siervo discernimiento para gobernar a tu pueblo y para distinguir entre el bien y el mal” (1 R. 3:9).

Si de veras queremos desarrollar una personalidad madura y guardar un adecuado balance emocional, no olvidemos de escudriñar diariamente la Biblia en oración, ya que éste es el instrumento que el Señor utiliza para impartirnos sabiduría. Como le recuerda Pablo a Timoteo: “Toda la Escritura es inspirada por Dios y útil para enseñar, para reprender, para corregir y para instruir en la justicia” (2 Ti. 3:16). No contristemos al Espíritu Santo, quien es el Maestro de la Palabra, y el agente que nos capacita para creerla y obedecerla.

Es la voluntad de Dios que oremos por nuestras necesidades materiales y físicas

Si cumplimos con sus condiciones, él suplirá todas nuestras necesidades materiales. La realidad es que “nada les falta a los que le temen” (Sal. 34:9). Y la promesa firme de Jesús nos alienta, cuando dice: “Mas bien, busquen primeramente el reino de Dios y su justicia, y todas estas cosas les serán añadidas” (Mt. 6:33). Su credo financiero está registrado en su Palabra, y como pagarés firmados, sus promesas están esperando que las cobremos con fe. Dios jamás ha defraudado al creyente que ha confiado en él lo suficiente como para obedecerlo en sus cuestiones materiales. Cuando la iglesia cumple con la voluntad de Dios en cuestiones de dinero, goza de prosperidad material y espiritual (Mal. 3:8–12).

El famoso predicador C. H. Spurgeon solía contar la siguiente anécdota de su vida familiar: “Mi abuelo era un pobre pastor en una iglesia de aldea. Era tan pobre que lo único que tenía era una vaca, que le proveía de leche para su familia. Cierta día, la vaca se murió. Su esposa atribulada, gemía: –Y ahora, ¿qué haremos? Él, lleno de confianza en su Señor, le contestó: –Pues, no sé lo que haremos. Pero una cosa sí sé, y es que el Señor hará algo. Él proveerá y nos prosperará. Al día siguiente, recibían una carta del Comité de Ayuda, con veinte libras, sin que hubiesen contado nada a nadie de su necesidad. El Señor es *Jehová-jireh*: Dios proveerá.”

EJERCICIO 36

“Dígnate entonces bendecir a la familia de tu siervo.”

En base a la oración de David por sus necesidades personales y las de su familia, en [2 Samuel 7:18–29](#), redactar una oración utilizando sus palabras, pero incorporando cuestiones personales y familiares propias.

POR NUESTROS SERES QUERIDOS

La Biblia presenta numerosos ejemplos de oración de intercesión por los seres queridos. Abraham, el padre de la fe, suplicó por su hijo Ismael: “¡Concédele a Ismael vivir bajo tu bendición” ([Gn. 17:18](#)). Job vivió un tiempo de terrible aflicción hasta que oró por sus amigos ([Job 42:10](#)), ¡a pesar de que para él no habían sido de ninguna ayuda! Cuando Miriam quedó cubierta de lepra, su hermano Moisés oró por ella y la lepra le fue quitada ([Nm. 12:13](#)). Eliseo se tendió siete veces sobre el hijo de la sunamita y oró por él, y el niño estornudó y le volvió la vida a su cuerpo ([2 R. 4:32–37](#)).

EJERCICIO 37

Interceder por los seres queridos.

Buscar en la Biblia cinco ejemplos de oración por los seres queridos (familiares, amigos, otras relaciones primarias), e indicar los pasajes:

- 1.
- 2.
- 3.
- 4.
- 5.

La gracia de Dios manifestada en cada uno de nosotros alcanza también a quienes forman parte del mundo de nuestros afectos. El amor que el Señor nos tiene es suficiente para llenar nuestras necesidades, pero también alcanza para llenar las necesidades de quienes nos rodean, particularmente nuestra familia. Es la voluntad de Dios que la salvación que gozamos abrace también a nuestros seres queridos. En casa del carcelero de Filipos, un gentil, Pablo y sus acompañantes en la ocasión proclamaron una gran verdad: “Cree en el Señor Jesús; así tú y tu familia serán salvos” ([Hch. 16:31](#)). Así, pues, en relación con nuestros más allegados hay

ciertas cuestiones que debemos orar.

Debemos orar para que sean salvos

Uno de los primeros impulsos de una persona verdaderamente convertida es traer a sus seres queridos al conocimiento salvador de Cristo. Este deseo es una de las pruebas más seguras de su sinceridad y de la autenticidad de su propia salvación. Como lo expresa el apóstol Juan: “Nosotros sabemos que hemos pasado de la muerte a la vida porque amamos a nuestros hermanos. El que no ama permanece en la muerte” (1 Jn. 3:14). Este deseo es una de las evidencias exteriores más fuertes de que ha ocurrido un cambio interior del corazón por el nuevo nacimiento.

Hasta que los miembros de nuestra familia no hayan nacido de nuevo a la familia de la fe, las relaciones terrenales son simplemente temporales, de esta vida. Orar por nuestros seres queridos no es sólo nuestro privilegio, sino también nuestro deber sagrado. Nuestra oración por ellos agrada a Dios y está alentada por muchas promesas. Entre otras, aquella que Pedro proclamó el día de Pentecostés en su mensaje: “Arrepiéntase y bautícese cada uno de ustedes en el nombre de Jesucristo para perdón de sus pecados ... y recibirán el don del Espíritu Santo. En efecto, la promesa es para ustedes, para sus hijos y para todos los extranjeros, es decir, para todos aquellos a quienes el Señor nuestro Dios quiera llamar” (Hch. 2:38–39).

La salvación no es sólo para individuos. Un individualismo obtuso nos ha hecho olvidar que Dios desea salvar familias. El Nuevo Testamento nos presenta numerosos casos de familias enteras que llegaron a la salvación en Cristo. Tal fue el caso del carcelero de Filipos. Su conversión fue compartida por toda su familia, no en el sentido de que cada uno tomo una decisión individual, sino que juntos como familia reconocieron a Cristo como Señor. Los apóstoles “les expusieron la palabra de Dios a él y a todos los demás que estaban en su casa. A esas horas de la noche, el carcelero se los llevó y les lavó las heridas; en seguida fueron bautizados él y toda su familia. El carcelero los llevó a su casa, les sirvió comida y se alegró mucho junto con toda su familia por haber creído en Dios” (Hch. 16:32–34). Si no nos interesamos por el bien espiritual de los nuestros, ¿cómo podremos orar por ellos? (Éx. 32:30–32).

Dick Eastman: “¡La oración transforma los hogares! La mayoría de los creyentes estarían de acuerdo con eso. Sin embargo, cuando se trata de convertir esa creencia en realidad, la iglesia es tristemente insuficiente.”⁹⁶

Debemos orar para que sean liberados

Debemos pedir que nuestros seres queridos sean liberados de sus pecados. Nuestra oración debe ser como las palabras de Jesús a Saulo de Tarso en día de su conversión: “Para que les abras los ojos y se conviertan de las tinieblas a la luz, y del poder de Satanás a Dios, a

⁹⁶ Dick Eastman, *El amor de rodillas* (Miami: Editorial Vida, 1989), 171.

fin de que, por la fe en mí, reciban el perdón de los pecados y la herencia entre los santificados” (Hch. 26:18). Al pedir esto con fe y obediencia, con confesión de sus pecados, Dios envía al Espíritu Santo a convencerlos de desobediencia, a llevarlos al arrepentimiento, y a confesar sus pecados con humildad. Dios les imparte el poder para caminar en la senda de la obediencia, rompiendo las cadenas de hábitos malos. Dios quita los malos deseos y motivos, e implanta los correctos.

También debemos pedir que sean liberados de Satanás y sus demonios. Puede ser que algunas de las personas afectivamente más cerca de nosotros sufran opresión demoníaca o ataduras espirituales que no les permiten vivir a plenitud. La oración del justo es poderosa para derribar fortalezas de maldad y neutralizar la obra del diablo en la vida de las personas. Jesús le ha dado a cada creyente poder y autoridad para echar fuera demonios, y el instrumento para ello es la oración.

Debemos orar para que sean sanados

Nuestras familias tienen numerosas necesidades, pero probablemente las más frecuentes tienen que ver con la integridad mental y física. Hay muchas promesas en la Biblia, que nos alientan a orar por la sanidad integral de nuestros seres queridos. Nuestra fe no es fatalista, y podemos confiar que ninguna cosa creada va a quitarnos a nuestro ser querido, hasta que se cumplan sus días, conforme al propósito eterno de Dios. La oración por la sanidad integral de los nuestros debe ser tan normal y común como la oración que elevamos para dar gracias por los alimentos.

Debemos orar para que sean prosperados

Nuestras familias tienen necesidades materiales y financieras. Nuestro Padre celestial sabe que ellos tienen necesidad de estas cosas, y él nos ha dado promesas que nos animan a pedir que satisfaga todas y cada una de esas necesidades. Si como familia no estamos prosperando, a pesar de esforzarnos para ello con lo mejor de nuestras capacidades, es porque no estamos orando lo suficiente en esta dirección. El deseo de Dios es nuestra prosperidad en todo, y al igual que con otros aspectos de nuestra vida, éste también tiene que ser elevado al trono de la gracia a fin de encontrar allí el oportuno socorro.

Dietrich Bonhoeffer: “Al hermano por el que oro ya no puedo juzgarlo ni odiarlo por grandes que sean las tribulaciones que me cause. Su rostro ... se transforma en mis ruegos en el rostro del hermano por quien Cristo ha muerto; en el rostro del pecador perdonado. Es un descubrimiento sublime para el cristiano que comienza a orar por los demás. ... Rogar por el otro no significa otra cosa que llevar al hermano ante Dios; verlo bajo la cruz de Jesús como al pobre hombre y pecador que necesita de la gracia. Entonces desaparece todo cuanto me resultaba antipático en él; entonces lo veo en toda su pobreza y miseria; sus tribulaciones y su pecado se me hacen tan grandes, tan